



La guerra del pueblo

Fabricio Ojeda

Fabricio Ojeda

La guerra del pueblo

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

1ª Edición, 2007

2ª Edición, 2010

© Fabricio Ojeda

© Fundación Editorial **el perro y la rana**, 2010

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

CORREOS ELECTRÓNICOS:

elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es

atencionalescritor@yahoo.es

PÁGINAS WEB:

www.elperroylarana.gob.ve

www.ministeriodelacultura.gob.ve

PORTADA Y DIAGRAMACIÓN:

Jairo Noriega

EDICIÓN AL CUIDADO DE

Vanessa Chapman

José Zambrano

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

N° If40220113001123

ISBN 978-980-14-1603-6



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



Prólogo

*Los segundos han estallado uno tras otro hasta sumar millones,
durante estos once años en que seguimos prolongando tenaz-
mente tus luchas implacables. En cada uno de ellos, en una u
otra forma ha estado tu nombre FABRICIO.
En las fábricas, en los barrios, en las universidades y liceos,
en los caseríos y los bosques habita tu recuerdo y también
nuestros hijos se
llaman como tú FABRICIO.*

Diego Salazar

La guerra del pueblo trae a mi memoria una lectura sobre unos acontecimientos irrevocables ya por su invaluable contextura histórica. Me refiero a las palabras de León Rozitchner, en *Moral burguesa y revolución* que plasmaron los hechos desencadenados tras la batalla de Playa Girón:

Este combate discursivo nos proporcionó la oportunidad privilegiada de comprender las categorías morales que dos concepciones del mundo opuestas, en ocasión de una lucha concreta, ponían en juego para dar sentido a la acción. Lográbamos de este modo unir dos extremos: el

de una actividad práctica, la más dramática y culminante de todas como es la guerra, con su expresión racional que, no ha acallado aún el tronar de las armas, recupera su voz para traducir ese acto en una expresión consciente.

En relación a nuestra historia reciente, digamos que Fabricio Ojeda fue para su tiempo, la trágica *expresión consciente* de una guerra popular que nunca acalló, una Guerra del Pueblo, o un Pueblo en Guerra que, desde los días de la primera lucha de emancipación, desde nuestra primera independencia, fue surcando terrenos donde hoyar futuras trincheras para una lucha y para unos combates que no habrían de alcanzar su mayor concre-titud sino hasta este comienzo del siglo XXI, en nuestra actual Venezuela.

La guerra del pueblo que Fabricio terminara de escribir en el campamento Venus 3, es su combate discursivo puesto en circulación para dar sentido a una acción colectiva que, cada vez más, ha venido recobrando nuevos ímpetus; combate discursivo que en un comienzo, lamentablemente, pretendió ser voz de los sin voz, y que precisamente por esa condición de ser expresión de una realidad muy nuestra, ha quedado abierta hasta nuestros días para que en este tiempo de participación y protagonismo y de fructíferos combates dialécticos, le agreguemos nuestra contribución con todo lo que pueda aportar nuestra experiencia.

La guerra del pueblo, por una parte, no sólo es la denuncia de una concepción moral dominante que ha avasallado a nuestro pueblo, aprovechándose de su gran nobleza, desde tiempos que parecen ya inmemoriales sino que, por otra parte, es el develamiento a tiempo de las mutaciones que esa misma concepción dominante va adquiriendo al amparo del olvido, y aún más grave, a la sombra del descuido ideológico y la fragilidad que esto provoca en cualquier intento de insurrección popular —“Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza”, denunciaba Bolívar ya en 1819. Las pretensiones del sistema siempre quedarán

reducidas a una sola: perpetuar su saña, y para ello el engaño ha sido una de sus armas predilectas hasta ahora.

Arturo Andrés Roig ante el hecho impostergable de una segunda independencia nustramericana, reconoce la necesaria reflexión que nos ha de convocar para rescatar nuestras categorías y símbolos, a la par de una discusión abierta sobre nuestra vergonzosa y hasta humillante situación de dependencia.

En *La guerra del pueblo*, unos cuantos años atrás, en 1966, más que una convocatoria, Fabricio hace un llamado de urgencia, una real y verdadera declaración de guerra que quedaría vigente hasta nuestros días:

Los diques levantados por las clases reaccionarias de la oligarquía y el imperialismo contra la revolución democrática, que comenzó a abrirse paso por las vías pacíficas, han obligado a las vanguardias revolucionarias “a continuar la política por otros medios”, los cuales, en el caso presente, son la Guerra del Pueblo.

Guerra del Pueblo que a decir del mismo Fabricio, se desplegaba en el ondear de una bandera de paz, máxima aspiración de todo revolucionario:

por ello, a la vez que no estamos dispuestos a ceder un palmo de terreno en la lucha por la independencia de la patria y la conquista de los derechos democráticos para el pueblo, levantamos con absoluta sinceridad, la bandera de la paz.

Pueblo, democracia, revolución, la muy martiana necesidad de una segunda independencia, imperialismo, tantos otros términos, tantas otras categorías, recuperan en Fabricio, al trasluz de su vasta presencia redentora y sembradora de esperanzas, una nueva expresión que no es más que el fiel reflejo de los hombres y mujeres de Venezuela a quienes conoce como su propia mano por nunca haberse diferenciado de los mismos, sintiendo en carne propia los ramalazos que suele padecer la mayoría de los que como única

riqueza sólo albergan en su corazón su dignidad. Es decir: la clave de su propia salvación.

Democracia, revolución, independencia, imperialismo, en Fabricio se sienten y viven como verdaderas realidades, siendo tal vez la de Pueblo, la más radical de todas:

Venezuela ha de ir adelante en busca de sí misma; en busca de la realidad de su gran fuerza de pueblo. La angustia que padece debe aprovecharla para el mejor encuentro de la vida. Como el acero, el pueblo se está purificando en la fragua del dolor y se está templando sobre el yunque de la reflexión...

Dirá haciendo suyas las palabras de ese gran antiimperialista que fue Mario Briceño Iragorry.

Fabricio fue pureza y temple, y hasta la fragua y el yunque que hicieron de él dolor y reflexión para soñar la patria que quería, “la forjada por sus grandes servidores, cuya expresión más alta es”, según sus propias palabras, “Simón Bolívar, El Libertador”. “Y es que al emerger el Pueblo como realidad surge como origen”, como solía decir María Zambrano; desde las entrañas que comporta su radical realidad aprende a reconocerse como divino o con caracteres divinos: bajo tal concepción el Pueblo es el creador de sí mismo y el Demiurgo, el impulsor de sus propios movimientos.

Toma sentido entonces el llamado de Fabricio para que nos reconozcamos en nuestros orígenes, fundamento primero para alcanzar a su vez la originalidad, ese carácter de ser creadores de nuestro propio destino, que pregonaban con tanta pasión nuestros Libertadores: “En mi alma hay profundas cicatrices de esta discriminación que aún subsiste, mas no soy amargado y un resentido mucho menos. Me siento orgulloso de mi origen como también de mi pobreza” le confesaba Fabricio a su amado Boconó natal.

Tal vez esa fidelidad al origen sea la razón por la que Fabricio nunca faltara al principal de cuantos orígenes podamos tener: aquel que se fundamenta en un serio compromiso con la Historia y con América, para evitar contra toda corriente gozarnos

en el amaño de todas las formas en que suele mutarse la esclavitud. De allí su fidelidad al pensamiento de Briceño Iragorry y a todo lo que éste representaba.

En otras palabras, Fabricio fue y sigue siendo Pueblo. No el pueblo que se funda sobre la nadificación de sus hombres y mujeres, el que es afirmación absoluta contra la rotunda negación de la persona, incluso del individuo: el pueblo que pregonaban los fascistas; pero tampoco fue ese tan nombrado en el *Contrato social* de Rousseau; mucho menos ese *Tercer estado* de Sieyés. No, el Pueblo, así con mayúscula, de Fabricio, y el pueblo que fue Fabricio pareciera hundir sus raíces en “ese único agregado homogéneo en que las partes sean de distinta naturaleza que el todo”, como solía decir Simón Rodríguez.

Pueblo, en el ideal robinsoniano, es una categoría sólo entendible a partir del conocimiento, “Pueblo es saber sobre el sentir del otro que es el sentir de uno; es pensar cada uno en el todo”—como decía Rodríguez— “para que todos piensen en él”. Y Fabricio, maestro al fin, sabe de estas cosas, conocedor de injusticias y humillaciones se hace rebelde y siembra semillas de redención y libertad en sus discípulos.

Es esta la razón por la que Fabricio denuncia: “En Caracas”—ciudad de casi dos millones de habitantes— “se da el dantesco espectáculo de dos o tres mujeres parturientas compartiendo una misma cama, y numerosas mujeres se ven obligadas a parir como animales, sin ninguna asistencia”. Y así sabrá y pensará por igual en el campesino, en el niño abandonado, en el proletario encadenado a la tarea embrutecedora, en el estudiante, en los que se pudren en la cárcel; en fin, en los llamados bandoleros, subversivos, por ser su hambre y sus sueños causal para que hagan suyos los postulados para la liberación nacional y se decidan a luchar por hacerlos efectivos. De aquí la respuesta al por qué de la Guerra del Pueblo, respuesta que no admite otra expresión que no sea la de un irredento “¡porque sí!” que no admite ni consiente ya razón dominante alguna.

Fue ese mismo “porque sí” el de “la Guerra Magna, con Bolívar a la cabeza, el de La Guerra Federal, con Zamora tragando llanuras y su espada descabezando oligarcas”; el porque sí de la no explicación ante quienes nunca supieron darnos respuestas, cuentas ni razones al padecer y a los dolores que siempre nos han causado como pueblo.

Acudimos entonces a la actualización y al desate de la esperanza, el momento más riesgoso y peligroso de todos, pero también, el momento del estallido de los segundos, como decía el gran Diego Salazar, en que nos reconocemos como millones embotados en angustias; sí, esas mismas “angustias traducidas en esperanzas ancestrales”, como le escribía Fabricio a su amado Boconó como quien le escribe a su novia: “...en Chandá, Mosquey y Las Mesitas, miles de campesinos mueren de miseria o en la misma calle arriba centenares de niños padecen de hambre y miles de obreros carecen de trabajo”.

De allí la esperanza que es hambre de siglos y hambre de todo, de pan, de vivir realmente y como “gente”, hambre de toda clase de bienes, hambre que no es otra cosa que “continuar la política por otros medios, los cuales, en el caso presente, es la Guerra del Pueblo”, el instrumento de las masas desposeídas para la conquista de sus derechos y reivindicaciones, la Guerra del Pueblo que es como el genio de la vida quien derrocha la muerte para proseguir, para vivir de verdad.

El pueblo entonces es anónimo, irresponsable en el sentido de que sus acciones, cualesquiera sean, no son individuales: “Vosotros no sois culpables, y ningún pueblo lo es nunca: porque el pueblo no desea más que justicia, reposo y libertad. Los sentimientos dañosos o erróneos pertenecen a sus conductores. Ellos son causa de las calamidades públicas”, dirá magistralmente Bolívar en el sentido de que el pueblo solo responde ante sí mismo y ante su historia. Sin duda, *La guerra del pueblo* es la respuesta a los traidores, “los fenicios de nuestra política” como solía decir Fabricio, que de espaldas al pueblo generoso, se han transado con el enemigo, haciendo suyo

lo que ha sido producto de sus luchas y de la sangre vertida en las mismas.

“Venezuela, es una verdad axiomática, necesita liberarse. Sólo liberada podrá usar sus grandes riquezas para construir su vida propia”, son palabras de Fabricio que cobran actualidad en este nuevo tiempo que experimenta nuestra Nación; tiempo repleto de exigencias y cambios revolucionarios.

La única forma, el único camino para que ello sea posible es a través de una Democracia Revolucionaria y Antiimperialista, más allá de una coalición de partidos con igual o parecido contenido social, sino una unión de las clases populares, de los movimientos sociales, para conformar una sola clase de hombres y mujeres donde todos sean Ciudadanos como pregonaba Bolívar, con instrumentos armados revolucionarios para enfrentar con éxito y derrotar las presiones de las clases apátridas desplazadas y su eterna violencia. Así constaba para Fabricio, así consta ya en nuestra actual realidad.

Si miramos el programa del Frente de Liberación Nacional, redactado por Fabricio, encontramos grandes semejanzas con los objetivos que se ha trazado la Revolución Bolivariana: “Conquistar la independencia nacional, la libertad y la vida democrática para la nación; rescatar el patrimonio, la integridad y la riquezas nacionales; establecer un gobierno revolucionario, nacionalista y popular”, era el programa a ejecutar. Esto significaba entonces, tal como ahora:

Sacudir la tutela del imperialismo norteamericano; liquidar el latifundio y las sobrevivencias semif feudales en el campo; desarrollo industrial independiente; garantizar un nivel de vida adecuado a las grandes mayorías nacionales, integradas por trabajadores de la ciudad y del campo; recobrar la soberanía en la arena internacional, elaborando y aplicando una política exterior venezolana en relación estrecha con todos los pueblos del mundo.

La tarea quizás más titánica a la que Fabricio nos llamaba también, era vencer la tesis promovida desde el imperio para condenar de antemano al fracaso a cualquier tentativa transformadora y soberana. Esa tesis es la del fatalismo geográfico. Es decir: al estar situados territorialmente en la esfera inmediata de influencia de los Estados Unidos, la opción por un nuevo modelo de sociedad es imposible para nuestros países. Bien decía Fabricio que ésta es “una concepción política equivocada que sólo contribuye a apuntalar la dominación colonial y su secuela de subdesarrollo, explotación y miseria”. Ahora bien, el fatalismo geográfico comienza a dar señales de derrota en la misma medida en que somos capaces de ponernos de acuerdo en función de las necesidades y de las sagradas aspiraciones de nuestros pueblos.

“¿Qué importa que yo perezca para que viva un pueblo?”, dirá Bolívar en 1827. “Si muero no importa, otros vendrán detrás que recogerán nuestro fusil y nuestra bandera para continuar con dignidad, lo que es ideal y deber de todo nuestro pueblo”, fueron las palabras de Fabricio en 1960 para honrar su compromiso de defender la patria y librar la Guerra del Pueblo. Dos hombres, dos épocas, pero un solo sentimiento que los hace contemporáneos y, mejor aún, coetáneos, de la misma edad que tiene nuestro Pueblo, rejuvenecido siempre por la furia revolucionaria de hijos como estos y como los tantos de ahora que han recogido ese fusil y esa bandera para construir la Patria nueva, soñada por siempre.

Pero queda, aunque duela decirlo, el síndrome de 1830 amenazando una vez más con convertir este hermoso sueño que experimentamos en una horrible pesadilla. Fueron “los fenicios de nuestra política” los que entregaron a Bolívar y a Fabricio. La guerra del pueblo no significa la actividad puramente militar o el abandono de los campos específicos de trabajo para dedicarse en forma exclusiva, a un solo medio de lucha.

No: La Guerra del Pueblo son todos los medios y todos los caminos, y uno de esos tantos es la vigilia revolucionaria sustentada en la crítica y autocrítica, aún más cuando ciertos nubarrones dibujan la posible conformación de una nueva clase burocrática

y entreguista, otros “fenicios de nuestra política”, amenazan las conquistas alcanzadas. Si hay un valor que destaque de sobremañera en esta lectura es aquel que nos lleva a ver más allá de los espejismos que suelen tendernos los interesados en hacer sal y agua las victorias populares. Honremos entonces la memoria de Fabricio manteniéndonos fieles a su enseñanza, “prolonguemos sus luchas implacables”.

Rafael Loreto Mundo

La guerra del pueblo

La trayectoria pública de Fabricio Ojeda, dirigente revolucionario que actúa en un período decisivo de la historia reciente de Venezuela, puede considerarse representativa de la evolución del pensamiento político que es común a las naciones latinoamericanas: opositor cívico a una dictadura militar reaccionaria, parlamentario bajo el sistema democrático, combatiente guerrillero contra esa misma democracia en descomposición.

Fabricio Ojeda nació en 1929 en Boconó estado Trujillo, población donde cursó la primaria y dos años de bachillerato. Obligado por la necesidad económica interrumpe sus estudios y trabaja como maestro para una empresa petrolera —la Creole— en Cabimas. Posteriormente aparece como funcionario en el Gobierno Regional del estado Monagas, al lado del recordado líder Alirio Ugarte Pelayo, hasta 1952, año en que fue hecho preso por primera vez.

Bajo la dictadura de Pérez Jiménez, Fabricio Ojeda se desempeña como reportero de *El Nacional* de Caracas, al mismo tiempo que comienza su actividad política clandestina hasta culminar como presidente de la Junta Patriótica, organismo unitario que coordinó las acciones para el derrocamiento del dictador. Posteriormente es elegido diputado al Congreso Nacional.

En esta época Fabricio Ojeda viaja a Cuba y conoce a los líderes de la Revolución, con los cuales simpatiza y coincide

ideológicamente. Al regresar a Venezuela su camino está decidido: se separa del Parlamento incorporándose al naciente movimiento guerrillero venezolano. Detenido por las fuerzas gubernamentales y sentenciado a una larga prisión, se fuga de la cárcel pública de Trujillo (1963) con Luben Petkoff, Vegas Castejón y otros para volver a la lucha armada.

Su última detención ocurre en el litoral guaireño (1966) después de una delación de la cual fue objeto cuando asistía a una reunión con otros jefes guerrilleros. Días después es encontrado muerto en una celda del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), donde había sido recluido.

Al momento de su muerte, se tejían numerosas conjeturas sobre la posición política de Fabricio Ojeda y en torno al resultado de la confrontación entre sus concepciones teóricas y el resultado de la práctica guerrillera como medio de lucha. El presente volumen, *La guerra del pueblo*, constituye una respuesta a esas interrogantes. En él, el fallecido líder plantea en forma clara su pensamiento político después de la experiencia, de la lucha y la confrontación.

La circunstancia testimonial confiere un valor especialísimo a este libro. Escrito en el campamento Venus 3 en una región montañosa de Venezuela donde Ojeda desempeñaba cargo de comandancia. *La guerra del pueblo* resume las reflexiones sobre las posibilidades de una revolución nacional, el papel de las masas en la lucha, la trayectoria de los partidos políticos de Venezuela, el juego de las distintas fuerzas y grupos de presión. Pocos meses antes de su muerte, acaecida el 21 de junio de 1966, Fabricio Ojeda redacta esta larga memoria, donde la situación nacional y la causa revolucionaria están analizadas a partir de una mirada introspectiva hacia su propia actividad como hombre de acción y de pensamiento.

*Dedicado a
Thais,
Alonso,
Milagros,
Marianella y
Fabricio;
mis hijos*

Pórtico

Frente a la realidad de este cuadro de dolor, yo he insistido en la necesidad impostergable de hacer sentir al venezolano que su misión es más que la de vender petróleo y hierro, para absorber después enlatados extranjeros. Le he recordado que ayer contrajimos un serio compromiso con la historia y con América. Fuimos los paladines de la libertad y de la autonomía del mundo hispanoamericano. Crimen sin nombre sería desertar aquella altiva posición y dar espaldas a la libertad, para gozarnos en el amaño de la nueva esclavitud.

Mario Briceño Iragorry.

Discurso pronunciado en el Nuevo Circo de Caracas el
26 de noviembre de 1952

Fabricio Ojeda fue el alma de la Junta Patriótica

Entrevista de Víctor Manuel Reinoso.
(Revista *Élite*. Agosto. 1967).

Guillermo García Ponce, miembro por el Partido Comunista de Venezuela (PCV) de la Junta Patriótica, junto con Fabricio Ojeda, como manifestara el Dr. Pedro Pablo Aguilar: “Fueron las dos personas de mayor relevancia dentro del movimiento civil para derrocar a la tiranía de Pérez Jiménez”.

La iniciativa de la fundación de la Junta Patriótica fue idea del PCV, que fue recogida por URD. Los dos partidos son los fundadores de esta agrupación que se convirtió en la vanguardia que posteriormente fomentaría la huelga y la insurrección de los civiles contra el régimen de Marcos Pérez Jiménez. Empieza la lucha por incorporar a AD. Al final se logra pero entonces se presenta el problema de que hay dos representantes. Por una parte, Moisés Gamero, que parece representar a sectores sindicales y por la otra, Silvestre Ortiz Bucarán, quien representaba la nueva dirección formada en el interior del país. Más difícil aún era lograr la incorporación de COPEI. El día que por fin lo hace es nada menos que en la persona del Dr. Pedro del Corral.

Así, la primera reunión completa de la Junta Patriótica se hace con Fabricio Ojeda por URD; Guillermo García Ponce por el PCV, Moisés Gomero por AD y Pedro del Corral por COPEI. Posteriormente quedará completamente claro que el verdadero representante de AD es Ortiz Bucarán y por COPEI asistirá

Enrique Aristiguieta Gramcko, expresa Pedro Ortega Díaz en su libro *El 23 de Enero y otras notas de historia*.

Fabricio Ojeda fue el gran personaje de la Junta Patriótica, el líder que simbolizó la lucha de liberación. Este luchador incansable que fue periodista de *El Nacional*, demostró en todo momento la altiva actitud del periodismo venezolano. Guillermo García Ponce, su compañero de lucha, expresa de él lo siguiente: “Fabricio Ojeda fue el jefe fundamental de la Junta Patriótica. Fue un líder. Un hombre valiente. Inteligente. Excelente amigo. Leal. Sin duda alguna, fue un pilar muy importante en el derrocamiento de Pérez Jiménez. Para Fabricio Ojeda tengo mis mayores palabras de elogio”.

La Junta Patriótica fue una organización creada en las postrimerías de la dictadura de Pérez Jiménez —expresa Guillermo García Ponce— cuando se avecinaba el llamado Plebiscito, en el cual Pérez Jiménez, al término de su mandato constitucional, necesitaba renovar los poderes de la nación, ya que vencía el período constitucional, y se erigió en la forma de un Plebiscito. Es decir, que el pueblo fuera a las urnas, a decidir si él continuaba o no en la presidencia. Todo esto creó una agitación en el país y los partidos de oposición que estaban en la clandestinidad, comenzaron a buscar fórmulas que oponer a este Plebiscito: buscando un candidato presidencial entre ellos. Así fueron entonces establecidos los contactos entre partidos, fundamentalmente entre URD, COPEI, Acción Democrática y el Partido Comunista de Venezuela, que fue el que tuvo la iniciativa de fundar la Junta Patriótica. Yo fui el enlace del PCV para contactar con la gente de URD, y con el primero que contacté fue con Amílcar Gómez, que luego fue sustituido por Fabricio Ojeda. Después contacté con Moisés Gamero de AD, quien actualmente es diputado, y luego le dio paso a Silvestre Ortiz Bucarán. Por último me reuní con Enrique Aristiguieta Gramcko, de COPEI, actualmente es el viceministro de Relaciones Interiores. Antes de él yo había conversado con Pedro Pablo Aguilar, pero este contacto no se pudo concretar porque él fue detenido. De esta manera nació la Junta

Patriótica, que empezó a editar algunos comunicados para la opinión pública.

La entrevista se interrumpe, la sesión en el Congreso Nacional comienza y Guillermo García Ponce no puede terminar con el relato.

Entre los comunicados a la opinión pública de la Junta Patriótica, el primero que apareció firmado en la prensa fue el 23 de enero de 1958 que decía lo siguiente:

Se les garantiza un ambiente de libertad a todos los trabajadores de Venezuela. Todos a trabajar desde hoy mismo por una Venezuela libre y digna. Como integrante de la Junta Patriótica, me dirijo a los venezolanos para pedirles su apoyo decidido para este movimiento de pueblo y ejército que está enterrando diez años de dictadura. Ha quedado demostrado que para sobrevivir al caos, el pueblo debe permanecer unido y combatiendo, ya que de esta manera nunca podrá ser derrotado. Estamos en presencia de un movimiento que ha de establecer a todos los venezolanos el disfrute de todas sus libertades; libertad de asociación, libertad sindical, una prensa que oriente a su pueblo, que abrirá las cárceles donde tantos compatriotas están desde hace años y así mismo el regreso de los exiliados. En fin, el movimiento garantiza al pueblo de Venezuela la concurrencia a unas elecciones libres para que escoja sus gobernantes. Todo lo anterior y una honesta administración de los fondos públicos, hacen acreedor a un gobierno del respaldo de su pueblo. Para terminar quiero pedir a mis amigos de toda Venezuela, que cierren filas en torno a este movimiento en el cual la Junta Patriótica, organismo de raigambre cívica, está comprometido sin reservas. Pueblo de Venezuela, en la calle has conquistado tu libertad. Adelante, entierra definitivamente la violencia y el robo como sistema de Gobierno. Firmado: Silvestre Ortíz Bucarán, Secretario de Organización de la Junta Patriótica.

La primera alocución que se hizo al país, inmediatamente después de ser derrotado el régimen totalitario de Pérez Jiménez, fue la de la Junta Patriótica, en la persona de Fabricio Ojeda. La

reseña que hace *El Nacional* de la alocución del Presidente de la Junta Patriótica, el 23 de Enero de 1958, dice lo siguiente:

A las tres y media de la mañana, Fabricio Ojeda, periodista de *El Nacional*, Presidente de la Junta Patriótica, organización clandestina integrada por todas las fuerzas civiles contra Marcos Pérez Jiménez habló a la nación para señalar que no era éste el momento para las venganzas. La alocución de Ojeda fue la primera que se escuchó inmediatamente después de ser derrocado Marcos Pérez Jiménez, y fue escuchado por todo el país a través de Radio Caracas. Añadió luego el Presidente de la Junta Patriótica, quien habló desde la escuela militar, que la revolución había roto las cadenas del pueblo venezolano, maltratado por tan largo tiempo. Fabricio Ojeda descorrió el velo que había en torno a la Junta Patriótica, para señalar que ésta era una organización que representaba todos los matices políticos, sin ninguna bandera en particular.

I. Introducción

En días recientes hablé con un fraterno amigo. Conversamos largo tiempo sobre la actualidad política de Venezuela y el momento presente. Sus puntos de vista me produjeron la idea de escribir este trabajo. Los argumentos expuestos por él, a quien siempre he considerado un revolucionario dentro de la clase social a que pertenece: burguesía patriótica, me revelaron cuán falta hace una mayor claridad sobre el problema general revolucionario; sobre los que afectan a nuestro país como nación dependiente, explotada por el imperialismo y sus intermediarios de las roscas oligárquicas que ejercen el control de la vida republicana.

Observé cómo todo su pensamiento lo conduce, igual que a los políticos reformistas, al campo del fatalismo, de la resignación y la impotencia. En su mente, presa de las sostenidas campañas de propaganda reaccionaria, capaz de convertir mentiras en verdades —como decía Goebbels—, no cabe otra estrategia que las enmarcadas dentro de los esquemas de la política tradicional. Para este amigo, como para todos los que como él piensan, Venezuela y los países latinoamericanos no pueden modificar sus actuales estructuras sino en forma pausada, lenta; sin violentar el estado actual de cosas; sin chocar de frente contra las fuerzas opresoras. Su opinión es que debe desarrollarse una lucha que a través de la evolución del estado actual pueda transformar progresivamente el régimen de las instituciones políticas, económicas y sociales.

Su argumento fundamental para esta tesis, lo basa en el inmenso poderío del imperialismo y la oligarquía cuya fuerza descomunal sería empleada contra cualquier insurgencia de signo revolucionario o contra cualquier gobierno que trate de modificar la presente situación colonial.

Estas ideas fatalistas no están presentes sólo en la mente de mi amigo. Ellas pueblan el pensamiento político de nutridos grupos, de importantes sectores del mundo colonizado. En Venezuela, incluso, arropan a una densa porción de la clase obrera, hoy bajo la influencia directa o indirecta de dirigentes desclasados, al servicio de la reacción. Este no es un caso singular, como tampoco el de mi fraterno amigo o el de las camarillas partidistas tradicionales. La influencia de las ideas reaccionarias en el seno de los pueblos mediatizados es el lógico producto del control que ejerce el imperialismo y la gran burguesía intermediaria sobre todos los medios de divulgación y propaganda, que mantienen en sus manos como consecuencia del control mismo del Poder político.

Ya dijimos alguna vez que en los países colonizados nada escapa al control del imperialismo. Este tiene a su alcance los mínimos y elementales instrumentos para modelar mente y conciencia. Dispone de la prensa, la radio, la televisión, el cine; de escritores, dirigentes políticos, gobernantes, parlamentarios, historiadores, sociólogos, etc., que a través de todas sus zonas de influencia y sus manifestaciones públicas, tergiversan acontecimientos, deforman realidades y construyen un mundo artificial que, con ayuda del aparato coercitivo del Estado, meten por ojos y oídos a todo el pueblo.

Esto ocurre hoy y ocurrió ayer, el presente régimen colonial impide la libre circulación de literatura revolucionaria, de las nuevas ideas, como el régimen colonial español prohibió la lectura de los Enciclopedistas franceses. No es capricho la clausura de librerías como *Magrija* o la prohibición de circular periódicos como *El Venezolano* y *El Siglo*. Tampoco lo es la purga de periodistas y colaboradores de izquierda hecha por *El Nacional*

o la discriminación de libretistas, actores y actrices en las compañías televisoras y radiales. Todo obedece a una política. A una estrategia perfectamente estudiada, planificada y aplicada por las clases dominantes, propietarias de los medios de divulgación y las poderosas empresas que por medio de contratos publicitarios, financian periódicos, revistas, etc...

La situación colonial de Venezuela crea un estado de cosas que muchos no pueden comprender, si se resisten a aceptar lo que en realidad somos: un país dependiente. De lo contrario, podrán extirparse los sesos sin llegar a entender claramente las causas de nuestra crisis política, de nuestro desarrollo económico, de nuestro régimen social. Mientras se vea al país a través de un lente distorsionado, se tendrá una imagen deforme, un panorama irreal, donde determinadas manifestaciones aparecen a nuestra vista como elementos parciales, circunstanciales, caprichosos. Ello ocurre a gran mayoría de políticos, historiadores y sociólogos. Le ocurrió a Laureano Vallenilla Lanz —el viejo— con su tesis pesimista de *El gendarme necesario*. Y ocurre a cuantos en la actualidad formulan sus teorías fatalistas respecto a la transformación revolucionaria del país, a la posibilidad de su liberación nacional y de erradicar las causas de opresión, subdesarrollo y miseria.

Por mucho tiempo yo también participé de estas ideas. Creí honestamente que nuestro país y los de igual estructura, enclavados en el Hemisferio Occidental, en el área geográfica de Estados Unidos, tenía reservada una inmanente situación de dependencia. Creí igualmente que, como en el seno de una misma familia —la familia interamericana— el hermano mayor no rehusaría cualquier ayuda, cualquier desprendimiento generoso para llevar del brazo a sus demás hermanos y conducirlos a nivel superior, hacia un estado de pleno desarrollo que los colocara en capacidad de decidir por sus propios medios la existencia independiente. Esta conformación mental mía, que mucho me costó transformar, fue modelada principalmente por aquellas personas por las cuales, en el despertar de mis inquietudes intelectuales y políticas, sentí mayor admiración.

A los 17 años ingresé a URD en Boconó, mi pueblo natal y del que nunca había salido.

Mi inscripción en el partido siguió a un elocuente discurso de Jóvito Villalba, a quien conocí ese día y por quien sentía profunda admiración debido a sus luchas en el 28 y en el 36. En 1948, después de un año trabajando como maestro de escuela de la Creole Petroleum Corporation, trabajo que compartía con el estudio en el Liceo Hermágoras Chávez, de Cabimas, conocí Caracas y convertí en realidad el sueño de todo provinciano. Allí viví por mucho tiempo en la Casa Nacional Urredista, ubicada entonces de Castán a Palmita 70-1. Jóvito asumió hacia mí una actitud casi paternal en sus deseos de ayudar a mi superación política, a mi formación urredista. Me recomendó muchos libros. El primero fue *Introducción a la Política* por Harold Laski. Casi siempre hablaba conmigo; lo que también hacían otras prominentes figuras del urredismo: Hernández Solís, Alfredo Tarre Murzi, Raúl Díaz Legórburu, Juan Manuel Domínguez Chacín, Humberto Bártoli, etc. Poco a poco me fueron dando mayores responsabilidades dentro de la vida pública. Mi cerebro giraba alrededor de sus consejos, charlas y libros que ponían en mis manos. Para mí el mundo era el mundo de Jóvito. Llegué a imitar sus gestos y hasta su tono de voz. Muchos de los latiguillos y frases que lo han hecho famoso en la oratoria los repetí, como propios, en mis primeros discursos. Yo había ido a Caracas para continuar los estudios. Pensaba ingresar al Instituto Pedagógico Nacional, pero la política me absorbió por completo. Me adentré en sus complejas teorías, conducido fundamentalmente por el brazo de Jóvito. Sus opiniones eran como un dogma que yo aceptaba deslumbrado. A él le escuché las primeras tesis sobre la geopolítica y el destino de América constituida en gran nación. Y con él aprendí a ver a nuestra política desde su punto de vista. Hay cosas que se hacen —decía constantemente— pero que no se dicen. Y éstas en el orden político, sólo se pueden realizar después de conquistar el Poder. Más, si se dicen antes, nunca se podrá conquistarlo porque lo impide el poderío de la reacción.

URD —me dijo un día a propósito de un discurso que pronuncié en Cumaná— es un partido para llegar al Poder y este objetivo no podremos lograrlo si asustamos a la burguesía y a los americanos, con planteamientos muy radicales. Eso que dices —añadió— guardémoslo para hacerlo en el gobierno, no lo digamos ahora, pues de expresarlo, nunca lo podremos hacer.

Acepté tímidamente la recriminación del Maestro. Y sólo de algún tiempo para acá vengo a comprenderla en su exacto significado. Es la misma tesis que hoy sostienen densos sectores del país bajo la misma influencia a que yo estuve sometido mientras no leí otros libros que los recomendados por los dirigentes urredistas; mientras no traté de buscar la verdad por mis propios medios, y romper las amarras intelectuales.

El caso personal que he relatado no es un hecho aislado. Es la razón por la cual la mayoría de los oradores adecos imitan a Rómulo Betancourt, los copeyanos a Caldera, y densos sectores de la población hacen suyas las ideas políticas del fatalismo y el reformismo. Así como mi cerebro giró alrededor de consejos, charlas y libros que me proporcionaban los dirigentes urredistas, los cerebros de una gran porción de la humanidad giran en torno del mundo creado por los ideólogos del imperialismo y divulgado por medio de sus películas, su literatura, su televisión, sus centros educativos, sus revistas, sus periódicos y sus líderes políticos.

II. La revolución permitida o el reformismo pro-imperialista

Los ideólogos reaccionarios no descansan un instante en su tarea de acorralar el pensamiento dentro de rígidos esquemas, donde la violencia del Estado, con todos sus instrumentos jurídicos y sus aparatos de coerción juega un papel determinante.

Crean un mundo artificial de libertad. Las ideas progresistas tienen un cauce propio por el cual pueden realizarse sin tropiezo. Sólo en esta forma: conservando el cauce señalado, se puede ser revolucionario; es decir, “revolucionario” a la manera de la reacción; “revolucionario” que acepta las reglas establecidas, el límite impuesto. Una vez desbordado dicho cauce, liberado cada uno del espíritu de sumisión y de ideas fatalistas, entra en acción la violencia estatal en defensa de la “libertad”.

Este es un problema que no se plantea sólo en Venezuela; ni siquiera en Latinoamérica, como cuando estaba vigente la Doctrina Monroe. Es un problema general que se yergue frente al mundo colonizado y dependiente. El progreso y desarrollo de una nación es incompatible con el dominio colonial. Para progresar y desarrollarse es necesario liberarse del dominio económico y político; que en la actualidad, en nuestro caso y en el de todos los países subyugados, ejerce el imperialismo, en supremo término, y los grupos oligárquicos que durante mucho tiempo han controlado los instrumentos del Poder político. En Venezuela, el Poder

ha estado tradicionalmente en manos de una oligarquía cada vez más fuerte y organizada; su ancestro está en la propia nobleza criolla que se rebela, primero contra la dominación monopólica de la Compañía Guipuzcoana y luego frente a los derechos coloniales de España. Los obstáculos creados por el dominio español para la expansión de la economía venezolana en manos de las principales familias y, la necesidad de éstas de incrementar sus ganancias, de abrirse paso hacia el mercado internacional, crean en esos grupos económicos y sociales una marcada mentalidad de Poder; es decir, la conciencia de conquistar y conservar el Poder, por parte de los sectores económicos más poderosos de nuestro país, ha sido una constante a lo largo de la historia nacional. Una vez conquistada la independencia de España, proceso en el cual la nobleza criolla jugó el más importante papel, la composición social del gobierno venezolano ha sido siempre la misma; y la disputa principal, que algunos historiadores, sociólogos y políticos, han querido plantear como una lucha entre civiles y militares a manera de sectores diferentes, se ha concretado a una guerra permanente entre las clases sociales ascendentes y las clases reaccionarias; entre los grupos económicos en proceso de desarrollo y los grupos económicos consolidados.

Es lo que hoy ocurre entre las nuevas clases sociales y los sectores oligárquicos de la burguesía; entre los grupos económicos que ven en una política nacionalista el campo propicio para su expansión, y los grupos que ven en la misma, la desaparición de sus privilegios; entre los sectores nacionales conscientes de la necesidad de la independencia, como factor de progreso, y el imperialismo consciente también de que la independencia nacional es el fin de su explotación.

En los países independientes y desarrollados del sistema capitalista, el cuadro de las contradicciones es diferente y plantea una correlación de fuerzas también diferente. Lo principal de la lucha se concreta entre el proletariado y la burguesía; o lo que es lo mismo entre socialismo y capitalismo, donde la clase obrera se proyecta como tal a la conquista del Poder político y el

ejercicio de la dictadura del proletariado, como transición hacia el régimen comunista. La alianza de clases se produce en relación a ese objetivo. Es la unidad de obreros, campesinos y determinadas capas de la pequeña burguesía y la sociedad capitalista. No sucede lo mismo en los países coloniales y dependientes. En éstos, la lucha principal tiene otro carácter: el de una revolución de liberación nacional, que amplía sensiblemente el teatro de las alianzas, la tipificación del Estado y la composición social del gobierno revolucionario.

En una nación de estructura colonial, importantes sectores de la burguesía (industriales y productores agropecuarios) y de la pequeña burguesía, explotados por el imperialismo, maniatados en su desarrollo por los poderosos intereses de la burguesía importadora, la oligarquía financiera y los terratenientes y latifundistas, juegan un rol histórico importante y cumplen un papel revolucionario. La conquista de la independencia nacional y la liquidación del latifundio concretan lo principal de la lucha dentro de la característica de una revolución antiimperialista y antifeudal; distinta, en sus objetivos, a una revolución socialista; donde el gobierno es el de un régimen de nueva democracia y no de dictadura del proletariado.

Los objetivos que persigue la revolución en cada etapa histórica, la composición social del gobierno revolucionario y la situación general creada por el desarrollo del proceso mismo, es consecuencia de hechos objetivos, los cuales deben ser esclarecidos como factor indispensable para crear y robustecer la mentalidad de Poder. Alrededor de los intereses nacionales y de clase se produce la toma de conciencia por parte del pueblo y sus adversarios. Los campos de lucha se van delimitando progresivamente y la correlación de fuerzas a favor de la revolución se incrementa en la misma forma y a medida que la mentalidad de Poder penetra en las clases más atrasadas y van tomando conciencia de su fuerza, el campo revolucionario se agiganta y los factores de Poder cobran su total magnitud.

La necesidad de una transformación revolucionaria de la presente situación venezolana, pocos la discuten. No lo hace mi fraterno amigo de la burguesía agraria, ni los grupos dirigentes de los partidos políticos. Tampoco los principales voceros de la burguesía industrial; mucho menos la dirigencia de la clase obrera. Hay una especie de consenso general en la mayoría de nuestro pueblo y sus organizaciones políticas, profesionales, culturales y gremiales, sobre la urgencia de la liberación nacional. El gobierno mismo, el de Betancourt y el de Leoni, poco han dejado de hablar de su consistencia antiimperialista y antifeudal. Es tan evidente, en nuestro país, satisfacer esta necesidad que nadie se atreve a oponerse francamente a ella. Es aquí donde entra en juego el terrorismo ideológico del imperialismo y las clases que la sirven de intermediarias: no se niega el derecho que tiene el país a liberarse, a hacer su propia revolución, pero se indica la manera de lograrlo; el cauce que “el movimiento revolucionario debe seguir”.

En numerosos documentos de los sectores de la producción nacional y los distintos partidos políticos venezolanos, que hemos venido leyendo desde hace tiempo, se plantea, como necesidad urgente del país, el cambio de las actuales estructuras económicas y sociales, su radical transformación para canalizar el desarrollo integral de la nación hacia una etapa superior. Incluso, no están ausentes algunos planteamientos concretos respecto a la modificación radical del presente sistema de tenencia de la tierra y la erradicación del latifundio; a la ampliación del mercado de consumo, eliminación del desempleo y planificación industrial, como propósito de convertir la producción manufacturera y fabril en uno de los factores fundamentales para conquistar la independencia económica nacional.

Traducidos tales conceptos al lenguaje de la doctrina política y colocados en el campo de la realidad venezolana, de un país altamente intervenido por el capital monopolista, vemos cómo a través de ellos está presente una situación de franco carácter revolucionario que puede palpase sin necesidad de esfuerzos.

Los imperialistas y las clases que en nuestro país les sirven de intermediarios y de pilares de apoyo, no son ciegos ante la evidente realidad. Sus teóricos e ideólogos no dejan un solo momento de estudiar los cambios que se vienen operando. Toda su conducta política está orientada a intervenir de frente y en cualquier forma ante cada situación en particular. Saben muy bien que “el sol no puede ser tapado con un dedo”; ante los hechos concretos y objetivos de una transformación revolucionaria.

El Presidente Kennedy, en numerosos discursos pronunciados dentro y fuera de Estados Unidos, reconoció esta necesidad e hizo un llamado a la conciencia de los hombres progresistas y “revolucionarios” de América Latina para echar a andar la revolución y conquistar un mejor nivel de vida, para lo cual contarían con la “ayuda generosa” del pueblo y gobierno norteamericanos, que “ven con horror el estado de miseria en que vive la mayoría de la población de este continente”.

Los hechos no tardaron en acompañar las palabras del mandatario yanqui. El cauce de la revolución se abrió casi en forma inmediata: la revolución de la Alianza para el Progreso, “que los pueblos libres vienen practicando con éxito desde hace cuatro años” y sobre la cual un columnista norteamericano, expresó recientemente:

La revolución de la Alianza es en pro de la paz y la libertad para forjar naciones independientes y libres de cualquier dominación imperialista. (Revolución de la Alianza. *El Nacional*: 15 de enero de 1966. Pág. A-7).

Este tipo de “revolución” o cualquier otro distinto matiz, para el cual se cuenta de antemano con la anuencia del imperialismo y las clases intermediarias, es posible realizarlo sin apelar a otras formas de lucha diferentes a las democrático-tradicionales; en forma pausada, lenta, sin violentar el estado actual de cosas; sin chocar de frente contra las fuerzas opresoras, ni provocar su soberbia.

Visto así el problema, es innegable que mi amigo y los que como él piensan, tienen la razón...

III. La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geopolítico

Un camino distinto al de la sumisa aceptación de la “revolución permitida” — que no es revolución sino en la falaz teoría de los imperialistas — implica un cambio sustancial en la actitud de individuos y grupos y conlleva, en primer término, a la liberación de cada cual.

Lo principal está en comprender exactamente los problemas del país, su esencia y sus causas. Luego, la magnitud de los intereses en pugna y la conducta de cada clase social frente al conjunto. El análisis completo de la situación general más el examen detallado de la correlación de fuerzas en lo nacional y lo internacional, determinan las características y posibilidades de una revolución verdadera, sin más limitaciones que las que imponen las realidades objetivas y sin más restricciones que las que corresponden a un proceso difícil frente a un enemigo relativamente poderoso.

En la medida en que la necesidad de la revolución se aclara ante los diversos sectores nacionales y aparece en toda su nitidez y, en la medida también en que el pueblo y su vanguardia revolucionaria se lanzan a la lucha definitiva — como ha ocurrido en Venezuela y otros países de estructura similar — los imperialistas y demás clases reaccionarias se apresuran a tomar todas las posiciones correspondientes para mantener su dominación y atemorizar, en la práctica de la amenaza y los hechos de fuerza, a los

grupos y clases que aún comprendiendo aquella necesidad no se atreven a arriesgar lo que han conquistado, a poner en peligro sus intereses en una lucha que mirada superficialmente, luciría como aventura.

Las recientes declaraciones del Presidente Johnson al inicio de la crisis dominicana, anunciando que el gobierno de Estados Unidos no permitirá la aparición de “una nueva Cuba” en el continente; la resolución de la Cámara de Representantes norteamericana de apoyar cualquier intervención militar de su país en América Latina; el incremento de la guerra en Viet-Nam y todas las manifestaciones en igual sentido, como la proposición de crear una Fuerza Militar Internacional, constituyen importantes expresiones de una línea política, que además de ser el único medio para conservar el dominio colonial, está dirigida a la atemorización colectiva y a robustecer, en el seno de los pueblos, los inmensos riesgos, sacrificios y dificultades a que debe enfrentarse la verdadera lucha revolucionaria.

Y por otra parte, no se detienen, como no se detendrán en la utilización de su poderío militar, a crear un clima artificial de facilidades para presentar ante los grupos y clases vacilantes un camino riesgoso e inseguro que a la larga satisfaga sus intereses.

Con motivo de la celebración del último aniversario de la Alianza para el Progreso, después de la intervención militar en Santo Domingo para aplastar un movimiento democrático, el Presidente Johnson dijo:

La revolución social democrática es la alternativa –la única alternativa– al derramamiento de sangre, la destrucción y la tiranía. Pues el pasado es pasado. Y los que luchan por preservarlo se suman sin saberlo a las filas de sus propios destructores.

¿Pero quiénes son los que se oponen a la revolución social democrática en la República Dominicana, Venezuela, Perú, Guatemala, Brasil, en el mundo, siendo la única alternativa? ¿Quiénes sino las propias tropas norteamericanas incrementan

el derramamiento de sangre, la destrucción y la tiranía en Vietnam? ¿Quiénes sino el gobierno norteamericano, luchan por preservar el pasado y ensangrentar nuestro país y todo el continente americano?

Las palabras del Presidente Johnson, y las del señor Kennedy; las del representante venezolano en la OEA, a propósito de la Conferencia Tricontinental; como la de todos los imperialistas y sus sirvientes, que se contradicen con los hechos (ocupación militar de Santo Domingo, resolución de la Cámara de Representantes, etc.) tienen un carácter claro, preciso. Son como las utilizadas por algún bravucón que con un rejo en la mano dice al hijo travieso: “si no te estás quieto, te pego”.

La combinación de las palabras y los hechos, como expresión de una sola política, por parte de los imperialistas, sus ideólogos y lacayos, no han dejado de darles buenos resultados. Por su medio han logrado mediatizar a importantes sectores de los pueblos colonizados, como el nuestro, para los cuales la liberación nacional es el camino de su propia liberación económica y social, pues abre al país inmensas perspectivas de desarrollo dentro del cual las clases hoy explotadas por el imperialismo y la oligarquía, tienen campo propicio para el incremento del trabajo productivo.

En Venezuela, ya lo expresamos, pocos discuten la necesidad de una transformación revolucionaria para poner fin al actual estado de subdesarrollo, atraso y miseria. El amigo y viejo compañero a quien me he venido refiriendo, está conciente de esa necesidad, como lo están muchos de los que, incluso dentro de la clase obrera, piensan de la misma manera. El problema existe cuando se consideran las vías para lograr dicha transformación revolucionaria. Es entonces cuando surgen dudas y posiciones discrepantes: de un lado quienes creen — como mi amigo — que hay todavía posibilidades de conquistar la liberación nacional por la vía del sufragio, de la sola lucha pacífica de masas, de las reformas progresivas; y del otro quienes — como yo — creen que tal conquista sólo es posible a través de la insurrección popular,

consecuencia de la correcta combinación de todas las formas de lucha, dentro de una concepción de La guerra del pueblo.

Son, pues, dos de los campos en que están divididos los sectores y clases progresistas del país, como también dos los campos en que se comparte la totalidad de la sociedad venezolana. Y los cuales, en uno u otro terreno, se irán definiendo más nítidamente al profundizarse la toma de conciencia por parte del pueblo y sus aliados en la presente etapa histórica, en la que la revolución liberadora es la alternativa nacional.

Los sectores y clases progresistas, como a los que pertenece mi amigo, actualmente ubicados en el campo del reformismo o de la “revolución permitida”, carecen de una clara mentalidad de Poder; de lo que significa, en su propia conciencia, la conquista del Poder político como instrumento de lucha entre las clases ascendentes, asfixiadas en forma transitoria, y las clases retrógradas, conservadoras, cuyo dominio es también de carácter transitorio. Muchos de los que hoy estamos en la vanguardia revolucionaria, y yo principalmente, tuvimos una posición similar a la de aquellos sectores. No teníamos concepción de Poder el 23 de enero de 1958, ni en julio y septiembre del mismo año. Para mí la democracia representativa, entonces, era lo mismo que lo es hoy para mi amigo. Yo, afortunadamente, me liberé del reformismo para convertirme en revolucionario verdadero. He tomado conciencia y sobre todo, una clara mentalidad de Poder. Igual proceso se ha cumplido en muchos otros; en unos antes y en otros después que yo, como consecuencia de realidades objetivas que la intensa propaganda imperialista no ha sido capaz de ocultar.

Abandonar el campo reformista y tomar el revolucionario significa decidirse a luchar sin temor alguno, tener seguridad de la victoria y desafiar, cual David, al gigantesco poderío reaccionario, como lo han hecho todos los verdaderos revolucionarios de la historia, incluso los revolucionarios burgueses. En esta conversión juega importante papel la mentalidad de Poder, ya que la conquista de él es la finalidad de todo movimiento político. Las clases

hoy reaccionarias, que ayer fueron revolucionarias, son lo que son y fueron lo que fueron, precisamente por su mentalidad de Poder. La tuvieron para conquistarlo a través de la guerra (en Venezuela contra el coloniaje español) y la tienen para tratar de conservarlo, también a través de la guerra. Ayer triunfaron porque eran fuerzas nuevas, nacientes de la sociedad, tenían a su lado el apoyo invencible del pueblo (pardos, llaneros y montañeses ofrendaron sus vidas) y representaban el camino de la independencia; pero ahora serán derrotadas irremisiblemente vencidas “porque están divorciadas del pueblo; no importa cuán fuertes aparezcan por el momento, están condenadas al fracaso”.

El ejercicio del Poder político es determinante, definitivo en la sociedad. La política no se practica sino a través del Poder, ya sea ésta revolucionaria o reaccionaria, que es en las dos mitades en que ella se divide. En cada etapa histórica hay revolucionarios y reaccionarios; un grueso sector en el medio, sin conciencia propia, vacila a uno y otro lado y se va reduciendo a medida que se desarrolla la toma de conciencia, como producto de la lucha antagónica y los intereses de clase. Pero al principio de todo proceso revolucionario, el sector intermedio bajo la influencia directa de las clases en el Poder —las clases reaccionarias— hace el juego a éstas, aun cuando trata de salirse de su opresión. No obstante, poco a poco, van tomando conciencia y mentalidad de Poder; se producen importantes desprendimientos que engrosan las filas revolucionarias.

En el campo general de la política esto es lo que ocurre con el imperialismo y sus lacayos, que cada día ven reducida su base de sustentación. Después de la Segunda Guerra mundial el proceso se ha acelerado; el poderío del Campo Socialista ha aumentado grandemente. Han venido desarrollándose revoluciones contra los imperialistas y sus lacayos en vastas regiones de Asia, Africa y América Latina y las dos terceras partes de la humanidad se han liberado y viven al margen del dominio reaccionario. Esto hace posible, hoy en mejores condiciones que ayer, el avance y la victoria revolucionarios de los pueblos subyugados,

como Venezuela, aun cuando estén en el área geográfica más inmediata del coloso norteño, y como Cuba, que ya liberada, realiza su revolución socialista a sólo 90 millas del mismo.

La liberación de los pueblos colonizados y dependientes está fortalecida por estos hechos. Ya el imperialismo, a pesar de todo su poderío, no es la misma fuerza que era hace veinte años. Su base de sustentación ha venido sufriendo un progresivo descalabro y frente a él se yergue un mundo distinto, en franco ascenso; formidable barrera que en lo político y lo militar, contribuye a atemperar y frustrar, según el caso, la furia del gendarme. Además, en el propio campo imperialista existen extraordinarias contradicciones que restan un tanto de libertad a la acción despiadada y hacen que los imperialistas no puedan desbordarse a sus anchas. La situación mundial es cada vez más favorable al progreso de los pueblos. Al lado de la conciencia y decisión que se opera en cada uno de ellos para sacudir las cadenas del colonialismo y la opresión; todo un conjunto de realidades convierte la causa revolucionaria en empresa invencible, con el apoyo moral y material de todos los países amantes del progreso y la paz. Los pueblos colonizados, oprimidos, mediatizados en el ejercicio de su soberanía y desarrollo no se encuentran solos. Su lucha no constituye una causa aislada sólo a expensas de sus propios medios y recursos. Así como existe un campo reaccionario mundial, donde los opresores se dan las manos, se apoyan mutuamente y mueven sus fuerzas integrales en torno a la conservación de su dominio; hay un campo revolucionario mundial, donde los pueblos hacen efectiva la solidaridad militante. Esta circunstancia, la de las nuevas realidades del mundo, explica elocuentemente la razón de la derrota imperialista en Vietnam, donde 200.000 efectivos de las Fuerzas Armadas Norteamericanas de aire, mar y tierra no han podido siquiera aminorar el empuje victorioso del movimiento guerrillero, convertido en Guerra del Pueblo; por qué los 40.000 efectivos militares desembarcados en Santo Domingo, ante el repudio universal, fueron incapaces de reponer en el gobierno a los gorilas de Wessin e Imbert Barrera;

y por qué el bloqueo imperialista contra Cuba —uno de los más enérgicos impuestos en la presente época— no ha podido surtir los efectos previstos por el Pentágono y el Departamento de Estado yanquis.

Ningún pueblo en proceso de liberación puede ser contemplado librando una lucha aislada; donde dos fuerzas o dos ejércitos beligerantes, como un conejo y un tigre, combaten ante la mirada impasible de los demás. Creerlo así sería un grave error que conduciría al oportunismo y la resignación. La lucha revolucionaria de hoy —así tenemos que verla— es una lucha de todas las fuerzas progresistas del mundo, de carácter complementaria, que se extiende y consolida, como unidad dialéctica, en una situación de gran auge popular y donde las condiciones objetivas de cada país constituyen el elemento principal. Ya en América Latina, como en la primera década del siglo pasado, son varios los países que han iniciado su lucha a fondo contra el coloniaje. Tres de los países bolivarianos (Venezuela, Colombia y Perú) y otros como Santo Domingo, Guatemala y Paraguay, han tomado el verdadero camino de la revolución liberadora, en cuyo centro se alza el principal instrumento de Poder; las fuerzas armadas de liberación. A medida que esta lucha se incrementa y van apareciendo nuevos focos en otros países y los movimientos de liberación en África y Asia continúan su desarrollo, al imperialismo se le reducen aún más sus posibilidades de dominio. Y los problemas que ya confronta el gobierno norteamericano con su pueblo, como consecuencia de la guerra de Vietnam (mayores impuestos y mayores necesidades de reclutamiento) se multiplican extraordinariamente.

Todo el ejército norteamericano de hoy sería insuficiente para distribuirlo como fuerza de ocupación en la extensa geografía sacudida por la revolución.

Venezuela es un importante factor del campo revolucionario mundial. Su lucha de liberación es complementaria con la de otros pueblos en trance similar, una es necesariamente, querámoslo o no, continuación de la otra. Y aunque cada país, como

el nuestro en este caso, actúa conforme a sus propias realidades y realiza el tipo de revolución que históricamente le corresponde, no puede eludir, ni ello sería correcto, su integración con otros movimientos similares. No es culpa de los revolucionarios venezolanos que su lucha sea en primer término contra los imperialistas, en lo cual guarda perfecta identidad con las luchas que se realizan en Vietnam, en Angola, en el Congo o las que se libraron en Cuba y en Argelia. La culpa en este caso es de los imperialistas que no han respetado fronteras, ni continentes para extender su explotación.

Venezuela lucha hoy contra el subyugo norteamericano, como lo hizo ayer contra el coloniaje español; como lo hicieron los norteamericanos contra la dominación inglesa y los brasileños contra el imperio portugués.

Hay gente todavía apegada a las teorías del fatalismo geográfico que creen al mundo en la época de la Doctrina Monroe, cuya síntesis de “América para los Americanos” constituía el reflejo de una situación completamente distinta, en la cual nuestro continente tenía que protegerse contra la expansión imperialista europea; en un mundo de grandes distancias y con rudimentarios medios de comunicación. En circunstancia, totalmente superada por los cambios ocurridos como consecuencia de la ubicación del enemigo común en nuestro propio continente; del progreso de la ciencia y la técnica que prácticamente ha eliminado las distancias; del dominio por el hombre de armas intercontinentales que funcionan a control remoto, con un alto poder de destrucción; y el fortalecimiento del campo de los países liberados y socialistas con una población que supera las dos terceras partes de la humanidad, coloca a dicha gente en un mundo incierto, de espaldas a la realidad; dentro de una concepción política equivocada que sólo contribuye a apuntalar la dominación colonial y su secuela de subdesarrollo, explotación y miseria.

Las tesis de la geopolítica han sido superadas por la dinámica de la historia. Los propios imperialistas norteamericanos han borrado las fronteras continentales. El Presidente Johnson

ha dicho recientemente —por si alguna duda quedara— que las fuerzas militares de Estados Unidos estarán presentes en cualquier área del mundo, en cualquier país, donde esté en “peligro la libertad frente a la agresión comunista”. Esta agresiva conducta del imperialismo yanqui revela francamente la quiebra de los esquemas intercontinentalistas. Para el gobierno norteamericano lo mismo da que Venezuela o Santo Domingo estén geográficamente ubicados en América, que si lo estuvieran en la Conchinchina (región que hasta hace poco era sinónimo de insondable lejanía) como lo están Vietnam, Camboya y Laos.

El análisis del conjunto político mundial; de la correlación de fuerzas internacional es elemento obligado para el estudio de nuestros problemas como país colonizado, y de sus posibilidades reales para la liberación. Los venezolanos progresistas, cuyos intereses coincidentes con los intereses mismos de la nación, están restringidos en su desarrollo por la desleal competencia del capital y los productos norteamericanos, en primer lugar y, por el control del Poder político que ejerce la oligarquía criolla, no pueden desestimar en ninguno de sus aspectos la situación presente en el mundo, ni contemplarla en forma simplista o superficial. Es necesario ahondar en el complejo político del momento y mirar hacia el futuro para comprender el panorama promisor que se presenta a nuestro pueblo en su lucha liberadora. A la luz de estos hechos, de las realidades históricas, nadie puede dudar que el camino de la acción revolucionaria, sean cuales fueren las dificultades circunstanciales, es la única vía, la más segura, para el cambio estructural que tiene planteado nuestro país.

En la creación de una firme mentalidad de Poder por parte de las clases populares, patrióticas y progresistas, el primer paso es liberarse del fatalismo geográfico y de las tesis de la invencibilidad del imperialismo y demás fuerzas reaccionarias. Y el otro, convencerse definitivamente de que sin la toma del Poder Político no podrá ser realizado ningún cambio que afecte las causas de la crisis nacional. La realización de una Reforma Agraria para liquidar el régimen latifundista y modificar el actual

sistema de tenencia de la tierra —como aspiran los campesinos e importantes sectores afiliados a Fedeaagro— no es posible —ello está demostrado en seis años de vigencia de una Ley de Reforma Agraria progresista— sin transformar radicalmente el propio sistema económico y político de la nación; sin cambiar la composición social del gobierno, donde hasta ahora ha predominado el sector partidario del latifundio y la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos.

Los hombres que han pasado por el Ministerio de Agricultura y Cría —instrumento funcional de la Reforma Agraria— en la última década han sido invariablemente representantes de las clases adversas a la Reforma Agraria integral y verdadera, pero aunque perteneciesen a las clases progresistas no podrían hacer nada distinto a lo que se ha hecho, debido a que la política agraria no es una parte independiente del complejo económico nacional. Ella forma en un todo, en un sistema, en una unidad indestructible, que comprende inseparablemente el conjunto de la actividad gubernamental en función del control del Poder político por parte de las clases reaccionarias.

Lo mismo ocurre con el desarrollo industrial del país. Ningún cambio podrá operarse en este importante rubro de la economía nacional que no sea consecuencia de la modificación de todo nuestro sistema de dependencia. Los planteamientos nacionalistas que desde la fundación de Pro-Venezuela vienen ratificando muchas de las organizaciones miembros, quedarán, como han quedado, sustancialmente en el vacío. No se puede pretender que la industria venezolana sea distinta a la de una simple factoría substitutiva de importaciones, sin profundizar, para erradicarlas, en las causas que la mantienen relegada a esa función. El imperialismo que tiene en Venezuela uno de los más importantes mercados de América, y la burguesía importadora que deriva jugosas ganancias de su actividad intermediaria, no podrán nunca, por sí solos, auspiciar desde el Poder, cuyo control ejercen hegemónicamente, una modificación que remotamente pueda significar perjuicio o desaparición de tales privilegios.

El actual ministro de Fomento que cambió su profesión de obrero y linotipista por la de abogado; de origen social distinto al de los oligarcas, fundador y dirigente de uno de los partidos autollamados de izquierda, y secretario general de Pro-Venezuela — asociación abanderada del desarrollo industrial independiente — hasta su arribo al cargo que desempeña, no ha podido jugar otro papel al que le corresponde como integrante de un gobierno entreguista, mediatizado por los sectores más reaccionarios y vinculado a los intereses del gran capital venezolano y extranjero.

La política industrial es también parte integrante del complejo económico bajo el control del sistema colonial. El Ministerio de Fomento, a la manera de los anteriores, pertenecientes a las clases y partidos diferentes, ha tenido que someterse, a riesgo de su posición gubernamental, al conjunto predominante en la composición clasista del gobierno.

Ninguno de los problemas que afectan a nuestro país y a las clases populares y progresistas (concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos, bajo desarrollo industrial, desempleo, atraso técnico y científico, subalimentación, reducido mercado de consumo; falta de viviendas, escuelas, centros de salud y hospitales, bajo salario real; explotación extranjera de las principales fuentes de riqueza; soberanía mediatizada, etc.), pueden ser resueltos sin modificar todo el complejo nacional, o lo que es lo mismo: sin erradicar sus causas. No se trata, pues, de cambios periféricos, de modificaciones superficiales en el equipo gobernante que podrán ser logrados a través de las reformas tradicionales de la lucha política, “sin violentar el estado actual de cosas”; “sin chocar de frente contra las fuerzas opresoras”; “en un proceso a través de la evolución del estado actual que transforme progresivamente el régimen de las instituciones políticas”...

La propia experiencia, además del estudio de la teoría política, demuestra que a esta altura de la historia, nada tiene que buscar nuestro país en el cambio de una camarilla por otra; o de un partido o grupo de partidos por otro partido o grupo de partidos. Lo que se trata de lograr es un cambio revolucionario, de

fondo, en la composición social del gobierno que sea capaz de modificar las estructuras mismas del país y consolidar un régimen independiente, liberado del imperialismo y la oligarquía. La magnitud y causas de los problemas nacionales requiere, sin duda, la conquista del Poder por una alianza de las clases populares, democráticas y progresistas, con la fuerza suficiente en lo político y militar para hacer frente a las fuerzas de la reacción.

Está demostrado —y la mayoría de los densos sectores del país así lo acepta— que Venezuela vive una crisis integral progresiva cuya gravedad requiere grandes esfuerzos para ponerle fin. Ni la Alianza para el Progreso, ni las reformas circunstanciales han podido conjurar el tremendo mal. Sin embargo muchos sectores, conscientes de la necesidad revolucionaria, no acaban de salir del campo de la influencia reformista, de las ilusiones, contribuyendo con su actitud a la prolongación en el tiempo de la situación que agobia al país. Creen ingenuamente, todavía —y ello es consecuencia de una indefinida mentalidad de Poder— que existen otros medios para resolver los problemas nacionales, sin necesidad de exponer sus vidas, su libertad y sus intereses específicos.

No es posible continuar engañados o seguir viviendo en el mundo de las ilusiones. La revolución tiene que hacerse, cueste lo que cueste; sean cuales fueren los peligros y dificultades a que haya que exponerse. De lo contrario el proceso de depauperización, de desaparición de las pequeñas empresas absorbidas por el capital monopolista, continuará su pendiente ineluctable, con su corolario de desempleo, atraso y miseria. La burguesía nacional (agraria o industrial), la pequeña burguesía (estudiantes, profesionales, pequeños comerciantes y, empleados), junto con la clase obrera y campesina, cuya vanguardia avanza por el camino de la insurrección armada (Guerra del Pueblo), deben aglutinar, como una sola voluntad, el frente liberador, fuerza decisiva para la victoria.

Las clases populares, democráticas y progresistas de Venezuela, víctimas de la explotación del imperialismo y la

opresión oligárquica, han llegado justamente a la encrucijada: o se resignan a prolongar su existencia en un campo de acción cada vez más restringido como consecuencia del progresivo empobrecimiento del país y de la crisis general que lo sacude; o se deciden a abrirse paso a través de la lucha revolucionaria, para conquistar una vida mejor, libre de explotación y opresión, en un país cuyas grandes riquezas en sus manos abrirían inmensas perspectivas de desarrollo y progreso.

Los dos caminos que se marcan en la actual encrucijada histórica, polarizan las dos políticas en pugna: la política reaccionaria y la política revolucionaria. Una en descenso vertiginoso, sostenida por fuerzas agonizantes sin otro asidero que el de sus propios instrumentos de Poder, la otra, en flujo permanente, conducida por fuerzas nuevas en pleno desarrollo y vigor, que como torrente desbordado se abren sus propios cauces y arrasan con todo lo que pretende detenerlas.

Nuestro país y nuestro pueblo viven el momento de una crisis revolucionaria, donde los viejos esquemas políticos sufren el impacto desgarrante de la lucha entre lo caduco que se empeña en subsistir y lo nuevo que nace y crece con inusitado vigor. Esta lucha entre la vida y la muerte lo disloca todo. La proliferación de partidos políticos que para unos es expresión de estabilidad, constituye sólo el producto de la propia crisis revolucionaria, donde cada sector se sumerge en la búsqueda de su propia razón y trata de romper con el pasado moribundo. Cada cual se propone encontrar la verdad. Unos, se alinean sin haberla hallado y se colocan todavía en el terreno movedizo de la vacilación; ignoran aún el fondo de la crisis y no comprenden las verdaderas causas que la alimentan. Otros, los que toman plena conciencia y cobran mentalidad de Poder — comprender lo que esto significa como instrumento de clase— se deciden a luchar y a tomar el camino de la política revolucionaria.

El progreso de Venezuela está indudablemente ligado a su liberación nacional y ésta no puede obtenerse sino a través de la acción revolucionaria; de la lucha decidida y a fondo contra el

opresor común. Las clases progresistas, en consecuencia, han de tomar necesariamente este camino; es decir, decidirse a luchar y para ello es indispensable saber que “cuando existe la necesidad de un cambio — como el que está planteado en Venezuela — éste se hace irresistible y, quiérase o no, se produce tarde o temprano”. Sólo si se tiene conciencia de que así ocurrirá y de que los enemigos por más poderosos que aparezcan en el momento de iniciar la lucha, serán vencidos, se podrá dar el paso correspondiente y despreciar, en lo general, a los imperialistas y demás reaccionarios.

Ya dijimos que en Venezuela existen, como en el resto del mundo, dos políticas: una revolucionaria y otra reaccionaria. La primera significa, en nuestro caso la liberación antiimperialista y antifeudal, el progreso social y el desarrollo económico; la otra, coloniaje, opresión, atraso, tiranía, miseria...

Existen también dos fuerzas: la revolucionaria, patriótica o progresista; y la reaccionaria, conservadora o colonialista. Y en el centro, un denso sector que vacila hacia uno y otro lado y donde también hay revolucionarios y reaccionarios.

Mi amigo y yo estuvimos juntos, ambos con ideas revolucionarias, en el sector del centro. Yo, a pesar de mi juventud, un poco más reaccionario que él. Sus consejos y los libros que puso en mis manos — muy distintos por cierto de los que había puesto Jóvito Villalba — me abrieron el camino correcto de la política. Hoy los papeles están invertidos y mi amigo permanece, aunque sin cambiar sus ideas revolucionarias, estacionado en el mismo sector donde lo dejé hace años. El entiende la necesidad de nuestra liberación; hasta ahora ha sido un fervoroso partidario de la propiedad social de la tierra; del desarrollo industrial independiente; de la democracia y la soberanía plenas. En la manera de plantear el problema venezolano y de precisar los objetivos estratégicos, no hay mayor diferencia entre los dos. Tampoco las hay entre quienes impulsamos el cambio histórico por medio de La guerra del pueblo y los que aún no se han decidido a tomar este camino, permaneciendo bajo la influencia de la ideología

reformista y bajo el terror que proporciona el poderío relativo de la reacción nacional e internacional.

El imperialismo y la oligarquía (en la tesis reformista) cuentan con una inmensa fuerza que irremisiblemente será empleada contra cualquier insurgencia de signo revolucionario o contra cualquier gobierno que trate de modificar la presente situación.

Lo uno y lo otro lo han hecho ya en nuestro continente y fuera de él. Lo hicieron en Cuba y fracasaron. Lo hicieron en Santo Domingo y no lograron plenamente sus objetivos. Lo hicieron en Brasil y se impusieron.

El imperialismo no ha descansado un solo instante en su conducta agresiva contra Cuba. Desde el mismo momento que el gobierno revolucionario dio el primer paso hacia el rescate de sus riquezas explotadas por los monopolios norteamericanos y ahondó en la realización de una Reforma Agraria integral, para romper el sistema de tenencia de la tierra y liquidar el latifundio; se puso de manifiesto la reacción contrarrevolucionaria. La conspiración militar interna (Díaz Lanz, Urrutia y Hubert Matos); el sabotaje (incendio de El Encanto, explosión del vapor La Coubre, etc.); el asesinato de trabajadores revolucionarios (Conrado Benítez, García Domeneche y otros); la invasión de Playa Girón, preparada, armada y financiada por el Departamento de Estado y la Central de Inteligencia en Estados Unidos y Nicaragua; la expulsión de Cuba de la OEA y la ruptura multilateral de relaciones diplomáticas y comerciales impuesta por el gobierno de Estados Unidos a los países latinoamericanos; y el bloqueo general, son expresión concreta, hechos indubitables, de una constante represiva. Tal cadena de acontecimientos, unida a otros hechos, se ha producido en dos etapas distintas del régimen revolucionario cubano: la del gobierno democrático-burgués, a la caída del tirano Fulgencio Batista, el 2 de enero de 1959 y la del régimen socialista, proclamado durante la invasión mercenaria, en abril de 1961.

La transición del gobierno democrático-burgués al régimen socialista fue consecuencia directa de la radicalización popular

frente a la agresión imperialista y producto de la firmeza revolucionaria de los nuevos gobernantes encabezados por Fidel Castro. Pero en su actitud agresiva y confusionista, las fuerzas reaccionarias jamás han hecho diferencia. Y cuando se dice que el gobierno de Estados Unidos no permitirá la aparición de una “nueva Cuba en el continente”, no se refiere sólo a la presencia del socialismo, sino en el triunfo de cualquier movimiento de liberación nacional bajo el régimen revolucionario democrático-burgués. No es al comunismo exclusivamente lo que combaten las fuerzas reaccionarias, como quieren hacerlo ver a todo trance, sino a la liberación de los pueblos para poner fin a la explotación y el coloniaje.

A los imperialistas les tendría sin cuidado que nosotros –dijo Raúl Castro el 1 de mayo de 1959– izáramos en el mástil del Capitolio Nacional la bandera roja con la hoz y el martillo y no realizáramos la Reforma Agraria ni pusiéramos en marcha una política que afecte los grandes intereses norteamericanos en nuestro país.

Y es que lo formal tiene sin cuidado a los reaccionarios, aun cuando aparezcan muy apegados a ello. Lo sensible, en todo caso, son sus intereses que garantizan a través del dominio político y económico sobre los pueblos débiles. El gobierno cubano se ha caracterizado precisamente por los hechos, por la acción directa contra el coloniaje y la opresión imperialista. De ahí la sañuda actitud de Estados Unidos frente a la revolución. Sin embargo, como los hechos y no lo formal es también lo que galvaniza la voluntad popular, Cuba no ha podido ser derrotada y su pueblo avanza hacia la construcción de una nueva sociedad.

Son siete años de lucha abierta, feroz, por parte del imperialismo contra el pequeño país cubano, en los cuales no ha habido la menor tregua. Todo el poderío de la reacción ha estado frente a aquel pueblo sin poder doblegarlo. Los fracasos de las fuerzas reaccionarias indican claramente que no es posible derrotar a un pueblo cuando éste se decide a luchar.

En las circunstancias históricas presentes, con un mundo donde el conjunto de las fuerzas revolucionarias es superior a las de la contrarrevolución, ningún pueblo que toma la ruta de su liberación podrá ser derrotado, independientemente de la ubicación geográfica o cualesquiera otros factores circunstanciales.

Vo Nguyen Giap en su libro *Vietnam: Liberación de un pueblo*, dice:

La guerra de liberación del pueblo vietnamita ha contribuido a poner en evidencia esta nueva verdad histórica: en la coyuntura internacional de hoy, un pueblo débil que se levanta y combate resueltamente por su liberación es capaz de vencer a sus enemigos cualesquiera que sean y lograr la victoria final...

Los imperialistas han fracasado en Cuba —esta es la lección que debemos extraer— porque el pueblo insular, mayoritariamente consustanciado con los fines de la revolución y favorecido por su política liberadora, ha resuelto perecer antes que regresar al estado de explotación y miseria en que vivía; además, porque no se ha hallado solo, abandonado a su propia suerte, en la valiente lucha que libra día a día contra el inmenso poderío reaccionario. En todo momento ha tenido el apoyo del mundo socialista y de los pueblos amantes del progreso. Y, por otra parte, se han reflejado en su favor las grandes contradicciones existentes dentro del propio sistema imperialista mundial.

La confirmación de que los imperialistas y demás reaccionarios sólo utilizan su lucha anticomunista como pretexto, como cortina de humo para ocultar sus verdaderos designios, está presente en el caso de Santo Domingo, donde la lucha por el retorno a la constitucionalidad democrática, es totalmente distinta a la que libra el pueblo cubano en defensa de su régimen socialista.

En la República Dominicana el gobierno de Estados Unidos ha quedado una vez más al descubierto. Muchos gobiernos cuya actitud violatoria del principio de la libre autodeterminación de los pueblos, podría explicarse respecto a Cuba donde el Poder lo

ejerce el Partido Comunista, tuvieron que asumir una conducta diferente ante la burda intervención militar norteamericana en la otra isla del Caribe, conducta que contribuyó a robustecer la firme posición del pueblo dominicano que, con las armas en la mano, impidió el retorno al gorilismo militar.

Los infantes de marina norteamericanos y los batallones aerotransportados no fueron a Santo Domingo a salvar vidas, como lo dijo recientemente el líder constitucionalista, coronel Francisco Caamaño Deño. Su objetivo era restituir en el gobierno a la camarilla militar de Wessin y Wessin, o, en último caso, la de Imbert Barrera; impedir la restauración constitucional y el regreso de Juan Bosch a la presidencia de la República, cargo para el cual había sido electo en comicios democráticos. No se trataba de una insurgencia revolucionaria de signo comunista o siquiera de un firme movimiento de liberación nacional. El objetivo inmediato era el retorno a la normalidad constitucional, a la legalidad democrática, interrumpida, en 1963, por un golpe de cuartel, a cuya cabeza estuvieron Imbert y Wessin y Wessin.

Juan Bosch es un político reformista y no un revolucionario. Su gobierno se caracterizó por querer hacer realidad la democracia representativa, realizar algunas reformas, muy tenues por cierto, en los esquemas del desarrollo económico y social; y mantener el imperio de las libertades públicas. La Constitución de 1962 ampara el libre juego de las ideas políticas dentro del régimen democrático y abre las puertas a determinadas modificaciones en el régimen de tenencia de la tierra y el desarrollo económico del país. La ampliación de dichas reformas por parte del gobierno legítimo, bastó y sobró para que los gorilas militares, bajo el pretexto de la amenaza comunista frente a la debilidad del Presidente Constitucional, echaran a éste del Poder y establecieran, una vez más, la dictadura. La más reaccionaria camarilla militar dominicana, con el apoyo directo de la oligarquía y el imperialismo, puso fin por la fuerza al primer ensayo democrático después de treinta años de Poder omnímodo en manos de Chapita Trujillo. Las fuerzas antipopulares y colonialistas, cuyas maniobras en el

proceso electoral se quebraron contra la voluntad mayoritaria del pueblo dominicano, expresada en los votos a favor de Juan Bosch (como manifestación de la soberanía popular) no tardaron mucho en imponer por la violencia, con el beneplácito y solidaridad del gobierno de Estados Unidos, la opresión de su política reaccionaria.

Las fuerzas populares y democráticas no se cruzaron de brazos frente a la usurpación. En abril de 1965 reaparecieron en escena, en alianza cívico-militar que depuso a la Junta encabezada por Donald Rey Cabral; convocó el congreso disuelto en 1963, que, de acuerdo con la Constitución nuevamente en vigencia, designó al Presidente provisional de la República, entre tanto se produjera el regreso del titular: Juan Bosch. Los sectores reaccionarios de las Fuerzas Armadas, bajo el mando del general Wessin y Wessin, se pusieron de parte de la Junta derrocada y se hicieron fuertes en la Base Aérea de San Isidro. Desde allí trataron de aplastar al movimiento democrático. El pueblo fue armado por el régimen constitucional. Este conjuró cualquier posibilidad de victoria de las fuerzas reaccionarias. Asegurado el triunfo constitucionalista, con el apoyo popular masivo, el gobierno norteamericano invadió la isla; el subterfugio fue evacuar a los estadounidenses residenciados allí y proteger sus intereses. Tomadas posiciones en territorio dominicano, las tropas de Estados Unidos entraron a jugar su verdadero papel al lado de los militares reaccionarios. Primero apuntalaron los reductos de Wessin y Wessin, luego, habida cuenta de que la alianza cívico-militar constitucionalista no se atemorizó ni cedió un palmo de terreno en su decisión revolucionaria, jugaron la maniobra de un cambio formal. Patrocinaron la integración de una nueva Junta de Gobierno presidida por Imbert Barrera, sin la presencia de Wessin y Wessin. La resistencia popular persistió con mayor ardor y heroísmo, alentada, en gran parte, por el repudio mundial de que fue objeto la agresión militar norteamericana.

El imperialismo, cuyas fuerzas habían ocupado largo tiempo el territorio quisqueyano, impuesto y sostenido al tirano Rafael Leónidas Trujillo, tuvo que retroceder y abocarse a la

negociación, sin lograr plenamente sus objetivos. El poderío militar norteamericano, desplegado con prontitud no fue capaz de evitar la derrota de la reacción dominicana que a la postre tuvo que aceptar un gobierno de transición, con prescindencia de los gorilas más connotados; la incorporación al ejército de los oficiales constitucionalistas; la amnistía general; el regreso de los exiliados durante el mandato de Rey Cabral, y la libre actividad de todos los partidos políticos, incluso de la extrema izquierda.

La crisis dominicana, que aún no se ha resuelto en su fondo, sirvió para terminar de desenmascarar al gobierno de los Estados Unidos; para evidenciar una vez más, que un pueblo decidido a luchar, con la razón política de su parte, no puede ser derrotado. Si alguien quiere dar cariz de victoria a la invasión militar norteamericana a Santo Domingo, no le quedará más remedio que conformarse con una victoria de carácter pírrico; donde las pérdidas fueron superiores a las ganancias.

Todos los pueblos latinoamericanos, todas las instituciones progresistas del mundo, se movieron a la vez contra la política intervencionista de Estados Unidos y en apoyo al pueblo ocupado por los infantes de marina. El gobierno de Johnson, incluso dentro de Norteamérica, sufrió una de las más fuertes derrotas morales de los últimos tiempos. El pueblo dominicano, en cambio, recibió vivas manifestaciones de solidaridad y respaldo que lo hicieron más firme en su posición y lo alientan hoy en el camino revolucionario contra la ocupación militar y por la independencia.

Allí también se verá, como ya ha comenzado a verse, que “ante un enemigo poderoso y agresivo, la victoria sólo se asegura con la unión de toda la nación en el seno de un sólido y amplio frente nacional unido, basado en la alianza de los obreros y los campesinos...”.

En Brasil, como en la República Dominicana, en 1963, las fuerzas reaccionarias se impusieron. Había también un régimen de cierto signo progresista, expresión del sufragio universal y enmarcado dentro de la constitucionalidad democrática. Joao Goulart que sustituyó en su carácter de Vice-Presidente a

Janio Quadros (a quien las fuerzas de la reacción obligaron a renunciar), fue derrocado por los gorilas militares, con el apoyo de Estados Unidos. El pretexto para insurgir contra este otro gobierno constitucionalista fue el mismo utilizado para derrocar a Juan Bosch: infiltración comunista.

Quadros y Goulart, al igual que Juan Bosch y otros políticos tradicionales de nuestro continente (asimilables a algunos de la generación del 28 en Venezuela como Jóvito Villalba), aferrados a su formación dentro de la “cultura occidental”, militan en el campo del reformismo; según sus tesis, el progreso de los pueblos “podrá lograrse a través de la evolución del estado actual y la transformación progresiva del régimen y las instituciones políticas, económicas y sociales”.

El desarrollo de esta teoría en América Latina, consecuencia directa del fatalismo geográfico, se ha visto constreñido en la práctica por sus mismos creadores (los imperialistas) como ha sucedido en varios países y recientemente en Brasil. Los peligros que se atribuyen a los cambios revolucionarios frente al “inmenso poderío de la reacción”, no desaparecen ni ante la tímida y vacilante esencia de la reforma. Y ésta no logra nuclear las masas populares y fuerzas progresistas para hacer frente, en el momento dado, a las fuerzas reaccionarias que, igual e indistintamente, se oponen a toda manifestación de cambio o avance revolucionario o reformista, capaz de poner en peligro sus intereses o vulnerar sus privilegios de clase.

La reacción militar brasileña, al servicio del imperialismo, los latifundistas y la poderosa burguesía intermediaria, no halló la menor resistencia frente al zarpazo consumado. Tanto la política de Quadros como la de Goulart, si bien carecía de contenido revolucionario, introdujo algunas reformas: en lo internacional, estableció relaciones con los países socialistas, y, en lo interno, varias medidas de beneficio para la burguesía industrial y agraria. La nacionalización de ciertas empresas norteamericanas de servicio y la promulgación, bajo el gobierno de Goulart, de disposiciones referentes al régimen agrario, fueron suficientes para

que la alianza oligarquía-imperialista consumara su acción de fuerza.

En los gobiernos de tipo derrocados en Brasil o, anteriormente, en Cuba (Carlos Prío Socarrás), en Perú (Bustamante y Rivera y Manuel Prado), en Argentina (Juan Domingo Perón y Arturo Frondizi), en Venezuela (Isaías Medina Angarita y Rómulo Gallegos), en Chile (Carlos Ibáñez), en Ecuador (Velazco Ibarra y Carlos Arosamena), etc., la reacción, que mantiene en sus manos sus principales instrumentos de Poder, entre ellos las Fuerzas Armadas, constituye la fuerza determinante. Los sectores populares y progresistas, cuyo único recurso, en este caso, son las normas del formalismo democrático y la ilusoria majestad de la Constitución, giran a la zaga y bajo la férula de aquélla que no se detiene ante las formalidades legalistas si se presentan en su contra.

Las fuerzas reaccionarias que saben claramente para lo que el Poder sirve, sólo permiten determinadas libertades, cuando éstas no afectan sus intereses y privilegios. En Brasil y en otros países de América Latina han sido derrocados aquellos gobiernos que pretendieron transponer los límites de su verdadera competencia; dar un paso más allá de lo permitido por la reacción. Tales gobiernos, sin una política popular definida para no chocar con los intereses de las clases dominantes no alcanzan a despertar la conciencia del pueblo, ni a colocar a su lado los sectores progresistas para apoyarse en ellos y derrotar el golpismo.

Los políticos no revolucionarios, creen que todo radica en la mayoría de los votos acumulada para ganar el gobierno; y se le orienta hacia la vigencia absoluta de la ley, nadie se atrevería a desafiar la ley. No acaban de comprender —ello se expresa a través de todas sus manifestaciones— que para ejercer el Poder real se necesita una fuerza capaz de enfrentar con éxito y derrotar a las clases reaccionarias afectadas por el cambio constitucional. Esta es, precisamente, la diferencia hallada por el imperialismo y demás fuerzas reaccionarias en los casos de Cuba, Santo Domingo y Brasil. En el primero, el Poder real ha pasado a manos

del pueblo; en el segundo, el pueblo ha decidido adquirirlo a cualquier precio, y, en Brasil, donde el gobierno democrático sólo tenía carácter formal, el gorilismo militar encontró la vía expedita para imponer fácilmente su voluntad.

En el país más grande de América Latina, que tiene el ejército de aire, mar y tierra más numeroso y 70 millones de habitantes, el imperialismo no tuvo necesidad de mover más que unos cuantos mariscales y generales para poner término a los gobiernos de Quadros y Goulart. En Cuba, por el contrario, el imperialismo ha puesto en práctica todos sus recursos, excepto la agresión militar directa de sus tropas (y esto porque el apoyo popular de la revolución y la correlación internacional de fuerzas se lo impide), sin poder introducir el más ligero cambio en el rumbo ascendente de la revolución. Y en Santo Domingo, donde sí apelaron al desembarco de los infantes de marina, la heroica resistencia del pueblo les frustró sus plenos objetivos.

Esto parece paradójico, pero para quienes llegan a entender que la fuerza de los pueblos no está en relación exclusiva a su número de habitantes, sino en función de su moral, conciencia y mentalidad de Poder, lo que ocurre en Brasil, Cuba y Santo Domingo, es revelación exacta de la necesidad del Poder político en manos del pueblo.

IV. El camino de la liberación y la mentalidad de Poder

Venezuela en cuanto a población es un país pequeño: en su correlación interna de fuerzas, las clases reaccionarias y pro-imperialistas, constituyen evidente minoría. Esta proporción está presente, incluso, en el seno de las Fuerzas Armadas Nacionales, donde los oficiales de origen burgués no llegan al uno por ciento, y las tropas son exclusivamente de origen obrero y campesino. El hecho de que el país, en su política y economía está bajo la dominación absoluta de una potencia extranjera, plantea ante los venezolanos la necesidad de conquistar la independencia nacional. En primer plano están el sentimiento patriótico para liberar la patria y el deber de crear una vida nueva para el pueblo. Este sentimiento y este deber cobran invalorable dimensiones por ser Venezuela cuna del más grande paladín de la libertad americana y el más conspicuo exponente del anticolonialismo: el Libertador Simón Bolívar.

Su lucha sin cuartel cobra vigencia total cuando nuevas cadenas imperiales oprimen a la nación venezolana.

Estamos en presencia de una jornada histórica que compromete a todos los venezolanos patriotas. Es la independencia y no un interés subalterno lo que está en juego; es la liberación nacional que reclama al pueblo, en toda su unidad patriótica, civil y militar, grandes y duros sacrificios, en momentos que las

condiciones nacionales e internacionales son factores a su favor y contrarios al imperialismo.

La hora de la revolución ha sonado en todos los relojes. Ninguna fuerza será capaz de contener nuestro proceso histórico. Existen condiciones objetivas elementales que impulsan, por sí mismas, el cambio revolucionario. El régimen colonial que vive el país y del cual derivan sus múltiples problemas es la más abultada. Se hace sentir en todas las esferas de la vida nacional: la mediatización imperialista, aun cuando hay un gobierno elegido por los propios venezolanos, abarca los diferentes ramos de la política, economía, comercio, cultura y toda en la raíz misma de las costumbres y tradiciones que conforman el ancestro nacional.

Constituye lugar común en la literatura política de Venezuela señalar las consecuencias del dominio norteamericano y su influencia en la vida del país. Pero es imposible hablar de los problemas que nos afectan, sin caer en su íntima vinculación con el subyugo imperialista. Estudiar los males que padece la nación; su estado de subdesarrollo económico, baja cultura, atraso técnico y científico, miseria social y crisis política, es incidir tácitamente en su condición de país colonizado.

Las siguientes citas del discurso pronunciado por Mario Briceño Iragorry, en el Nuevo Circo de Caracas (noviembre de 1952), revelan esta verdad:

Es justo pensar en un instrumento legal que no permita hacer del obrero venezolano un mero alquilador de fuerza para el enriquecimiento de los consorcios extranjeros (Problema obrero).

Mientras la gran industria petrolera crece y transforma, en beneficio de los mercados imperialistas, nuestra economía nacional, el campo sufre un proceso de esterilidad que aumenta nuestra dependencia de mercados extranjeros... Aún en pueblos colindantes con las zonas rurales, las viejas pulperías expenden sólo artículos provenientes de los grandes mercados imperialistas. Si se juzgase la vida de los pueblos a través de hechos unilaterales, esto bastará para decir que lejos de ser nosotros una República

soberana, somos, en cambio, una factoría explotada por extrañas potencias (Reforma Agraria).

A las voces que dentro denuncian constantemente el irregular aprovechamiento de nuestra riqueza petrolera por los *trusts* imperialistas, se ha agregado recientemente la propia voz del Senado Americano, que denunció la operación fraudulenta realizada en nuestro propio país por las compañías incursas en el cartel petrolero. La Creole, la Shell y la Gulf (Petróleo).

Nuestros montes de hierro son trasladados en pedazos para beneficio de la industria y del capital yanqui... Somos un pueblo enmarcado en el esquema económico de las grandes potencias imperialistas. Estamos, en lo que a hierro dice, en la misma situación en que estuvieron Estados Unidos cuando era colonia de Inglaterra. El imperialismo es opuesto al desarrollo industrial de las colonias. De ellas quieren las materias primas y el capital que absorben a base del comercio... A nosotros se nos quiere mantener en puesto de país exportador de meras piedras. Se nos quiere, en realidad, dejar en una edad de piedra para la cual nuestra economía y nuestra cultura en general necesitan de la tutela y de la gracia de los imperios (Hierro).

Más que nuestros, petróleo y hierro son hoy por hoy patrimonio de naciones extranjeras, que juegan con nuestro destino y a cuya voluntad se acomodan intereses fundamentales. Cuando el pueblo aspira la inmediata revisión de los convenios petroleros y de las concesiones de hierro, una cláusula complementaria del Tratado del Comercio con Estados Unidos, entrega aún más al Norte nuestro destino económico... Somos, en realidad, un pueblo sin lógica y sin sentido, que pareciera haber hecho entrega en manos de los yanquis de su libertad y su decoro. Para mantener la amistad del poderoso imperio del Norte, hemos llegado a convertir en inmenso e incómodo garaje nuestra hermosa capital, y junto con esto, hemos abandonado nuestra agricultura y nuestra incipiente industria, para que puedan lucrar la de los granjeros del Norte y con ello el inmenso capital financiero invertido por el imperialismo en nuestro país, el cual, con su

total de 9 mil millones de bolívares, duplica la riqueza nacional y reduce a la condición del pueblo dependiente a nuestra sufrida República (Tratado Comercial con Estados Unidos).

No es por ello obra de resentidos, ni ridícula labor de majaderos levantar la voz contra el peligro que nos viene de afuera y contra el extremo peligro que representa en lo interior la conducta antipatriótica de los pitiyanquis. Necesario es vocearlo y repetirlo: el nuevo invasor no penetra donde tropieza con voluntades recias que le cierran las puertas de las ciudades. El imperialismo empieza por corromper a los hombres de adentro. A unos, por unirlos a su comparsa de beneficios, a otros, por borrarles la imagen de la propia nacionalidad. Para eso están el cine, las revistas, los diarios, los libros, las modas y aún las tiras cómicas. Además de dar con ello buena oportunidad a su absorbente capital, llevan al público incauto el relajamiento de los valores espirituales... Actualmente las “puertas” se abren alegremente para que venga el enemigo de la dignidad nacional a gozar de toda manera de garantías. En cambio, el dinero criollo se mantiene en forzada condición de timidez, que lo obliga al agio y la hipoteca. Pero ocurre que el extranjero tiene privilegios y seguridad, garantizados por la ley internacional, que en este caso es la ley del más fuerte, mientras el capital criollo sufre la misma inseguridad que padece el hombre venezolano (Crisis de la nacionalidad).

Nuestra posición moral se alinea con los pueblos que buscan la liberación de su conciencia y el aprovechamiento total de su riqueza... Agrupados con nuestros hermanos del Nuevo Mundo, podemos hacer frente a quienes pretenden desviar aquel destino y alterar aquella posición (Nacionalismo latinoamericano).

Cualquier problema venezolano que se analice a fondo, para buscar sus causas, indica el camino de la liberación. Mas ciertos sectores que lo hacen suyo quieren arribar a la meta utilizando sutilezas y engaños “para no prevenir al enemigo, ni despertar las menores sospechas”. Como no tienen conciencia de la fuerza que significa la alianza de las clases explotadas, y carecen de fe en el

pueblo, se inhiben de lucha revolucionaria y aceptan sumisamente los cauces que el enemigo, en constante acecho, deja abiertos para la acción política y la realización de ciertas reformas.

Dos grandes movimientos de nuestra historia contemporánea (el triunfo electoral del 30 de noviembre de 1952 y el 23 de enero de 1958) no traspasaron sus propios umbrales porque de cada uno estuvo ausente la mentalidad de Poder, que en fin de cuentas es la que lleva a comprender la verdadera magnitud de las fuerzas populares. Las críticas formuladas a los conductores de aquellos formidables movimientos nacionales (yo entre ellos), por no haber sido capaces de producir un vuelco revolucionario aprovechando el auge de masas y la decisión de éstas; ya en defensa de la voluntad expresada en los comicios; ya para lograr un cambio cualitativo en la composición del nuevo gobierno (23 de enero), tienen su base en que ninguno de los dos procesos se proponía conquistar el Poder.

Al hacer recaer sobre mis hombros las responsabilidades de aquellos planteamientos (los hechos en el mitin del Nuevo Circo.) —dice Mario Briceño Iragorry—, quise enfrentarme a ciertos comentarios, insistentemente dirigidos a decir que el fruto positivo de las pasadas elecciones venezolanas se había perdido, en parte, por mi “imprudencia” al atacar severamente la política absorbente de los Estados Unidos en mi país... Este juicio simplista y arbitrario reclama para su repudio un doble análisis. En primer término, el Partido Unión Republicana Democrática no fue a la lucha electoral, como tampoco lo fue el Partido Socialcristiano, **a ganar Poder alguno. Ambas colectividades políticas entendieron cumplir un mero deber cívico** (*sic*), y al aprovechar el filo que dejaban al civismo las espaldas de los gobernantes, sólo procuraron avivar la dormilona conciencia pública. **Por mucha que fuese nuestra fe y nuestra esperanza en el pueblo, no era tanto en aquel momento como para esperar el triunfo aplastante que confundió a la dictadura** (*sic*) y la llevó inconscientemente a destruir en la forma más vergonzosa que registran los anales políticos de América, el resultado de una votación cuyo democrático

éxito conocieron desde el primer momento la conciencia vigilante del pueblo venezolano y la conciencia atenta del continente americano, y cuyo recuerdo quedará en la Historia Nacional como “un hondo y vasto movimiento de luz”, según apropiado decir del ilustre ex embajador Manuel Pulido Méndez.

A mí no se me invitó a ir a la conquista de ningún Poder... (*sic*) Pensé que si lográbamos algunos escaños en la Asamblea Constituyente, tendría desde ahí oportunidad propicia para proseguir mi campaña en pro de los intereses privativos y esenciales de la Nación, bien sabido, además, de que en mi posible labor parlamentaria debía encarar diariamente con los denuestos y las infamias de los voceros de la presente **mayoría gubernamental** (*sic*). Llevado del más sano optimismo, creí que el gobierno militar, paradójicamente presidido por juristas que gozaban de elevado concepto en el país, guardaría un *mínimum* de respeto para sus propias palabras, y que en la venidera asamblea mi voz defensora de la nacionalidad no quedaría expuesta a que fuere silenciada, como se había tratado de silenciarla en mayo, al hacer reparos el Gobierno al movimiento del grupo Araguaney y al amenazárseme a mí con el destierro, creí que la inmunidad que ganaría con mi acta de diputado me evitaría ser nuevamente arrestado y vejado, como lo había sido en enero de aquel mismo año, a causa de mi elección como presidente del Comité de Defensa de la Economía Nacional. Debía confiar en un residuo de buena fe en quienes, de manera compulsiva habían llamado al pueblo a elecciones. **Era correcto que pensáramos así quienes aún no habíamos visto ni presumíamos la befa insolente del 2 de diciembre ni la felonía sin nombre del 15 de aquel mes** (*sic*).

Respecto a la segunda jornada, la lectura de los documentos emitidos por la Junta Patriótica, llamando a la unidad nacional contra la dictadura y el análisis de la compensación social de esa unidad, será suficiente para comprender lo ocurrido.

A diferencia del 23 de Enero, en cuyo proceso no hubo un solo planteamiento de carácter económico-social que perjudicara el logro de la más amplia unidad para enfrentarla al dictador, la

movilización popular que precedió a la victoria del 30 de noviembre de 1952, tuvo el contenido que le imprimió una plataforma electoral de orientación democrática y nacionalista, coincidente en sus objetivos con los postulados de la liberación nacional. Fue precisamente ese carácter del programa lo que hizo posible el triunfo comicial, que, a su vez, concitó la reacción de las fuerzas derrotadas, especialmente del imperialismo y llevó al desconocimiento de la voluntad popular.

El gobierno que no pensaba perder las elecciones, como URD tampoco pensaba ganarlas, retomó la iniciativa y golpeó en el momento preciso, aprovechando la vacilación de los dirigentes populares. No estamos seguros de lo que pudo acontecer entonces, pero sí lo estamos de que la Junta Militar y sus asesores imperialistas no hubiesen permitido la salida electoral si hubieran estado persuadidos de la menor posibilidad de derrota.

La política del Golpe de Estado antes o después de una elección, aplicada en Perú y Argentina con el derrocamiento pre-electoral de los partidos y la suspensión del sufragio universal para elegir presidente, continúa siendo arma importante en manos del imperialismo y las oligarquías para conservar el control del Poder político.

El camino de la liberación nacional, el único que puede galvanizar la voluntad del pueblo y sus clases revolucionarias, patrióticas y progresistas; convertirlas en dique invulnerable contra las embestidas del poderío reaccionario; ha sido desbrozado por las propias camarillas oligárquicas e imperialistas. Las vías pacíficas del reformismo para erradicar las causas de la explotación y el subdesarrollo, han sido cerradas de una vez para siempre. Creer lo contrario, como lo hace la mayoría de nuestros políticos y hombres de trabajo y empresa, acogotados por el régimen colonial, no es más que acariciar ilusiones, vivir de cuentos; aferrarse a una situación de la cual no se puede salir sino a través de la lucha revolucionaria.

Venezuela, prescindiendo de algunos formalismos, vive en el presente un momento semejante al de 1952, bajo la misma

opresión imperialista y oligárquica. Las fuerzas revolucionarias y progresistas que hicieron posible el triunfo popular del 30 de noviembre de este año, levantan similares demandas a las contenidas en la plataforma electoral presentada entonces. Sin embargo, hay un cambio importante en la proyección del movimiento hacia la liberación nacional, concretando el verdadero camino de la revolución. Las experiencias del 30 de noviembre y el 2 de diciembre indican, entre otras, que la reacción nacional e internacional jamás permanecen impasibles ante cualquier transformación de carácter político, económico o social, que pueda afectar su dominación.

Las simples reformas propuestas por URD, que unidas a otros factores del problema nacional, nuclearon la acción de las masas, provocaron, a su vez, la violencia de las clases dominantes. Estas, derrotadas electoralmente, apelaron a las Fuerzas Armadas, cuyo jefe, el general Marcos Pérez Jiménez, controló la situación y conservó el Poder en manos del sector antinacional.

URD agitó los postulados de la revolución antifeudal y antiimperialista; hizo de la lucha por las libertades democráticas su bandera principal, puso a su lado las grandes mayorías nacionales y conquistó la victoria. El imperialismo y la oligarquía vislumbraron los peligros de permitir el acceso al gobierno a un partido con compromisos populares que lo colocaba bajo la presión de unas masas unidas y estimuladas por el triunfo.

Veamos la plataforma urredista

Para justificar la concurrencia al proceso electoral, URD dijo lo siguiente:

Como partido democrático y de limpia condición doctrinaria, URD sólo puede concurrir a estas elecciones sobre dos bases: en la primera hacer de las propias elecciones una lucha cívica, sostenida y abierta, por un régimen de libertad y garantía; en la segunda la presentación al pueblo

de una plataforma o programa de lucha que por sí mismo justifique nuestra presencia en el debate. En primer término, nosotros no invitamos al pueblo exclusivamente a votar por nuestra tarjeta: junto con esto lo llamamos a pronunciarse cívicamente por una libertad igual para todos, por el respeto a todas las ideologías, por la amnistía para presos y exiliados, por la clausura del Campo de Concentración Guasina, por la apertura de la Universidad Central, por la libertad de prensa y radiodifusión, por efectivas libertades sindicales, por seguridad personal para todos los venezolanos, por el respeto al hogar y la dignidad de la familia...

El programa, contenido en diez puntos, se resume así:

- 1º.) Garantías iguales para todos, bajo el lema: Por una Venezuela sin perseguidos ni perseguidores.
- 2º.) Por una efectiva soberanía popular.
- 3º.) Por una administración libre de fraude y despilfarro: lucha sin tregua por una administración libre de la política, de la corrupción y el despilfarro.
- 4º.) Irrigación y electrificación en vez de avenidas y rascacielos. Por Reforma Agraria. Por efectiva protección para industriales, agricultores y ganaderos. Menos privilegios para la oligarquía y los burócratas; más garantías y recursos para los hombres de empresa y trabajo.
- 5º.) Que el pueblo tenga más de lo necesario y los ricos menos de lo superfluo.
- 6º.) Por la defensa de la economía nacional. Frente unido de todos los venezolanos y política firme y resuelta para salvar a la Patria del coloniaje.
- 7º.) Educación al servicio de la democracia. Por una educación integral al servicio de la libertad y del pueblo.
- 8º.) Por Instituciones Armadas apolíticas y por una política internacional de paz que convierta a Venezuela en el esforzado aliado de los pueblos del mundo, en sus luchas por la independencia y la libertad.
- 9º.) Por una Constituyente que no esté de rodillas.
- 10º.) Por un gobierno de integración nacional. Sólo el Gobierno de Integración puede ahogar para siempre la violencia y retornar el imperio del Derecho.

A esto se añade el extraordinario y enjundioso discurso antiimperialista, pronunciado en el Nuevo Circo de Caracas, por Mario Briceño Iragorry, con motivo de la clausura de la campaña electoral.

La gran mayoría nacional, revolucionarios, demócratas y patriotas, hombres y mujeres progresistas, se aglutinó en torno a las consignas urredistas y votó por el color amarillo. El Poder Constituyente fue elegido de acuerdo con el ordenamiento jurídico establecido, y según las condiciones impuestas por la Junta de Gobierno. En puridad de derecho no había motivo para desconocer el resultado electoral; el pueblo, en forma ordenada y pacífica, expresó su voluntad soberana.

La victoria popular no encerraba otro peligro que el de convertir la asamblea electa en asiento del verdadero Poder Constituyente para hacer realidad los compromisos contraídos con el pueblo. No estaba planteado sustituir el régimen en turno, sino la elaboración de una Carta Fundamental democrática, de contenido burgués, que estableciera normas precisas para la convivencia republicana; la defensa de “nuestro patrimonio nacional, saqueado por el capital extranjero” y que permitiera una “política firme y resuelta” para salvar a la Patria del coloniaje.

Sin embargo, las fuerzas reaccionarias hallaron el pretexto para la usurpación: “URD triunfó con los votos de los comunistas y los adecos, cuyos partidos estaban al margen de la ley”.

Los argumentos utilizados entonces por las fuerzas proimperialistas fueron los mismos que trece años más tarde usaría el presidente Johnson para ordenar la invasión militar a Santo Domingo.

El telegrama enviado por el general Marcos Pérez Jiménez (2 de diciembre de 1952) a los doctores Ignacio Luis Arcaya y Jóvito Villalba, se explica por sí solo:

No basta el desmentido categórico del grave hecho del acuerdo con partidos en la clandestinidad y antinacionales que a ustedes se les imputa, para probar la buena fe de las aseveraciones que ustedes hacen. Las ideas expuestas por oradores de URD en diferentes

mítines y la votación de los comunistas y de los acciondemocratistas por la tarjeta amarilla, ha venido a corroborar el hecho señalado. La Institución Armada, tan encarnecida por ustedes no está dispuesta a admitir que por acuerdos torvos se vaya a lesionar el prestigio y el progreso de la nación, seriamente comprometido por el triunfo electoral de Acción Democrática y el Partido Comunista, que URD ha proporcionado”.

Horas antes de redactar ese mensaje, el usurpador había expresado ante numerosos oficiales, al solicitar su apoyo, “que la Embajada Americana había hecho saber a nuestra Cancillería que Estados Unidos no reconocería el Gobierno que se daba el Pueblo

Mientras tanto —dice Mario Briceño Iragorry en el libro citado: Sentido y vigencia del 30 de noviembre—, las fuerzas oscuras que dirigen al país comenzaron su propaganda en el exterior para legitimar en Washington, en Londres, en París, en Madrid, en Roma, en el Nuevo Mundo el zapazo a la institución del voto. Sutilmente se dijo que con URD triunfaba el comunismo. Al Departamento de Estado acudieron políticos venezolanos a dar prenda del “comunismo” de Jóvito Villalba. Yo, pese a mi conocido catolicismo, resultaba comunista también, porque había tomado la bandera del antiimperialismo. A Ignacio Luis Arcaya se le bautizó provisionalmente de comunista porque en una ocasión presencié el desarrollo de un film soviético. Nada valían nuestras ideas, nuestra conducta, nuestra posición política. Eramos un grupo de hombres dispuestos a defender al país del entreguismo y esto bastaba para concitar contra nosotros la animadversión de los otros grupos que han hecho granjerías con la venta de la riqueza territorial y con el despilfarro del patrimonio moral del país.

El procedimiento no era nuevo tampoco ni se ensayaba por primera vez en Venezuela. La táctica de incomunicar a hombres que defienden la dignidad y la integridad de sus patrias tiene solera y espacio en el mundo actual. Cuando esto escribo me es grato leer en La Prensa de Barcelona, el 7 de octubre (1953), un comentario sobre los recientes sucesos en La Guayana Inglesa;”. Lo que ocurre es que allí ha habido elecciones con

arreglo a la más pura doctrina democrática y han resultado triunfantes los partidarios de la independencia, que a la par constituyen un partido socialmente avanzado, y como el gobierno inglés no puede aplastar ese movimiento por el mero hecho de haber ganado unas elecciones –pues ello sería demasiado descaro– ni está dispuesto a respetar esas elecciones en cuanto suponen peligro para el régimen colonial allí impuesto, se ha recurrido al comodín del comunismo.

También el diario *Pueblo*, de Madrid –agrega MBI– con este mismo motivo ha escrito en la edición del 8 de octubre, lo siguiente: “Cada vez resulta más difícil definir el significado de la palabra comunista, la prensa inglesa, sobre todo, ha puesto su granito de arena en el esfuerzo universal por hacer más y más confuso el significado de la condenada palabreja. Cuando Perón regateaba el precio de la carne, hubo quien sugirió que quizá Perón fuese comunista; a Naguib ya le han colgado el sambenito en más de una ocasión; de Mossadeg ‘se sabía’, como quien dice, que era comunista perdido, y lo mismo con Jomo Kenyatta y sus seguidores.

A los efectos de la política imperialista “lo mismo da Ana que Juana”. A ellos sólo importan sus intereses, su dominio colonial, la expresión de sus capitales y ganancias. Las vías que el movimiento de independencia adopte para lograr sus objetivos, les tiene sin cuidado. Su estrategia es golpear donde quiera que asome la lucha anticolonial, y así lo hacen sin mucho escrúpulo. El camino de la violencia reaccionaria existe sea cual fuere la vía utilizada para sustituir el régimen de dependencia: resulta francamente insensato, al desafiarla, no hacerlo con el propósito de vencer.

Quienes no quieran engañarse más tiempo, deben saber lo siguiente: tanto por el camino de la reforma, del desarrollo pacífico y la vía electoral, como por el camino insurreccional, revolucionario; el pueblo, las fuerzas patrióticas y progresistas si desean superar su condición de clases explotadas por el imperialismo y la oligarquía, tienen que enfrentarse, tarde o temprano, a los mismos aparatos represivos.

Lo único que la reacción permite, sin apelar a la violencia, es la llamada “revolución de la Alianza para el Progreso”, que no es revolución ni nada parecido.

La absoluta incapacidad de los gobiernos de democracia representativa o formal para impulsar reformas estructurales y hacer frente victoriosamente a los zarpazos de la reacción, está “a ojos-vista” en América Latina. Lo mismo ocurre respecto al calificativo “comunista”: a éste se expone toda persona que haga suyos los postulados de la liberación nacional y se decida a luchar (la vía no importa) por hacerlos efectivos.

Ante estos hechos, se plantean dos salidas: una, decidirse a la lucha revolucionaria contra el imperialismo y la oligarquía y por la liberación nacional; otra, resignarse a contemplar el saqueo de nuestra riqueza, la miseria de nuestro pueblo, la explotación feudal de nuestros campos, el atraso de nuestra educación, la deformación de nuestra cultura, el subdesarrollo de nuestra industria, la violencia de las clases dominantes; su secuela de hambre, desempleo, analfabetismo, enfermedades, falta de vivienda, carestía de la vida, represión y muerte.

Decidirse a luchar significa, en pocas palabras, desafiar a las fuerzas reaccionarias y prepararse para vencerlas, oponiéndoles una fuerza superior. Esto es lo que ha hecho la vanguardia revolucionaria al adoptar nuevas formas de combate para continuar la lucha por otros medios que la violencia reaccionaria obstaculizó, con lo que surge la creación de nuevos instrumentos de Poder político: El Frente de Liberación Nacional y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.

Además del carácter eminentemente patriótico que tiene esta lucha nacional contra el opresor extranjero, ella concreta superiores condiciones de vida y bienestar para el pueblo y determinados sectores de las clases sociales que, explotadoras del trabajo asalariado, son a su vez víctimas de la explotación oligárquica o imperialista.

No se podrá alcanzar el pleno desarrollo de la actividad productora, el progreso de la nación venezolana, mayor nivel de vida

para las clases populares y mejores ganancias para los hombres de empresa, sin conquistar el Poder Político y derrotar a las clases privilegiadas.

La base antifeudal y antiimperialista de nuestro proceso revolucionario plantea un género de alianzas que está por encima del origen, credo político, concepción filosófica, creencias religiosas, situación económica y profesional, y afiliación partidista de los venezolanos. El enemigo común, su fuerza y poderío, reclama una lucha unitaria para vencerlo.

Son proclives a luchar por la liberación nacional:

Los obreros y campesinos.

La pequeña burguesía (estudiantes, empleados, intelectuales, profesionales, etc.).

La mayoría de los oficiales, sub-oficiales, clases y soldados de las Fuerzas Armadas Nacionales de aire, mar y tierra.

Los industriales nacionales.

Los productores agropecuarios.

Los comerciantes no importadores.

Los productores no independientes, pequeños industriales y artesanos.

Los sectores nacionales del clero.

Son fuerzas intermediarias del imperialismo y adversas a la liberación:

La oligarquía bancaria y financiera.

El Alto Mando Militar y sectores minoritarios de las Fuerzas Armadas Nacionales.

La burguesía importadora.

Los latifundistas y terratenientes.

Los profesionales liberales ricos.

Los políticos y sindicalistas mediatizados.

La unidad de los sectores proclives a luchar por la liberación nacional en un frente revolucionario coloca en evidente minoría a los defensores del coloniaje; balance que se observa igualmente en el orden de la correlación internacional de fuerzas. La seguridad de esta mayoría determinante, más la favorable situación mundial, es expresa garantía de victoria para el movimiento liberador.

El cambio que el país requiere para transformar sus estructuras y abrir camino al progreso y desarrollo, implica la toma del Poder político por las clases populares y progresistas. Sin el logro de esta condición previa no es posible ejecutar el programa de liberación nacional. El Estado bajo la hegemonía del imperialismo y la oligarquía, impide cualquier modificación en el sistema político, económico y social que signifique el término de esa hegemonía.

En consecuencia, el Frente de Liberación Nacional, instrumento principal de la revolución, plantea lo siguiente:

“El pueblo venezolano tiene ante sí una tarea práctica en el presente período: conquistar un gobierno donde predominen las fuerzas progresistas y que sea capaz de adelantar los cambios históricos que reclama nuestro país”.

He aquí, pues, el objetivo concreto del movimiento revolucionario para garantizar la ejecución del siguiente programa:

- Conquistar la independencia nacional, la libertad y la vida democrática para la nación.
- Rescatar el patrimonio, la integridad y las riquezas nacionales.
- Establecer un gobierno revolucionario, nacionalista y popular.

Esto significa:

- Sacudir la tutela del imperialismo norteamericano.
- Liquidar el latifundio y las sobrevivencias semif feudales en el campo.
- Desarrollo industrial independiente.
- Garantizar un nivel de vida adecuado a las grandes mayorías nacionales, integradas por trabajadores de la ciudad y del campo.
- Recobrar la soberanía en la arena internacional, elaborando y aplicando una política exterior venezolana en relación estrecha con todos los pueblos del mundo.

Para alcanzar estos objetivos es necesario:

- Unir y organizar todas las fuerzas interesadas en el desarrollo independiente de nuestra Patria. Esto constituye la condición primaria de la victoria.
- Crear instrumentos armados propios, capaces de doblegar el poderoso enemigo y garantizar el cumplimiento de los objetivos trazados.
- Manifiestar la decisión inquebrantable de ser libres, romper la mediatización colonial y el dominio de las viejas y tradicionales clases dominantes y explotadoras.
- No flaquear ante las dificultades y demostrar seriedad y firmeza en los propósitos.

Los partidos políticos, casi sin excepción, y más concretamente los autodenominados de izquierda, han presentado programas similares a la consideración del pueblo; en esencia inciden sobre los problemas de nuestra dependencia económica. Separadamente o en coalición algunos de esos grupos han cumplido o cumplen funciones de gobierno. Hasta el presente no han puesto en práctica, de manera efectiva, ninguna de las reformas prometidas al pueblo. El gobierno en sus manos se ha convertido en instrumento burocrático para el reparto de la Hacienda Nacional entre las camarillas de dirigentes partidistas, además de elemento de soborno y corrupción.

La práctica de decir una cosa en el gobierno y la otra en la oposición, se ha transformado en especie de actitud profesional. Cada camarilla en función de dirigencia a cuyo alrededor se congregan los grupos más disímiles, aprovecha las oportunidades del llamado juego democrático para obtener mejores posiciones que, a su vez, son factores para el negocio general. Roscas de dirigentes obreros, agrarios y de otros asuntos nacionales e internacionales ejercen sus funciones a manera de profesión remunerada. La conquista de un puesto directivo en las centrales obreras, campesinas o gremiales, como arribo a una curul parlamentaria, a un cargo edilicio o una alta posición ejecutiva u otras esferas de la actividad política y gubernamental, no expresa vocación alguna de servicio público, de responsabilidad para traducir en hechos las convicciones ideológicas, sino que se presenta ante cada rosca como el logro de un holgado “modus-vivendi” garantizado por sueldos, prebendas y canonjías que la colocan en privilegiada situación.

La política, que los sectores reaccionarios y conservadores reservan sólo a los políticos, restándole su valor de vivencia popular, se trajina en nuestro país como un negocio lucrativo. Ello es directa consecuencia del colonialismo. Las clases dominantes —imperialismo y oligarquía en el caso de Venezuela— forman sus propios políticos, los dirigentes para una y otra actividad pública, a los cuales toman en alquiler y los convierten en piezas de inventario dentro de su principal empresa: el Poder. Cuando un partido, un grupo de los dirigentes en contrato no cumple a cabalidad su misión, no garantiza la productividad de la “compañía” o pone en peligro su solidez, lo botan como a cualquier trabajador corriente, hasta con el pago de indemnización.

Los partidos hechos para el negocio de la política tienen un límite de acción: el que le permiten los agentes o dueños del Poder real.

Por ello, el camino de la revolución, de la política al servicio del pueblo, no puede ser el mismo señalado “permitido” por las clases opresoras. “La decisión inquebrantable de ser libres,

romper la mediatización colonial y el dominio de las viejas y tradicionales clases dominantes” con su política alquilada, representa de por sí un cambio revolucionario en la conciencia colectiva de las clases oprimidas.

La política revolucionaria implica una ética revolucionaria; libera la propia conciencia del hombre y la despoja del afán de lucro. En esta forma conduce a cada cual hacia el sacrificio, a “no flaquear ante las dificultades y demostrar seriedad y firmeza en los propósitos; los hace “despreciar al enemigo en su conjunto” por más fuerte que se presente ante sus ojos y a “tomarlo muy en serio en cada caso concreto”. Resultado lógico de esta nueva moral es la decisión de luchar que aparece progresivamente en el seno del pueblo y en relación a su toma de conciencia revolucionaria. Liberado a sí mismo, cada uno comienza a ver nítidamente la realidad de su país y ahonda la búsqueda consciente de los caminos para la eficaz solución de los problemas.

El hallazgo de la verdad lleva a la posición definitiva; a la decisión de luchar

Los venezolanos estamos en presencia de una crisis revolucionaria, causada por los obstáculos que la opresión colonial opone para detener el desarrollo económico y el progreso social de la nación. La agricultura y la cría; el comercio y la industria nacionales están constreñidos en su expansión por las rígidas estructuras de una economía latifundista en su régimen agrícola y por el control asfixiante del gran capital financiero y el comercio importador, en los rubros restantes. Ninguna de las esferas de la producción nacional puede cobrar su vida propia ni abrirse paso en forma independiente. El progreso de la industria está vinculado íntimamente al desarrollo de la agricultura y la cría; al incremento del mercado de consumo, que, a su vez, son consecuencia de la Reforma Agraria y la elevación del poder de compra de las clases populares.

Está comprobado por experiencia histórica, por la propia realidad de los pueblos ya liberados de la explotación colonial, que el cambio planteado en los países dependientes, es imposible sin “crear instrumentos armados propios, capaces de doblegar el poderoso enemigo y garantizar el cumplimiento de los objetivos trazados”. Es el propósito de crear esos “instrumentos armados”, una de las cosas que diferencia al movimiento revolucionario de los no revolucionarios o reformistas.

Venezuela, es una verdad axiomática, necesita liberarse. Sólo liberada podrá usar sus grandes riquezas para construir su vida propia, su industria nacional independiente y sacar del estado de crisis permanente a la agricultura y la cría; ejercer la soberanía y la democracia plena, resolver, al mismo tiempo, los grandes problemas de trabajo, educación, sanidad, habitación y poder adquisitivo de las clases populares.

Llenar esa necesidad significa luchar a fondo contra las clases tradicionalmente opuestas; derrotarlas y desplazarlas del Poder Político. Para ello es imprescindible enfrentarles una fuerza superior, la cual es resultante de la unidad de las clases populares y progresistas, de sus sectores patrióticos y democráticos.

Y lo otro, es dotar a esa unidad de instrumentos armados lo suficientemente fuertes para oponerse a las fuerzas militares bajo el mando de la oligarquía y el imperialismo.

La combinación de todas las formas de lucha, como lo señala el Frente de Liberación Nacional, apoyada en la creación y robustecimiento de cuerpos armados propios, sin excluir a la oficialidad, clases y soldados de las Fuerzas Armadas Nacionales (de origen popular y sensibilidad democrática) es el único medio para liquidar el coloniaje.

Lo importante, como lo hemos repetido tantas veces, es decidirse a luchar, imbuidos de una sólida mentalidad de Poder. Tal decisión y mentalidad ha conducido a la victoria a pueblos más débiles y con menores recursos que el nuestro. Y si algo nos dice la liberación de Cuba, de Argelia, de Guinea, de Indonesia, de Egipto, de Malí, de Birmania, del Congo (Bratzaville), de

Tanzania, de Sambia, de Kenya, de Uganda, de Etiopía, etc., es que cuando un pueblo se propone vencer, ninguna fuerza puede detenerlo.

Esta lucha es dura, difícil y larga; pero “no se necesita que sea hoy mismo el triunfo del pueblo. Es más dura (sic) que aquellos que lo explotan y lo oprimen. Educándose a sí mismos sobre la experiencia de su propia agonía, se van acercando a la hora en que su padre invisible aflore en realidad y se una con la parte visible que ayer lo mantuvo a la escondida...”.

Y decididos a luchar, digamos con Mario Briceño Iragorry:

Venezuela tiene que seguir su camino sobre las tumbas donde se oculta el cadáver moral de los caídos al soplo diabólico de las fuerzas imperantes. Venezuela ha de ir adelante en busca de sí misma; en busca de la realidad de su gran fuerza de pueblo. La angustia que padece debe aprovecharla para el mejor encuentro de la vida. Como el acero, el pueblo se está purificando en la fragua del dolor y se está templando sobre el yunque de la reflexión...

Más que el terror armado lo está aniquilando ese entregarse fácil a la disposición que embota y divierte el sentido de la responsabilidad...

V. La guerra del pueblo y la debilidad de las clases explotadoras

La vida política de nuestro país ha estado signada por la violencia. Son escasos los períodos en que ésta ha cesado. Las clases dominantes en los diferentes momentos históricos han mantenido su hegemonía por medio de la fuerza. La persecución política contra el adversario es arma implacable en el ejercicio del Poder. Desde los días de La Cusiata hasta hoy, el pueblo venezolano ha deslizado su vida bajo el fragor de una caldeada lucha donde el látigo de los opresores se levanta en forma amenazante contra quienes osan romper la dominación y la tiranía. Los grupos oligárquicos no han vacilado en emplear todo su poderío político y militar para mantener su control y ejercer el Poder.

En el presente, la situación persiste en toda su magnitud. No es necesario remontarse siquiera al pasado inmediato para comprobarlo. Aún están frescas las huellas de la tiranía perezjimenista. El recuerdo de la Seguridad Nacional, la masacre de Turén y el drama de Guasina, están vivos en la memoria de nuestro pueblo. A pesar de que la saña terrorista y criminal de aquellos días ha sido rebasada a partir de 1959, no se puede olvidar el violento decenio que culminó en 1958. Y es que el uso de la fuerza entonces y ahora responde a un mismo interés: la conservación del Poder político en manos de las clases reaccionarias.

Rómulo Betancourt anunció el mismo día de la toma de posesión de la Presidencia de la República, el objetivo principal de su política: “aislar y segregar de la comunidad democrática” a las fuerzas revolucionarias que él calificó de “extremistas”. El poderoso movimiento unitario que surgió para poner fin a la violencia perezjimenista y del cual formó parte el sector más consecuente de Acción Democrática, sufrió la primera embestida y lo que se llamó el “espíritu del 23 de enero”, un golpe bastante sensible. El “Pacto de Nueva York”, suscrito por Betancourt, Villalba y Caldera, que más tarde se convirtió en “Pacto de Punto Fijo”, tenía por finalidad dividir el frente único concretado en la Junta Patriótica. Esta no gozaba de la simpatía de los imperialistas por la participación en ella del Partido Comunista de Venezuela.

Recuerdo que un periodista norteamericano me pidió, a fines de enero de 1958, que le explicara las razones por las cuales no se había “segregado” al PCV del movimiento democrático contra Pérez Jiménez y por qué nos habíamos aliado con aquel partido.

Mi respuesta fue muy sencilla. La alianza con los comunistas —le dije— tiene en nuestro país las mismas razones que propiciaron la alianza de Estados Unidos con la Unión Soviética para luchar contra el nazifascismo.

La presencia de las fuerzas revolucionarias y los sectores más consecuentes de la resistencia en el seno de la Junta Patriótica, concitó una soterrada conspiración contra ella. Numerosas maniobras fueron adelantadas principalmente por los líderes de Acción Democrática que regresaban del exilio y a cuya cabeza estuvo Rómulo Betancourt. Una vez éste en el gobierno se dedicó, en primer término, a la división del movimiento popular y democrático. Los compromisos adquiridos en el “Pacto de Nueva York”, comenzaron a ser aplicados en nuestro país como fórmula fundamental para conformar una política contraria al anhelo colectivo de los venezolanos y realizar un programa de franco contenido antinacional y pro-imperialista.

El gobierno decidió cumplir a toda costa esta política y este programa. Y Betancourt comenzó a aplicarla inmediatamente. Las

fuerzas populares se dispusieron a defender la unidad y a luchar a la vez por el mantenimiento de las conquistas democráticas y el logro de sentidas reivindicaciones económicas y sociales. En la prensa, en el Parlamento y en la plaza pública se incrementaron los debates contra la política discriminatoria y antipopular del nuevo gobierno. Esta se resintió en su base de sustentación y comenzó a debilitarse. La división de Acción Democrática con el desprendimiento del sector más consecuente y revolucionario que había llevado todo el peso de la resistencia contra la tiranía, y luego la ruptura del “Pacto de Punto Fijo” por parte de URD, fueron consecuencia de la política capituladora que se abrió paso sin contemplaciones de ninguna especie.

La nueva situación conllevó al incremento de la lucha por los derechos democráticos y las reivindicaciones populares. Las masas se volcaron sobre la calle y una manifestación tras otra se sucedían con mayor entusiasmo y empuje. Lo que había ocurrido el 4 de agosto de 1959 —bautizo de sangre del régimen de Betancourt— cuando varios desempleados fueron muertos por la policía en la plaza de La Concordia, se repitió una y otra vez. Los sindicatos, cuyos miembros en ejercicio de la democracia interna, se pronunciaban por las planchas de la oposición, comenzaron a ser asaltados por bandas armadas de los oficialistas y las manifestaciones estudiantiles, a ser disueltas por la policía. La Universidad Central fue sitiada por fuerzas del Batallón Bolívar, y los barrios humildes, constantemente asediados por la policía y la Guardia Nacional.

Betancourt expresó que “la calle era de la policía”, y meses después ordenó: “Disparar primero y averiguar después...”. La violencia reaccionaria cobró toda su plenitud ante la heroica resistencia popular. La paz que el 23 de enero había asomado en el horizonte, traducida en nuevo espíritu para el debate político y la convivencia nacional, fue rota en mil pedazos por las clases reaccionarias, interesadas en llevar adelante su política opresiva y colonial.

Lo que va de entonces a hoy es conocido por todos

La lucha por la independencia, derecho inalienable y mandato expreso en la Declaración del 19 de abril de 1810, en el Acta del 5 de julio de 1811 y en la Constitución Nacional del 23 de enero de 1961, ha experimentado cambios trascendentales. Su proyección de gran empresa histórica está presente en el ánimo de una vanguardia revolucionaria que la convierte en vivencia nacional y la agita como bandera desplegada en las manos de sus integrantes.

Un nuevo y glorioso destino se abre paso en el ámbito republicano. La Venezuela otra vez colonizada reclama romper las cadenas imperiales; grita desde el fondo de su abandono y conmina a sus hijos para rescatarla de las garras del opresor. No hay otra alternativa que salvarla o dejarla perecer. El grito repetido se hace conciencia y decisión; voluntad y coraje en las nuevas generaciones que irrumpen jubilosas en el escenario nacional.

El proceso político venezolano, sucesión de episodios sangrientos, sufre el impacto revolucionario. Las clases dominantes, conscientes de la situación que crean las circunstancias de una lucha cuyo objetivo ha pasado a ser liberación nacional; es decir, la liquidación del estado de dependencia política y económica, echan por la borda sus falsas posturas democráticas y se adentran, con mayor furia, por el camino de la represión y la violencia.

Cinco años han transcurrido desde que se inició la resistencia en esta nueva etapa del proceso revolucionario. El gobierno creyó que se trataba de un movimiento similar a los que algunos de sus líderes había agitado en la mocedad, al cual se podía poner fin “arrugando un poco la cara” y procediendo, a la usanza de todos los regímenes despóticos o de la democracia formal, a suspender las libertades públicas; pero su soberbia, como era de esperarse, creció al ver que las medidas puestas en práctica no doblegaron el espíritu combativo de las masas. Cada día, el gobierno desdoblado en dictadura clasista, apeló a métodos más agresivos y las disposiciones constitucionales cedieron paso a la política de “guerra a muerte” con que el presidente Betancourt puso término a la legalidad democrática.

Los revolucionarios de vanguardia no echaron atrás, como acostumbran los reformistas al ver cerrado uno de los caminos. La decisión histórica de oponer la violencia popular a la violencia reaccionaria, fue tomada con espíritu heroico. El comienzo de la resistencia fue acompañado de duros golpes, entre los cuales las derrotas de Carúpano y Puerto Cabello y el aniquilamiento de los primeros grupos guerrilleros en varias zonas del país, fueron de carácter casi mortal. Las camarillas de Betancourt, primero, y luego las de Leoni, que en su esencia son las mismas, fieles al imperialismo y a la oligarquía, no pudieron gobernar sin usar la violencia. Día a día, ante la presión de las clases explotadoras, fueron hundiéndose en el tremedal de la persecución y el terror, hasta utilizar decididamente el máximo instrumento de Poder: las Fuerzas Armadas Nacionales que pasaron a ser el principal aparato represivo, con oficiales y soldados convertidos en perseguidores y asesinos, en tropas punitivas y carceleros aún de sus propios compañeros de armas.

Las clases dominantes criollas y los imperialistas, acobardados por el nuevo rumbo de la lucha venezolana, demandan en forma permanente mayores medidas terroristas: el empleo de métodos más crueles, incluyendo el fusilamiento de prisioneros y la utilización de todos los recursos del Poder para aplastar la resistencia revolucionaria. Y, simultáneamente, exigen a todas las organizaciones y partidos mediatizados la condena clara y expresa del movimiento liberador “por haberse apartado de las normas que establecen la Constitución y leyes democráticas”.

No obstante, los grandes recursos materiales y humanos utilizados contra la causa patriótica, sus instrumentos políticos y militares han logrado éxitos importantes. Ello es producto, en primer lugar, de la justeza de su línea política y lo acertado de su programa; en segundo, por el apoyo y la simpatía que el movimiento goza en el seno del pueblo, y, en tercero, porque el uso combinado de todas las formas de lucha, impulsado por una vanguardia armada, es el medio de las fuerzas populares para oponerse victoriosamente y derrotar a las clases explotadoras.

Como a otros pueblos ya liberados o en proceso de serlo, a las fuerzas revolucionarias venezolanas se les presenta, en los momentos iniciales, la disyuntiva de retroceder o avanzar. Algunos sectores vacilan ante la agresividad reaccionaria y recomiendan someterse a los esquemas de la lucha tradicional, lo cual repiten en momentos de reflujos y mayores dificultades. Los más consecuentes, en cambio, mantienen la decisión de luchar y vigorizan la resistencia armada, cuyos destacamentos guerrilleros constituyen uno de los más importantes factores del cambio histórico que se opera en la vida del país.

Las fuerzas de la revolución cuentan ya con instrumentos propios para la ejecución de su política. Estos garantizan la continuidad de la lucha y la conquista de la victoria. No ocurre como en etapas anteriores cuando el movimiento popular carecía de ellos. Las masas insurrectas tienen en esta nueva etapa los elementos capaces para incrementar, en forma progresiva, el apoyo general de las clases democráticas y patrióticas. Tienen también la seguridad de que sus esfuerzos no serán desperdiciados en una lucha sin perspectivas de triunfo. Las condiciones objetivas del país, por una parte y la madurez de la vanguardia revolucionaria, con sus destacamentos armados, por la otra, hacen del proceso actual una causa invencible que puede resistir por largo tiempo, como se ha demostrado, el embate total de las fuerzas reaccionarias.

La lucha armada, eje de multitud de combinaciones para impulsar otros medios de combate para las reivindicaciones populares y los derechos democráticos, es, precisamente, lo que canaliza los múltiples esfuerzos de los venezolanos hacia la victoria definitiva; y conjura cualquier amenaza de frustración. No existe ninguna duda sobre las perspectivas del movimiento liberador. Su desarrollo, dado por las propias realidades de una nación inmensamente rica, saqueada y oprimida por el imperialismo, es cada día más claro y promisor. Su influencia sobre las clases desposeídas, la inmensa mayoría de nuestro pueblo, se hace sentir a cada paso, y su penetración en los sectores progresistas, civiles y militares es de mayor significación.

Venezuela, consecuencia de las nuevas formas de lucha, vive una etapa política diferente. Esto tiene que ser comprendido principalmente por las clases revolucionarias y progresistas. La consolidación de los destacamentos guerrilleros, resultado del apoyo popular y, en lo fundamental del campesino; de su dominio del terreno; del mejoramiento de la técnica militar y la constante superación ideológica y política de oficiales y combatientes, juega importantísimo papel en el desarrollo de la lucha revolucionaria y el nucleamiento de las fuerzas populares.

Es ya un hecho evidente la vigencia del movimiento guerrillero. Las poderosas ofensivas militares que lograron destruir los primeros focos, no han podido aniquilarlo ni rendirlo. Las afirmaciones del gobierno, tendientes a crear confianza en los grupos vacilantes y desconcierto en las filas del pueblo, para mantenerlos en función de su política, se han quebrado contra la realidad. Las guerrillas, lejos de estar liquidadas, muestran mayor fortaleza y crecen con la incorporación de las masas campesinas.

Los golpes asestados a las unidades represivas, como la reciente operación de aniquilamiento en el Cepo, estado Lara, después de declaraciones oficiales anunciando la liquidación o neutralización del movimiento guerrillero, sirven para poner en claro la verdad.

Hay dos cuestiones objetivas: la primera es la existencia y consolidación de los frentes guerrilleros; la segunda, el fracaso del gobierno en sus operaciones antiguerrilleras. Pequeños y materialmente débiles como son hasta ahora los grupos de vanguardia, sus núcleos militares y la proporción de las masas incorporadas a la acción directa, ha sido imposible contener su avance. Esto tiene importancia de primer orden.

Tal realidad incide directamente en la toma de conciencia por parte del pueblo y la solidez de su mentalidad de Poder. Los que todavía sobrestiman el poderío y capacidad de las fuerzas reaccionarias para aplastar la insurgencia de nuestro pueblo, no pueden sino meditar hondamente sobre la realidad actual y hacerse numerosas preguntas acerca de la misma.

Las tesis pesimistas en cuanto a la posibilidad de victoria del movimiento liberador en un país como el nuestro, fuertemente intervenido por el imperialismo, han venido siendo derrotadas por la experiencia y por los hechos. Nunca como ahora había sido más clara la perspectiva de la unidad nacional para realizar los cambios históricos planteados. Demostrada la invencibilidad del movimiento revolucionario y sus vanguardias armadas, la teoría del reformismo, su razón esencial, sufre y se quebranta gradualmente con la progresiva desaparición de los elementos que le dieron origen, y con el fracaso de la democracia formal y la dictadura militar, como sistema de gobierno.

A partir del 23 de enero de 1958, algunos líderes políticos atribuyen la quiebra del formalismo democrático a la hegemonía de un solo partido, y propugnan el régimen pluralista, el cual es iniciado en 1959 con la coalición AD-URD-COPEI, que luego se reduce a la colaboración del primero y el último. En el período constitucional siguiente (1964), el gobierno de coalición es integrado por Acción Democrática, Frente Democrático Nacional y Unión Republicana Democrática, bajo la denominación genérica de “Gobierno de Amplia Base”, el cual acaba de desintegrarse como consecuencia de profundas contradicciones.

En menos de una década, cuatro de los más importantes partidos reformistas han ejercido funciones de gobierno. El régimen pluripartidista demostró con la “amplia base” su absoluta caducidad. Tanto una como otra forma de gobierno (la monopartidista y la de coalición) han fracasado rotundamente, produciéndose un importante vacío de Poder que es, a la vez, parte de la crisis revolucionaria.

Los líderes e ideólogos del imperialismo no sólo han resultado incapaces para gobernar, sino para comprender los fenómenos de nuestra política. Su superficialidad, en primer término y los intereses a los cuales sirven, en segundo; los condujo a conclusiones erradas y los llevó a engañar al pueblo y a engañarse a sí mismos. Centrarón en la hegemonía monopartidista las causas de una situación que es producto de la composición social del

gobierno. Y propugnaron un cambio formal, en lugar de una transformación en la base del régimen.

El fracaso de estos grupos (AD-COPEI-URD-FND) no puede ser atribuido a causas superficiales o a la incapacidad administrativa de sus cuadros. Esto plantearía un problema de muy fácil solución: bastaría colocar en el gobierno a otros partidos o grupos con mejores técnicos para resolverlo. La cuestión es más de fondo. Sus causas están íntimamente ligadas a la dependencia de nuestro país. El Poder real nunca ha estado bajo control de los partidos en función de gobierno. Es el ejercido por las camarillas pro-imperialistas de las Fuerzas Armadas y las clases económicas más poderosas, con la presión determinante del Departamento de Estado y el Pentágono norteamericano.

Es la consecuencia directa del régimen colonial. Los partidos revolucionarios, sin una sola base de sustentación civil y militar, están obligados a hacer importantes concesiones, aún en el campo de la oposición. Y una vez en el gobierno, presionados a realizar una política de sumisión. Es imposible que uno solo o todos coaligados puedan adelantar gestiones distintas a las que ya se conocen. El ejercicio pleno del Poder implica no una coalición de partidos con igual o parecido contenido social, sino una integración de las clases populares y progresistas (en régimen de democracia plena o de Nueva Democracia con instrumentos armados revolucionarios, para enfrentarse con éxito y derrotar las presiones de las clases desplazadas y su violencia).

Esta nueva integración para la conquista y ejercicio del Poder real, base fundamental para la ejecución de un programa nacionalista que liquide la presente situación de dependencia y los problemas derivados, tiene posibilidades extraordinarias. El robustecimiento de los destacamentos guerrilleros es una evidente. Al contrario de lo que ocurría en el pasado, cuando las clases gobernantes podían invalidar de un plumazo la actividad de las organizaciones populares y democráticas o conjurar los peligros subversivos con el simple cambio de un jefe de Estado Mayor, hoy se ha comprobado que los grupos insurrectos y sus

instrumentos políticos y militares, pueden resistir a la vez que expandir su actividad, aun bajo la más sangrienta represión.

Existen otros factores de gran importancia. La incorporación de las masas campesinas a la lucha revolucionaria, sobresale en este sentido. Hasta estas alturas del movimiento guerrillero, los campesinos venezolanos constituían el sector más atrasado de nuestra actividad política. La reminiscencia de la explotación feudal y de los antiguos caudillos; el analfabetismo y la falta de vías de comunicación, además de otras particularidades atávicas, los convertía en fácil instrumento de engaño y hacía de ellos importante reserva de las clases dominantes. El campo venezolano, no obstante su situación explosiva, era escenario de conformidad, mientras las áreas urbanas vivían en permanente agitación. Hoy el problema está planteado un tanto diferente. La politización del campesinado, gracias a las acciones guerrilleras y a la asistencia constante de los cuadros que han hecho del medio rural su principal teatro de operaciones, ha abierto nuevos cauces a la lucha revolucionaria y hecho del campesino baluarte formidable del movimiento liberador.

Un elevado número de caseríos rurales es objeto de ocupación militar. Muchos campesinos han muerto heroicamente, otros se han convertido en verdaderos dirigentes de su clase. Cuarteles que tenían su asiento en el medio urbano están siendo trasladados a las zonas campesinas. Y en los últimos cuatro años, más de veinte mil efectivos de las fuerzas de aire y tierra han realizado alguna actividad militar en las regiones montañosas de los estados Lara, Falcón, Portuguesa, Trujillo, Barinas, Monagas, Anzoátegui, Sucre y Miranda sin lograr sus objetivos.

Esto sucede al mismo tiempo que los partidos tradicionales no revolucionarios, ven resquebrajarse sus filas, y los líderes obreros mediatizados pierden prestigio popular. Tales instrumentos de las clases opresoras sufren el impacto de su propia política de espaldas a la realidad nacional, originando nuevas reagrupaciones en el orden general. El debilitamiento de las fuerzas coloniales conlleva necesariamente a una correlación en favor del

campo revolucionario. La clase obrera y los sectores progresistas y democráticos de la pequeña burguesía patriótica que ha vivido la quiebra de la política reformista, caracterizada por las concesiones hechas al imperialismo y la oligarquía por los movimientos triunfantes, no pueden continuar atadas a la misma situación. Los intereses que cada una de ellas representa, los inmensos problemas que pesan sobre sus hombros y la imposibilidad de cambio alguno por los medios ensayados hasta el presente, las obliga a buscar otras salidas; nuevas perspectivas de bienestar y desarrollo.

La crisis actual es del orden revolucionario. Ella tiene su base en la explotación imperialista de nuestras principales fuentes de riqueza y la subsistencia de reductos feudales en la explotación agropecuaria. Esta realidad indica que el desarrollo económico venezolano y el cambio radical de sus estructuras, no pueden ser logrados sin golpear sensiblemente aquellos intereses. Cualquier tipo de política que ignore estas razones o trate de asignarles papel de segundo orden, está condenado al fracaso. La mayoría de los políticos mediatizados, nadando un tanto contra la corriente o dejándose arrastrar por ella, se ha empeñado en proceder a la inversa: hacer frente a los efectos sin conjurar las causas.

Es evidente que dicho camino es equivocado. Sin embargo, muchos venezolanos, bajo la influencia de demagogos y políticos, se aferran duramente a él. Es debido, en gran parte, a la ausencia de mentalidad de Poder en el seno de las clases populares y progresistas que les impide decidirse a luchar. El temor a las fuerzas reaccionarias está unido al desconocimiento parcial o total de la ciencia política. Muchos de los sectores patrióticos, indudablemente débiles en su aislamiento, subestiman su inmenso poderío en alianza con las clases populares. Lo mismo sucede a la clase obrera o a los campesinos solos frente a un enemigo que luce todopoderoso.

En lo estratégico no hay tal superioridad de las fuerzas reaccionarias, como lo afirman sus ideólogos. Una clara demostración está dada por la subsistencia y desarrollo de los destacamentos

guerrilleros que, desde su propio nacimiento, han sido sometidos a fuertes presiones. Ellos expresan la permanencia y continuidad de un foco insurreccional cuya influencia sobre las masas populares nadie puede callar. El enemigo que es capaz de aniquilar en pocas horas cualquier levantamiento de otras características, como lo hizo en Carúpano y Puerto Cabello, ha resultado impotente para detener el avance de la insurrección guerrillera (guerra del pueblo), por más que ha utilizado contra ella los principales recursos a su alcance. Un solo instante no ha descansado el gobierno en su guerra a muerte contra los nuevos instrumentos de Poder del pueblo venezolano. Ha obtenido, es cierto, algunos éxitos pero nunca como para desmantelarlos. Los destacamentos guerrilleros se mantienen y crecen dentro de las grandes dificultades inherentes a todo movimiento revolucionario y con las limitaciones que impone la lenta forma de operarse, en estos casos, la incorporación del pueblo a la lucha militante.

Los factores señalados juegan un rol de inmensa importancia. Sirven para vigorizar la moral y la conciencia de las vanguardias revolucionarias, al tiempo que abren firmes perspectivas a las clases interesadas en la liberación nacional. El ejemplo de una insurrección que ha podido mantenerse viva durante un lustro y que ha demostrado grandes posibilidades de desarrollo, es un hecho invaluable. Ningún grupo político puede poner en duda esta verdad, realizada por el fracaso de las fórmulas no revolucionarias del gobierno; ni dejar de asignarle la significación que él tiene.

Otra cosa importante es que el movimiento liberador no se aferra a una sola forma de lucha. No supedita la victoria a la construcción de un ejército de línea. El triunfo de la causa revolucionaria no lo espera a través del enfrentamiento de dos fuerzas militares que libran grandes batallas como es la guerra clásica. La decisión la coloca en la lucha de las masas populares y los sectores progresistas de la nación, enfrentados por todos los medios a las fuerzas enemigas. El uso de múltiples formas de lucha, las

legales y las ilegales, las pacíficas y las no pacíficas, es inherente a nuestra guerra revolucionaria.

Dadas las características de nuestro país, con la mayoría del pueblo en las ciudades y poblaciones adyacentes; con un campo inmensamente atrasado en proceso de despoblación; y con la particularidad de una fuerte composición juvenil de nuestra sociedad, la lucha revolucionaria tiene, a diferencia de otras naciones, su factor principal en el medio urbano. Son las masas trabajadoras que lo pueblan, por estas características, en alianza con el campesinado (que las guerrillas han despertado y conmovido) la fuerza decisiva del movimiento liberador.

Los revolucionarios de vanguardia tienen que comprender y dominar esta particularidad. La incorporación de las masas obreras y los trabajadores en general a La guerra del pueblo, es lo que, en definitiva garantizará la victoria; pero esta incorporación se manifiesta en forma progresiva. Su inicio está dado por el incremento de las luchas reivindicativas y políticas de cada uno de sus sectores. El hecho circunstancial de que la mayoría de las organizaciones obreras gire bajo el control de sindicalistas profesionales al servicio de la reacción, no representa invencibles obstáculos para la movilización de sus miembros y la conquista de su dirección. Los grandes problemas económicos y sociales son, al fin y al cabo, el factor determinante.

Lo mismo que sucede en el campo de los partidos políticos, ocurre en el seno de las masas obreras. Los líderes del reformismo pro-imperialista, en ambos terrenos, pierden aceleradamente su prestigio y la confianza popular. Los trabajadores, por su parte, se sienten desamparados y sin mayores perspectivas. Hay una especie de vacío de dirección que repercute sensiblemente en el debilitamiento de la capacidad de lucha del sector obrero. En ello influye la falta de claridad respecto a las características de nuestro proceso revolucionario. Y fundamentalmente las erróneas ideas de que la lucha armada se contrapone a las otras formas de combate popular. En algunos sectores del pueblo se da carácter excluyente a lo que es complementario.

Los destacamentos guerrilleros son vistos como organizaciones aisladas, en un medio independiente y remoto. Se considera, asimismo, que la insurrección de las masas no tiene un carácter progresivo. Por ello se juega principalmente con los elementos políticos y se empequeñecen los de tipo económico y reivindicativo. La preocupación por la incorporación masiva y no gradual del pueblo a la lucha revolucionaria, ha influido negativamente en los trabajos de expansión insurreccional. La concepción de la “gran batalla”, ora producida por el enfrentamiento de dos fuerzas militares; ora resultado de un estallido momentáneo, continúa viva en la mente de muchos revolucionarios.

La guerra del pueblo es, en nuestro país, una sucesión de escaramuzas, de encuentros, de combates, de batallas, de avances y repliegues en todos los órdenes de la vida nacional, cuya continuidad está garantizada por los destacamentos guerrilleros. Es todo un complejo insurreccional afianzado en pequeños y constantes triunfos, de carácter ascendente, que expande la influencia de la insurrección, por una parte, y, por otra, incrementa el poderío de las fuerzas armadas y no armadas de la revolución.

En este sentido el desarrollo del ejército popular y la victoria general del pueblo están estrechamente ligados al fortalecimiento de los destacamentos guerrilleros, que le permita golpear más duramente, y al levantamiento progresivo de las masas, en lucha abierta por la conquista de sus derechos políticos y sus más sentidas reivindicaciones en lo económico y lo social. Ambos fenómenos permiten ganar a las fuerzas progresistas y democráticas, civiles y militares que, estimuladas por los éxitos del movimiento popular, se incorporan decididamente a la lucha revolucionaria.

La crisis general del país debe ser aprovechada al máximo para el desarrollo del movimiento liberador y el incremento de su influencia en todas las capas de la sociedad. Esta crisis constituye la concreción de los hechos objetivos que plantean la inevitabilidad de un cambio revolucionario e imponen el combate en todos los frentes, como forma de ampliar La guerra del pueblo;

de proyectarla hacia los centros neurálgicos del país y convertirla, de hecho, en una realidad. Y, al mismo tiempo, en medio efectivo para abrir sólidas perspectivas de Poder a los grandes sectores nacionales cuyos intereses no están en contradicción con la liberación nacional.

En todo caso debe estar presente el carácter antifeudal y antiimperialista de nuestra lucha y los rasgos particulares de la revolución venezolana. Sólo en esta forma se pueden conducir con acierto las difíciles tareas que ella impone y lograr la liberación. El combate revolucionario no puede llevarse a cabo sin pleno dominio de la teoría revolucionaria, de sus métodos, de su organización, de su ética. Hay necesidad, en todo momento, de profundas batallas ideológicas que permitan ganar gradualmente las masas para la lucha. Se requiere usar de gran iniciativa para ahondar la conciencia revolucionaria del pueblo y las clases progresistas. La propaganda y la agitación constante, por diferentes medios, son armas indispensables. Para que su utilización sea provechosa y efectiva, los revolucionarios de vanguardia deben estar suficientemente preparados en lo físico y mental. La guerra del pueblo y la incorporación a ella no significa la actividad puramente militar o el abandono de los campos específicos de trabajo para dedicarse, en forma exclusiva, a un solo medio de lucha. Ella es una unidad política-militar que va desde la más elemental protesta, el mitin relámpago o la huelga, hasta el sabotaje, la captura de armas, el hostigamiento o aniquilamiento de una fuerza enemiga, la toma de una plaza militar y la conquista del gobierno. Nada que incida en la precipitación de las contradicciones en el campo adverso, que contribuya a minar la moral y a reducir la capacidad de combate del enemigo, puede ser desestimado; no debe ser eludida ninguna tarea que permita ganar todo lo ganable y neutralizar todo lo neutralizable.

Cada combatiente de La guerra del pueblo debe estar imbuido de esta idea: sólo la lucha diaria, constante y sistemática en todos los terrenos, podrá conducir a la victoria.

Existen las condiciones indispensables para la expansión revolucionaria. La correlación de fuerzas es favorable a la liberación nacional; han sido creados nuevos instrumentos de Poder; la invencibilidad de los destacamentos guerrilleros está demostrada; el fracaso del formalismo democrático es evidente, y el descontento popular cunde cada día en medio de una crisis que afecta, incluso a importantes sectores de la pequeña burguesía y las capas progresistas de la burguesía nacional. Este cuadro realista-objetivo de la vida venezolana abre las mejores perspectivas para el desarrollo de la lucha y pone a su alcance invalores recursos materiales y humanos. Los revolucionarios de vanguardia, cuadros y activistas, tienen sobre sí la inmensa responsabilidad de saberlos aprovechar y conducir. Hay que obrar con una profunda mentalidad de guerra; con audacia inestimable para poder incrementar la solidaridad integral de los venezolanos. Cada uno tiene que estar dotado de un vigoroso espíritu ofensivo, emprendedor, a la vez que del comedimiento y la prudencia necesarios para no caer en la pasividad ni el aventurerismo. La guerra del pueblo es una lucha que reclama no sólo la reducción del enemigo hasta ponerlo fuera de combate y desarmarlo, sino la conservación y robustecimiento de sus fuerzas organizadas, sin perder jamás la iniciativa.

Los teóricos del reformismo pro-imperialista para mantener al pueblo bajo su influencia permanente, hacen de las dificultades transitorias de la guerra popular una constante, un obstáculo insuperable; tratan siempre de presentar soluciones más fáciles, menos riesgosas. Presentan la verdadera lucha revolucionaria como expresa manifestación de ideas desesperadas, contrarias al sentimiento colectivo y argumentan, a su manera, sobre la posibilidad de salidas “democráticas”, al mismo tiempo que practican una política de restricciones contra la acción pacífica de las masas. Solidarios como son de la opresión ejercida por las clases dominantes, a las cuales sirven con gran diligencia, aceptan sumisamente los parapetos jurídicos de la reacción y le dan vigencia democrática. El pueblo, según sus tesis, debe esperar y someterse a tales disposiciones; respetar un orden

que sólo favorece a las minorías privilegiadas y que constituye la más poderosa muralla contra las reivindicaciones populares y el progreso de la nación.

En esta forma, a veces habilidosa, buscan mantener al pueblo maniatado, sin otras posibilidades de bienestar que las que ellos le proporcionan a través de la lucha “democrática”, único medio, a su juicio, para el cambio estructural del país.

No son desestimables las ilusiones creadas al calor de las promesas demagógicas. Por ello es imposible cambiar de un día para otro la mentalidad de las clases y sectores de nuestra sociedad, influenciados por las ideas del reformismo pro-imperialista. Para lograrlo se necesita realizar titánicas luchas, destinadas a desenmascarar la falsedad de los políticos y líderes obreros mediatizados; a mostrar el contenido antipopular de la democracia representativa, y la imposibilidad de conquistar el Poder político para el pueblo, por medios distintos a los de la lucha revolucionaria.

Este es un serio combate para los revolucionarios de vanguardia. La base de la victoria está en saber combinar acertadamente la teoría revolucionaria con la práctica revolucionaria; la orientación con la moral; los discursos con los hechos y, los consejos con el ejemplo. Cada combatiente de La guerra del pueblo tiene el deber de convertirse en un dirigente efectivo, en un activista audaz y valeroso, en un cuadro con ascendiente sobre las masas, en su organizador y conductor. Debe ser capaz tanto de manejar las armas más complicadas como de organizar con efectividad cualquier protesta popular o vencer cualquier situación adversa; saber mezclar y utilizar en forma correcta, lo político y/o militar con lo reivindicativo; lo general con lo particular.

El movimiento liberador venezolano tiene recursos suficientes para profundizar la lucha. Las vastas reservas de la revolución son canteras inagotables para el combate. Aprovechadas al máximo, en lo civil y militar, no existe la menor posibilidad de derrota. La experiencia de otros pueblos, con menos recursos que el nuestro, y la acumulada aquí, donde el poderío reaccionario ha sido impotente para aniquilar a grupos todavía de incipiente desarrollo, así lo comprueba.

Son los hechos, siempre más decisivos que las palabras, los encargados de expresarlo.

El evidente crecimiento y desarrollo de los nuevos instrumentos del Poder antifeudal y antiimperialista, y la quiebra de las formas de gobierno no revolucionario, ya sean mono o pluripartidistas, de democracia representativa o de dictadura militar, pone de manifiesto que no se trata de una aventura sin posibilidades de victoria o de una fórmula errónea y descabellada en pro de la correcta solución de la crisis general que vive el país, y demuestra, a la vez, las debilidades de la reacción para impedir el cambio revolucionario planteado en la presente etapa histórica. Se necesita, en consecuencia, incrementar por todos los medios, el mayor esfuerzo de los combatientes de avanzada con el propósito de promover y afianzar la unidad nacional como palanca fundamental para vitalizar La guerra del pueblo y proyectarla hacia la victoria.

En esta tarea de honor para los revolucionarios de vanguardia están presentes las palabras admonitorias del ilustre cruzado antiimperialista, Mario Briceño Iragorry:

Esa Venezuela dividida en el campo de la lucha actual y dividida aún en el campo de los conceptos fundamentales de su Geografía y de su Historia, debemos sustituirla por un nuevo obrar político, en cuyo ejercicio alcance la indiscutida categoría a que tiene derecho en razón a su pasado y en razón a las reservas morales y materiales que enriquecen su futuro.

Para concluir, con la extraordinaria reciedumbre de su personalidad:

La gran vigilia del pueblo impone, pues, sacrificios de orden moral y disciplina centrada que lo alejen de esa alegría postiza donde se diluye la voluntad de crear. La verdadera risa del pueblo debe reservarse para la hora próxima en que su tremenda luminosidad haga temblar a los traidores que lo oprimen...

VI. La constitucionalidad democrática, la quiebra del Poder formal y la paz

Desde 1811 cuando los creadores de nuestra nacionalidad promulgan la primera Carta Fundamental de la República, que traduce las más importantes conquistas de la Revolución Francesa, Venezuela ha tenido muchas Constituciones. Cada una ha seguido a un levantamiento militar o a una guerra civil triunfantes; a una elección o al simple capricho de un caudillo o de un partido para adaptarla a los intereses de su continuidad en el Poder; pero todos, como es lógico derivarlo de la ciencia política, han servido a los intereses de las clases económicamente más poderosas que han ejercido el control del Poder.

La frase de que “la Constitución sirve para todo” se ha convertido en sentencia popular. Fortunas fabulosas se han amasado en nombre de la Constitución; numerosos crímenes se han cometido bajo su amparo; nefastas negociaciones se han producido a su sombra y grandes traiciones se han incubado en su entorno. Pocos han sido los mandatarios del país que no han hecho una Constitución a imagen y semejanza de sus intereses, apetitos y designios. Las más crueles tiranías, los más ignominiosos déspotas han tenido la espada en una mano y la Constitución en la otra para convertir la nación en hacienda suya o en feudo del colonizador extranjero.

Mucha sangre se ha derramado en pos de la constitucionalidad democrática. Numerosos hombres del pueblo, convertidos en

héroes luminosos, han caído portando el estandarte de la libertad y la justicia. Nuestro país nunca ha dejado de ser un país convulsionado por la guerra, la lucha fratricida en búsqueda permanente del derecho. Hay toda una tradición de rebeldía; esperanza y fe que se transmite como las mejores vivencias de generación en generación. Y cada nuevo venezolano parece electrizado por la tenacidad y el espíritu renovador del Padre de la Patria.

Heroicas jornadas han marcado hito en nuestra historia gloriosa y deslumbrante. La Guerra Magna, con Bolívar a la cabeza. La Guerra Federal, con Zamora tragando llanuras y su espada descabezando oligarcas. Y de menor contenido pero con iguales ambiciones de heroísmo, las luchas antigomecistas y los sucesivos combates de la resistencia popular contra los que, de entonces para acá, han querido mantener la patria aherrojada: Pérez Jiménez y Rómulo Betancourt, alma y voluntad de cirneos doblados en celestinas descaradas.

Memorables jalones populares llenan las páginas de nuestra historia contemporánea, la salpican de sangre y matizan de gloria. La insurrección del 14 de febrero de 1936, donde decenas de hombres y mujeres caen acribillados, es vivo ejemplo de singular combatividad. Las huelgas petroleras del 36 y del 50. La conducta agresiva de nuestro pueblo en los meses precedentes a noviembre de 1952 cuando, como una sola voluntad hecha repudio, expresó su no rotundo a la tiranía. Y el coraje sin igual que impulsó la insurrección del 23 de enero de 1958, constituyen expresión extraordinaria de valentía y madurez, que coloca a nuestras masas populares en el pórtico de una empresa superior.

Las conquistas en el orden político, económico y social que nuestro pueblo ha logrado, puede decirse con propiedad, están empapadas con la sangre de sus víctimas. No ha sido fácil ganarlas; pero sí fácil perderlas. Los traidores, los fenicios de nuestra política, de espaldas al pueblo generoso, se han transado con el enemigo y hecho suyo lo que ha sido producto de la tenacidad y empuje de las masas explotadas.

Gracias a la tesonera voluntad popular, a la lucha permanente e indomable de las masas, Venezuela se dio una nueva alternativa de Poder: el sistema de democracia representativa. Esta resurgió con el derrocamiento de la dictadura militar, en enero de 1958 y las elecciones celebradas en diciembre del mismo año. Todo el pueblo celebró, unido como nunca, el advenimiento de la nueva etapa que prometía abrir cauces hacia una vida de libertad y justicia. Los líderes y partidos políticos concurrieron, con plenas garantías para todos, al proceso eleccionario —histórico por su pureza e imparcialidad— con programas de alto contenido progresista cuyo cumplimiento habría de contribuir a la solución de grandes problemas, en especial, al mejoramiento de las condiciones de vida de las clases desposeídas.

Pero lo más importante era, quizás, el retorno a la constitucionalidad democrática, el Estado de Derecho. El nuevo Congreso, integrado por representantes de todos los partidos y de todas las clases sociales, en uso de sus facultades constituyentes, se abocó al estudio, discusión y aprobación de la Carta Fundamental que derogaría la Constitución espúrea de 1953 y derrocaría, en lo jurídico, al régimen que el pueblo insurrecto, en ejemplar unidad cívico-militar y dirigidos por la Junta Patriótica, echó del Poder el 23 de enero de 1958.

La Constitución democrática, promulgada el 23 de enero de 1961, nace en momentos de gran efervescencia popular; el mismo día de su nacimiento es violada por el Presidente Betancourt y su camarilla nacional-traidora. Los derechos ciudadanos que ella establece son suspendidos y su plena vigencia se posterga indefinidamente.

Esta nueva Carta Fundamental, aprobada con el respaldo de una mayoría sin precedentes, es una Constitución democrática, progresista. Sus disposiciones, que traducen una gran influencia de la Constitución de la República italiana, considerado como uno de los estatutos más democráticos de Europa Occidental, son ciertamente positivas. Su contenido general y su mandato expreso, crean las bases jurídicas para un régimen distinto al

presente y abre las puertas a importantes reformas en el orden económico y social que, en manos de un gobierno democrático y patriótico, permitiría golpear sensiblemente las actuales estructuras y conquistar la independencia nacional.

Por esto, el movimiento liberador en marcha no se opone a esa Constitución, sino que reclama su plena vigencia, amparado por el Artículo 250 de la misma, que textualmente dice:

Esta Constitución no perderá su vigencia si dejara de observarse por acto de fuerza o fuere derogada por cualquier otro medio distinto del que ella misma dispone. En tal eventualidad, todo ciudadano, investido o no de autoridad, tendrá el deber de colaborar en el restablecimiento de su efectiva vigencia.

Serán juzgados según esta misma Constitución y las leyes expedidas en conformidad con ellas, los que aparecieren responsables de los hechos señalados en la primera parte del inciso anterior, y, asimismo, los principales funcionarios de los gobiernos que se organicen subsecuentemente, si no han contribuido a restablecer el imperio de esta Constitución. El Congreso podrá decretar, mediante acuerdo aprobado por la mayoría absoluta de sus miembros, la incautación de todos o parte de los bienes de esas mismas personas y de quienes se hayan enriquecido ilícitamente al amparo de la usurpación, para resarcir a la República de los perjuicios que se le hayan causado.

Es evidente que el gobierno del Presidente Rómulo Betancourt se apartó del mandato constitucional y que durante su gobierno se dejó de observar la Carta Fundamental; como también lo es que el gobierno “subsecuente”, presidido por el doctor Leoni “no ha contribuido a restablecer el imperio de esta Constitución”.

En lo jurídico esta tesis es irrefutable. Pero en lo político se ha ido mucho más allá. Y es que la composición social de ambos gobiernos (el de Betancourt y el de Leoni), su dependencia absoluta de las clases más reaccionarias y del imperialismo norteamericano, han impedido hacer efectiva cualquiera

de las más importantes conquistas de la nombrada Constitución Nacional: es la quiebra del Poder formal, incapaz siquiera para garantizar la vigencia, en todos los órdenes, de la constitucionalidad democrática.

Un ligero análisis del articulado constitucional conduce a esa afirmación

Dice la Constitución Nacional (Art. 10): “La República de Venezuela es para siempre e irrevocablemente libre e independiente de toda dominación o protección extranjera”.

¿Cuál es la realidad?

Que el país “yace bajo un imperialismo mucho más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperialismo colonial español...”.

Nadie puede ocultar la injerencia directa del gobierno norteamericano en los asuntos internos de la República. La embajada de ese país y la Misión Militar acantonada en Venezuela, intervienen descaradamente contra la Constitución y las leyes nacionales.

En el campo económico, la dominación extranjera es, desde todo punto de vista, indudable. Las grandes fuentes de nuestra riqueza —petróleo y hierro—, además de otros rubros, están bajo la absoluta “dominación” del capital extranjero.

Venezuela, ni en lo político, ni en lo económico, es independiente, como lo manda el artículo 10 de nuestra Constitución. Hay un régimen colonial que saquea nuestras riquezas, deforma nuestra cultura y maneja nuestra política interna y externa, con la anuencia traidora del gobierno constitucional.

Incluso el Gobierno de los Estados Unidos se ha abrogado públicamente el derecho de desembarcar tropas en Venezuela como “protección” al sistema democrático.

Dice la Constitución (Art. 20): “Los venezolanos tienen el deber de honrar y defender la Patria y de resguardar y proteger los intereses de la nación”.

Y las compañías extranjeras saquean impunemente las riquezas nacionales; a través de maniobras descaradas atacan contra “los intereses de la nación”, sin que el gobierno tome medida alguna en resguardo del país. Por el contrario, se ensaña en la persecución de los venezolanos que luchan por el cumplimiento del mandato constitucional de “defender la Patria y resguardar y proteger los intereses de la nación”.

Dice la Constitución (Art. 53): “El servicio militar es obligatorio y se prestará sin distinción de clase o condición social...”.

Y los hijos de las clases poderosas, de terratenientes y oligarcas, no pagan el servicio militar. Este es reservado sólo a los hijos de los obreros; de los campesinos y de las capas más bajas de la pequeña burguesía que sufren en los cuarteles discriminación y castigos físicos y morales.

Dice la Constitución (Art. 58): “El derecho a la vida es inviolable. Ninguna ley podrá establecer la pena de muerte ni autoridad alguna aplicarla”.

Y el ejército y la Digepol fusilan, con toda impunidad, a campesinos y líderes políticos, a prisioneros de guerra, como los casos de Alberto Lovera, Rufino Terán, Antonio Devides, Carmelo Mendoza, Jesús Soto Rojas, los hermanos Ollarves y muchos otros.

Dice la Constitución (Art. 60): “La libertad y la seguridad personal son inviolables...”.

Y varios centenares de presos se hacían en las cárceles sin delito alguno; numerosos ciudadanos han desaparecido después de ser detenidos por el Sifa o la Digepol.

Dice la Constitución (Art. 60, inciso 3º): “Nadie podrá ser incomunicado ni sometido a tortura o a otros procedimientos que causen sufrimiento físico o moral...”.

Y sólo en las cárceles de La Pica, estado Monagas, una Comisión de la Cámara de Diputados, comprobó recientemente que el noventa por ciento de los presos allí recluidos han sido sometidos a torturas y muchos de ellos incomunicados.

Dice la Constitución (Art. 60, inciso 6°): “Nadie continuará en detención después de dictado orden de excarcelación por la autoridad competente o una vez cumplida la pena impuesta”.

Y muchos ciudadanos han sido y son detenidos a las puertas de las cárceles o de los tribunales, una vez absueltos o cumplidas sus penas, lo cual es conocido en el argot político y popular con el nombre de “ruleteo”.

Dice la Constitución (Art. 60, inciso 9°): “Nadie podrá ser objeto de reclutamiento forzoso ni sometido al servicio militar, sino en los términos pautados por la ley”.

Y miles de jóvenes son reclutados todos los años en los campos, los barrios de las grandes ciudades y en pueblos pequeños, para compensar la discriminación social que impera en el campo del servicio militar.

Dice la Constitución (Art. 62): “El hogar doméstico es inviolable”.

Y numerosos hogares venezolanos son allanados noche tras noche y, algunas veces, saqueados por los miembros de los aparatos represivos.

Dice la Constitución (Art. 64): “Todos pueden transitar libremente por el territorio nacional, cambiar de domicilio, ausentarse de la República y volver a ella...”.

Y las principales carreteras del país están cortadas por alca-balas donde se cachea, se insulta y se detiene. Y muchos son los venezolanos que han sido conducidos desde avión o del barco donde regresan al país o de los terminales de pasajeros que usan para viajar al interior o al exterior, a los calabozos de la Digepol u otros cuerpos policiales.

Dice la Constitución (Art. 66): “Todos tienen el derecho de expresar su pensamiento de viva voz o por escrito y de hacer uso para ello de cualquier medio de difusión, sin que pueda establecerse censura previa...”.

Y muchos son los casos de censura, de amenaza contra directores de periódicos, revistas y radioperiódicos; los hechos

de clausura o prohibición de circular ejecutados contra algunos órganos periodísticos, y de periodistas detenidos.

Dice la Constitución (Art. 71): “Todos tienen el derecho de reunirse pública o privadamente, sin previo permiso, con fines lícitos y sin armas”.

Y ya se ha perdido la cuenta de reuniones asaltadas por la policía; manifestaciones obreras, estudiantiles, políticas, etc., han sido disueltas a tiros, y muchos de sus participantes encarcelados.

Dice la Constitución (Art. 73): “El Estado protegerá a la familia como célula fundamental de la sociedad y velará por el mejoramiento de su situación moral y económica”.

Y centenares de miles de familias viven en la más completa miseria; más de 700 mil carecen de vivienda higiénica, están subalimentadas y no tienen recursos de ninguna especie. La prostitución se incrementa vertiginosamente y la delincuencia afecta a numerosos hogares.

Dice la Constitución (Art. 75): “La ley proveerá lo conducente para que la infancia y la juventud estén protegidos contra el abandono, la explotación y el abuso”.

Y más de 200 mil niños se encuentran en estado de abandono y miles de jóvenes son inhumanamente explotados.

Dice la Constitución (Art. 76): “Todos tienen derecho a la protección de la salud... Las autoridades velarán por el mantenimiento de la salud pública y promoverán los medios de prevención y asistencia a quienes carezcan de ellos”.

Y hacen falta decenas de miles de camas hospitalarias. Las zonas rurales carecen de asistencia médica y puestos de salud. Millares de personas mueren anualmente de enfermedades infecciosas. Los servicios de maternidad, incluso en la zona Metropolitana, son prácticamente inexistentes. En Caracas —ciudad de casi dos millones de habitantes— se da el dantesco espectáculo de dos o tres parturientas compartiendo una misma cama, y numerosas mujeres se ven obligadas a parir como animales, sin ninguna asistencia. Y en muchos de los hospitales en

funcionamiento, el caso de suspensión de servicios por falta de elementales instrumentos, medicinas y apósitos.

Dice la Constitución (Art. 77): “El Estado propenderá a mejorar las condiciones de vida de la población campesina...”.

Y no hay seres más abandonados en lo económico, social, asistencial, educativo y cultural que los habitantes de nuestros campos.

Alrededor de 400 mil familias no tienen tierras para derivar su sustento. Otras tantas carecen de viviendas higiénicas. La miseria, la desnutrición, el cretinismo y el atraso son males multiplicados en el ámbito de la familia campesina.

Dice la Constitución (Art. 78): “Todos tienen derecho a la educación. El Estado creará y sostendrá escuelas, instituciones y servicios suficientemente dotados para asegurar el acceso a la educación y a la cultura, sin más limitaciones que las derivadas de la vocación y las aptitudes.”

Y más de millón y medio de niños en edad escolar no van a las aulas por falta de ellas. Sólo quince de cada cien escolares que ingresan a primer grado, terminan el sexto grado. Un alto porcentaje de nuestra población es analfabeto. Faltan liceos e instituciones de enseñanza técnica y especializada. Las universidades confrontan graves problemas de presupuesto que las obliga a restringir el ingreso de estudiantes. La carestía de los útiles de enseñanza, de la alimentación y la falta de becas y otras ayudas para los estudiantes pobres, hace de nuestra educación un servicio cada vez más discriminatorio y aristocratizante.

Dice la Constitución (Art. 81, párrafo 2º): “La ley garantizará a los profesionales de la enseñanza su estabilidad profesional y un régimen de trabajo y un nivel de vida acorde con su elevada misión”.

Y más de 15 mil maestros y profesores se encuentran cesantes, entre los cuales se hallan muchos desplazados por razones políticas.

Dice la Constitución (Art. 84): “Todos tienen derecho al trabajo. El Estado procurará que toda persona apta pueda

obtener colocación que le proporcione una subsistencia digna y decorosa...”.

Y más de medio millón de obreros están desempleados. Cada año ingresan al mercado de trabajo ochenta mil nuevos jóvenes, sin encontrar fuentes de colocación.

Dice la Constitución (Art. 87): “La ley proveerá los medios conducentes a la obtención de un salario justo; establecerá normas para asegurar a todo trabajador por lo menos un salario mínimo; garantizará igual salario para igual trabajo, sin discriminación alguna, etc.”.

Y millares de obreros devengan un salario por debajo de sus elementales necesidades; no hay salario mínimo y existen evidentes discriminaciones y diferencias en relación al pago de las jornadas de trabajo. Y las movilizaciones de los obreros en procura de mayor poder adquisitivo son, en su mayoría, colocadas fuera de la ley. Los dirigentes son perseguidos y muchos trabajadores encarcelados.

Los empleadores o patronos gozan de entera libertad para fijar los salarios y establecer las normas que rigen en este sentido.

Dice la Constitución (Art. 88): “La ley establecerá medidas tendientes a garantizar la estabilidad en el trabajo...”.

Y las empresas aplican el despido a sus anchas, incluso por motivos de carácter político. Las compañías petroleras, por ejemplo, han despedido más de diez mil obreros y empleados, desde que fue promulgada la Constitución.

Dice la Constitución (Art. 91): “Los sindicatos de trabajadores y los de patronos no estarán sometidos a otros requisitos, para su existencia y funcionamiento, que los que establezca la ley con el objeto de asegurar la mejor realización de sus funciones propias y garantizar los derechos de sus miembros...”.

Y, en muchos casos, privan razones de tipo político para la legalización y funcionamiento de organizaciones sindicales. Los dirigentes y miembros de los sindicatos no oficialistas son perseguidos y encarcelados para impedir sus actividades específicas.

Dice la Constitución (Art. 92): “Los trabajadores tienen el derecho de huelga, dentro de las condiciones que fije la ley...”.

Y numerosas acciones huelgarias, aun cumplidos los requisitos legales, han sido reprimidas por la fuerza u obligadas a cesar, por la parcialización del gobierno en favor de los patronos. Se da el caso, inclusive, que las mismas centrales obreras, al servicio del gobierno y presionadas por éste, intervienen descaradamente contra el derecho de huelga.

En los últimos cinco años, más del cincuenta por ciento de huelgas y paros por reivindicaciones sociales, aumentos de salarios, violaciones de contratos colectivos y contra despidos, ha sido declarado ilegal por las autoridades del trabajo.

Dice la Constitución (Art. 95): “El régimen económico de la República se fundamentará en principios de justicia social que aseguren a todos una existencia digna y provechosa para la colectividad”.

Y la crisis económica que sacude al país es, precisamente, resultado del trato injusto en favor del capital extranjero y en desmedro de los productores y capitalistas criollos.

El régimen económico de la República es de carácter colonial. La distribución de la riqueza sólo favorece a reducidas minorías, y la utilización de los recursos públicos, a los sectores oligárquicos. La industria nacional y la producción agraria no gozan de la debida protección ni del crédito suficiente para su desarrollo. El poder adquisitivo en manos del pueblo es realmente bajo y la injusticia está presente en todos los campos del desarrollo económico y social.

Dice la Constitución (Art. 96): “Todos pueden dedicarse libremente a la actividad lucrativa de su preferencia...”.

Este artículo no ha entrado en vigencia. (Es una de las garantías suspendidas en 1961).

Dice la Constitución (Art. 97): “No se permitirán monopolios...”.

Y la explotación de las principales riquezas del país y de las actividades financieras, están bajo el control de monopolios

extranjeros, como la Standard Oil N. J., la Royal Dutch Shell, la United Steel co., y el Chasse Manhattan Bank.

Importantes industrias nacionales como las cigarrilleras, las de refrescos y bebidas, la lechera, la jabonera, etc., han pasado a manos de compañías monopolistas norteamericanas.

Dice la Constitución (Art. 105): “El régimen latifundista es contrario al interés social. La ley dispondrá lo conducente a su eliminación y establecerá normas encaminadas a dotar de tierras a los campesinos y trabajadores rurales que carezcan de ella, así como proveerlos de los medios necesarios para hacerla producir”.

Y la propiedad de la tierra continúa concentrada en pocas manos, con predominio del latifundio ocioso. Alrededor de 400 mil familias campesinas carecen de tierras aptas para el cultivo, lo mismo que numerosos productores rurales. Unos y otros no disponen de los medios suficientes para la producción y el trabajo. Y muchos de los asentamientos realizados por el Instituto Agrario Nacional, han tenido que ser abandonados por falta de recursos y asistencia técnica en manos de los parceleros.

La crisis permanente de la agricultura y la cría, es consecuencia del actual sistema de tenencia de la tierra y el predominio del régimen latifundista.

Dice la Constitución (Art. 114): “Todos los venezolanos aptos para el voto tienen el derecho de asociarse en partidos políticos para participar, por métodos democráticos, en la orientación política nacional...”.

Y desde 1961 dos partidos de comprobado caudal electoral, se encuentran inhabilitados para el ejercicio de sus actividades.

El gobierno, valiéndose de una arbitraria y caprichosa interpretación del “método democrático”, no sólo ha ilegalizado al Partido Comunista y al Movimiento Izquierda Revolucionaria, sino que ha perseguido, encarcelado y asesinado a algunos de sus dirigentes y militantes.

Dice la Constitución (Art. 115): “Los ciudadanos tienen el derecho de manifestarse pacíficamente y sin armas, sin otros requisitos que los que establezca la ley”.

Y varios ciudadanos han sido muertos por los cuerpos policiales en diversas oportunidades, al querer hacer efectivo este derecho. Incluso miembros del Parlamento Nacional han sido maltratados y vejados en manifestaciones pacíficas y sin armas.

Desempleados, estudiantes, amas de casa y trabajadores han corrido la misma suerte en manifestaciones que los aparatos represivos han dispersado por la fuerza, sin mediar, por parte de los manifestantes, ninguna violación del ordenamiento legal.

Dice la Constitución (Art. 122): “... Los empleados públicos están al servicio del Estado y no de parcialidad política alguna”.

Y los venezolanos que no pertenecen a los partidos de gobierno carecen de toda posibilidad de empleo público. Maestros, profesores y otros idóneos funcionarios de la administración pública, han sido despedidos de sus cargos, sólo por razones de tipo partidista.

El ministro o gobernador de turno, coloca su clientela burocrática con absoluta libertad y en perjuicio de la eficiencia, honradez y estabilidad administrativa.

Dice la Constitución (Art. 123): “Nadie podrá desempeñar a la vez más de un destino público remunerado”.

Y el “policamburismo” campea a diestra y siniestra en las esferas burocráticas.

Dice la Constitución (Art. 132): “Las Fuerzas Armadas Nacionales estarán al servicio de la República, y en ningún caso al de una persona o parcialidad política”.

Y el ejército se ha convertido en cuerpo de represión al servicio de los dirigentes políticos más reaccionarios; al servicio de conocidas personas del Alto Mando Militar y de la Misión Militar Norteamericana.

La discriminación política, el espionaje, el soborno y el chantaje son factores importantes de inestabilidad en la carrera militar. Numerosos oficiales y suboficiales, profesionales y de

carrera, unos con cargos administrativos y otros en el servicio exterior o simplemente en el exilio o en las cárceles, son víctimas de persecución política.

Otros se encuentran cumpliendo la función extramilitar, de carcelero.

Dice la Constitución (Art. 143): “Los Senadores y Diputados gozarán de inmunidad desde la fecha de su proclamación hasta veinte días después de concluido su mandato o de la renuncia del mismo, y, en consecuencia, no podrán ser arrestados, detenidos, confinados, ni sometidos a juicio penal, a registro personal o domiciliario, ni coartados en el ejercicio de sus funciones...”.

Y desde septiembre de 1963 y enero de 1964, sin que aún hubiese “concluido su mandato”, se encuentran presos el senador Pompeyo Márquez y los diputados Gustavo Machado, Eduardo Machado, Simón Sáez Mérida y Guillermo García Ponce. En abril de 1963 fue detenido y todavía continúa preso, el diputado en ejercicio, Héctor Rodríguez Bauza. También lo fue el Senador suplente Luis Emiro Arrieta, quien murió en la cárcel, en agosto de 1965. Y, en octubre de 1964, fueron detenidos los diputados Luis Miquilena y Manuel Joaquín Aristimuño Palacios, también sin haber terminado su mandato ni haberse cumplido el requisito del allanamiento previo, por parte de la Cámara respectiva.

Se encuentran, igualmente encarcelados los ex parlamentarios Eloy Torres, Teodoro Petkoff, Antonio García Ponce y Eleazar Díaz Rangel.

El senador Jesús Faría y los diputados Domingo Alberto Rangel y Jesús María Casal, después de larga prisión, fueron expulsados del país, en contravención del artículo 64 de la Carta Fundamental.

Casi seis años han transcurrido desde que la Constitución democrática fue promulgada. Como vemos, la mayoría de sus disposiciones han sido violadas o no tiene efectiva vigencia. Como ocurre en todo régimen formal o de democracia representativa, los mandatos constitucionales que afectan los privilegios de las clases explotadoras y benefician al sector popular, la libertad y

los derechos ciudadanos en favor de las clases explotadas, son convertidos por quienes ejercen el Poder real en disposiciones sin valor; letra muerta en el ordenamiento jurídico y político de la Nación.

El doctor Arturo Uslar Pietri, hasta hace pocos días especie de copresidente de la República, por formar su partido (FND) parte del fenecido gobierno de “amplia base”, expresó que todo el tiempo de colaboración gubernamental hizo hincapié en la necesidad de “devolver al país a la legalidad democrática. Las palabras del líder político revelan que el presente gobierno está al margen de la legalidad democrática”. El ligero estudio que hemos hecho del texto constitucional, confirma esa declaración. Pero lo importante es determinar las causas del problema.

Hay, según los más avanzados estudiosos de la teoría política y el derecho constitucional, varios tipos de democracia, entre los cuales se destacan tres:

- El sistema democrático europeo-americano o de dictadura burguesa.
- El sistema democrático de tipo soviético o de dictadura del proletariado,
- y
- El sistema de Nueva Democracia o de dictadura conjunta de varias clases revolucionarias y antiimperialistas.

El primer tipo abarca a los viejos estados democráticos y a ciertos países que se encuentran bajo la dictadura conjunta de los terratenientes y la burguesía, aliados del imperialismo dependiente. En el orden teórico y práctico, es éste el régimen imperante en Venezuela, a partir del 23 de enero de 1958, cuando el pueblo con su acción heroica, puso fin al sistema de dictadura militar, contrario al constitucionalismo o gobierno democrático.

La vigencia de la Carta Fundamental, promulgada en 1961, muchas de cuyas disposiciones afectan sensiblemente a la burguesía reaccionaria y a los terratenientes que ejercen el control del Poder político, se ha visto obstaculizada por esas clases, y de allí que la esencia misma de la Constitución, su

carácter democrático, sea aplicada en favor de ellas y contra las clases populares y los sectores de la nueva burguesía, que precisan de los derechos constitucionales para la lucha constante por el mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo, y para su actividad política en procura del Poder.

Venezuela ha vivido tres ensayos de constitucionalidad democrática en los últimos treinta años. El primero se inició con la muerte del General Juan Vicente Gómez y cobra mayor expresión durante el gobierno presidido por el General Isaías Medina Angarita, entre 1941 y 1945. Importantes reformas de orden económico y social son incorporadas a la legislación nacional: la Reforma de la Ley de Hidrocarburos, la Ley de Reforma Agraria, la Ley de Impuesto Sobre la Renta y otras. El ejercicio de los derechos democráticos y el Partido Comunista de Venezuela; la libertad de prensa y el cese de toda persecución de carácter político. El establecimiento de relaciones con la Unión Soviética, es paso importante dentro de la política internacional. Las clases reaccionarias de la oligarquía y el imperialismo, a través de su Poder militar y en alianza con algunos líderes civiles como Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, insurgen el 18 de octubre de 1945 contra la Constitución. El segundo comenzó en 1947, con el ascenso de Rómulo Gallegos al solio presidencial y la promulgación ese año de una nueva Carta Fundamental que contiene efectivas disposiciones de carácter progresista. También el gobierno constitucional de Gallegos es objeto de un golpe militar por parte de los mismos oficiales, alzados el 18 de octubre. De 1948 a 1958, el General Marcos Pérez Jiménez se convierte en figura principal del gobierno, a partir de 1952, cuando es desconocida la voluntad popular expresada en los comicios del 30 de noviembre y que da el triunfo a la oposición unificada por URD, es ejercido en nombre de las Fuerzas Armadas. El tercero empieza con el gobierno transicional presidido, primero, por el Vicealmirante Wolfgang Larrazabal, y, después, por el Dr. Edgar Sanabria. El 13 de febrero de 1959, después de unas elecciones democráticas,

toma posesión el Presidente Rómulo Betancourt; el 23 de enero de 1961, es promulgada la Constitución.

Las elecciones del 30 de noviembre de 1963 y la toma de posesión del nuevo Presidente, doctor Raúl Leoni, dan continuidad al gobierno constitucional bajo el imperio de la misma Carta. En lo que va de la nueva etapa política (1959 hasta nuestros días), la hegemonía monopartidista cedió paso a los gobiernos de coalición o colaboración entre AD-URD-COPEI y entre AD-COPEI, en el período de Betancourt, entre AD-URD-FND y AD-URD, desde el comienzo del mandato del doctor Leoni. Pero los gobiernos pluripartidistas como los monopartidistas, ejercidos a partir de 1941, han sido de similar composición social, con predominio de la burguesía, y como tales, incapaces de traducir en beneficio del pueblo y la nación venezolana el contenido democrático de la Constitución, que le ha servido de sustento jurídico y político. La burguesía importadora y la oligarquía financiera, sucesoras en el control del Poder real, de la vieja nobleza criolla que lo ejerció a partir de 1830 cuando Venezuela se separó de la gran Colombia, han retenido en sus manos, no obstante, los cambios formales operados, los principales instrumentos de Poder político el cual se ha concretado indistintamente en gobiernos militares o en el sistema democrático de tipo europeo-americano, como el presente, que es de dictadura burguesa.

Tanto el gobierno militar como el de democracia representativa han perdido vigencia histórica en nuestro país. Los fracasos de uno y otro, que expresan la quiebra del Poder formal, están dados, en primer término, por la ausencia de libertades democráticas en favor de las mayorías nacionales y, en segundo, por la subsistencia de Venezuela como nación independiente, agobiada por los ingentes problemas que, en lo político, económico y social, engendra el régimen colonial.

Esta situación ha dado origen a la crisis revolucionaria que hoy conmueve al país; las clases populares y los sectores progresistas de la burguesía nacional no pueden vivir como antes y

las clases reaccionarias y explotadoras no pueden gobernar como antes.

La presente etapa histórica caracterizada por la decisión de la burguesía importadora, los terratenientes, la oligarquía financiera y el Alto Mando Militar (intermediarios del imperialismo) de retener el Poder político para sus privilegios, y la decisión de las clases populares (obrero y campesina) y de los sectores progresistas y patrióticos de la pequeña burguesía nacional — factores de la liberación— para conquistar el Poder político y mejorar sus condiciones de vida; forman una etapa revolucionaria.

Que la revolución tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende —dice la Segunda Declaración de La Habana— de los revolucionarios; depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva, que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La revolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor... .

Los diques levantados por las clases reaccionarias de la oligarquía y el imperialismo contra la revolución democrática, que comenzó a abrirse paso por las vías pacíficas, han obligado a las vanguardias revolucionarias “a continuar la política por otros medios”, los cuales, en el caso presente, es La guerra del pueblo. Más los revolucionarios que amamos apasionadamente la paz y por ello ofrendamos nuestras vidas, no hacemos la guerra a ultranza, producto de enfermiza obcecación. A cada uno de nosotros nos duele en lo más profundo la pérdida de vidas humanas, la destrucción de bienes materiales, el empleo de esfuerzos que bien pudiesen estar al servicio de la actividad creadora. Sentimos duramente la matanza entre venezolanos, muchos de los cuales ya han caído

en las filas de ambas fuerzas beligerantes; por ello, a la vez que estamos dispuestos a no ceder un palmo de terreno en la lucha por la independencia de la patria y la conquista de los derechos democráticos para el pueblo, levantamos con absoluta sinceridad, la bandera de la paz.

He aquí nuestro programa de paz:

- Vigencia plena de la Constitución Nacional.
- Libertad (indulto general) de todos los presos políticos, civiles y militares que se encuentran cumpliendo sentencia firme o en proceso judicial, y
- Legalización de todos los partidos.

Con él en nuestras manos, llamamos al pueblo, a todos los patriotas venezolanos, para hacerlo efectivo y que lo conviertan también en su estandarte.

No abrigamos la menor duda de que el día de la victoria arribará; más tarde o más temprano, pero llegará. Esto, porque tenemos inmensa fe en nuestro pueblo, en sus grandes reservas y elevada calidad de combatiente. Sabemos que de continuar la presente situación de crimen, angustia, terror y miseria, y de estrellarse los infinitos deseos de paz contra la soberbia actitud de las clases reaccionarias, La guerra del pueblo será total y como en jornadas históricas anteriores, arrasará con todo lo injusto y lo podrido.

El movimiento revolucionario liberador no se detendrá. En una u otra forma continuará su avance. Y en cada tramo del camino descargará más duros golpes sobre las cabezas de los opresores. Los pequeños núcleos de hoy tomarán cuerpo de gigante; la nueva democracia, revolucionaria y antiimperialista, se impondrá y con ella el pueblo será dueño de su propio destino y la patria recobrará su perfil soberano: su vida independiente.

Cada patriota, sea cual fuere su credo político, posición económica, edad o profesión, engrosará un día más que otro, las filas de la revolución y con nosotros tocará nuevas puertas que

se abrirán también; unidos todos, obreros y campesinos, estudiantes y profesores, industriales y criadores, guerrilleros, oficiales y soldados, cual río embravecido, conquistarán la paz, la verdadera paz fundada en la igualdad social y la liberación de la patria.

Las fuerzas reaccionarias —el imperialismo y la oligarquía— con sus glorias betancouristas, serán derrotadas y desplazadas del Poder. La Constitución Nacional recobrará su plena vigencia y la vida democrática, la convivencia fraterna de los venezolanos, cobijará a todos los hombres de trabajo.

Nadie puede seguir en el mundo de las ilusiones. Los destacamentos guerrilleros, las avanzadas populares incorporadas a La guerra del pueblo, jamás se rendirán. Ni todos los ejércitos del mundo podrán quebrantar su moral ni disminuir su fe. Y si la reacción no se detiene, si no se paralizan sus manos asesinas, morderán el polvo y pagarán el precio de sus crímenes.

Venezuela, cuyo ancestro de gloria es permanente inyección de coraje en el corazón de sus hijos, recobrará su imagen excelsa y será “para siempre e irrevocablemente libre e independiente de toda dominación, o protección de potencia extranjera”, como lo manda el artículo 10 de nuestra Constitución y lo reza el Acta del 5 de julio de 1811.

Como lo estableció el Congreso Nacional del cual formé parte junto con Pompeyo Márquez, Gustavo Machado, Eduardo Machado, Simón Sáenz Mérida, Guillermo García Ponce, Héctor Rodríguez Bauza, hoy presos del imperio; Jesús Faría, Domingo Alberto Rangel y Jesús María Casal, desterrados por los lacayos; y lo consagra la Constitución, al pie de cuyos originales estampamos nuestras firmas.

Luchamos:

“Con el propósito de mantener la independencia y la integridad territorial de la Nación; fortalecer su unidad, asegurar la libertad, la paz y la estabilidad de las instituciones”.

“Proteger y enaltecer el trabajo, amparar la dignidad humana; promover el bienestar general y la seguridad social;

lograr la participación equitativa de todos en el disfrute de la riqueza, según los principios de la justicia social, y fomentar el desarrollo de la economía al servicio del hombre”.

“Mantener la igualdad social y jurídica, sin discriminaciones derivadas de raza, sexo, credo o condición social”.

“Cooperar con las demás naciones y, de modo especial, con las repúblicas hermanas del continente, en los fines de la comunidad internacional, sobre la base del recíproco respeto de las soberanías, la autodeterminación de los pueblos, la garantía universal de los derechos individuales y sociales de la persona humana, y el repudio de la guerra, de la conquista y del predominio económico como instrumento de la política internacional”.

“Sustentar el orden democrático como único e irrenunciable medio de asegurar los derechos y la dignidad de los ciudadanos, y favorecer pacíficamente su extensión a todos los pueblos de la tierra”.

“Y conservar, y acrecer el patrimonio moral e histórico de la Nación, forjado por el pueblo en sus luchas por la libertad y la justicia y por el pensamiento y la acción de los grandes servidores de la patria, cuya expresión más alta es Simón Bolívar, el Libertador”.

Que el pueblo sabrá conquistar con la generosidad de su heroísmo y sacrificio.

Montañas de Venezuela: Campamento Venus
marzo de 1966

Biografía de Fabricio Ojeda

Nace en Boconó. En 1929 nace Fabricio. Aún retumban las voces de mando del General José Rafael Gabaldón en el asalto a Guanare y las laderas de la Sierra de Portuguesa mientras el general Montilla acecha las tropas gomecistas, desde su guardia inexpugnable de Guaitó. Los ecos de la rebelión estudiantil se han propagado por las verdiazules montañas plateadas de yagrumos de Boconó. En calle arriba donde vive la gente pobre, Pedro Ojeda tiene un pequeño taller de latonería. Vive con su hija Hercilia. De sus amoríos con Malaquías Barazarte nace Fabricio el 6 de febrero de 1929.

Cargando agua aprende las primeras letras. De mano de su abuelo recorría las calles de Boconó, venden lamparitas a los campesinos para que alumbraran caminos y miserias. Juan Vicente Gómez lo encuentra camino de Biscucuy, donde aprende a ganarse la vida en la finca de su padre cargando agua en un burro. Aprende las primeras letras con el maestro Gamarra. También le oye consejos que rechace el destino de peón de hacienda, que estudie y siga estudiando, que rompa con el destino de hijo natural de madre pobre. Y armado de lectura, escritura y los consejos del maestro, regresa a Boconó, estudia y estudia. Ingresa al liceo Juan Bautista Dalla Costa. Todavía en sus archivos están las notas de Fabricio Ojeda, alumno brillante.

Añoranza del terruño. De Boconó tiene Fabricio una tierna y hermosa evocación, en carta que le escribe con motivo del cuatricentenario desde los calabozos del cuartel San Carlos. «Te escribo desde mi prisión en tu cuatricentenario tierra amada, para rendirte el homenaje merecido, para asociarme al júbilo de tus hijos que en cada región de Venezuela viven galaxias de recuerdos y añoran tus paisajes y tu gente. Créeme que me duele en lo profundo no poder visitarte en estos días pero me conformo con saberte contento, pero no tan contento como quiero pues aún subsisten tus múltiples angustias traducidas en esperanzas ancestrales. Y es que cuando cumples cuatrocientos años perviven todavía muchos de tus problemas desgarrantes, permanecen las mismas diferencias que sentí en la niñez, con tu calle arriba poblada de niños y campesinos destellando infinita pobreza, esto me preocupa y atormenta, me conmueve en lo más hondo, porque de niño viví la humillación a que estamos sometidos los pobres por el egoísmo y la soberbia de quienes se sienten poderosos. En mi alma hay profundas cicatrices de esta discriminación que aún subsiste, más no soy amargado y un resentido mucho menos. Me siento orgulloso de mi origen como también de mi pobreza. Tus cuatro siglos de vida los celebro como un humilde combatiente, como un sencillo soldado cuyo único mérito es haber comprendido la exacta realidad de su pueblo y si de algo tengo que vivir contento es precisamente de ello. No me importa el sufrimiento actual, sólo me importa tierra amada que cumplas 400 años sin que todavía conozcas la felicidad, sin que haya bienestar entre tu gente y que apenas tengas que conformarte con mirar las calles adornadas con bambalinas multicolores y a tus pobladores artificialmente alegres, danzando en bailes y verbenas, mientras que en Chandá, Mosquey y las Mesitas, miles de campesinos mueren de miseria o en la misma calle arriba centenares de niños padecen de hambre y miles de obreros carecen de trabajo».

Maestro en la zona petrolífera. Cuando abandona el liceo Dalla Costa, abandona también Boconó. El maestro Gamarra lo sigue aconsejando «Si no quiere ser un peón de

hacienda estudie, sálgase para que vea mundo, aprenda y se haga un hombre de bien». Le aguardan los campos petroleros Mene grande, Tía Juana, Bachaquero, Cabimas y un oficio nuevo de maestro de escuela. Siempre en las mentes infantiles, semillas de redención y libertad. Pobre, conecedor de injusticias y humillaciones, Fabricio se viene haciendo rebelde.

Los picos de águila imperial que ve por todas partes en los campos petroleros, chupando savia de la tierra, lo impresionan profundamente. Así conoció de frente, mirando las garras clavadas en los costados de la patria, la explotación imperialista. Y el Poder social de nueva clase el proletariado petrolero y sus luchas. Se ejercita en el periodismo, dando nuevos bríos a una vocación que le había despertado en las carteleras del Dalla Costa.

A Caracas. Fabricio llega a Caracas y al conocer a Jóvito Villalba se vincula a la política, yendo a cerrar filas a Unión Republicana Democrática. Se hace periodista y como tal se destaca. Entra a trabajar en el diario *El Nacional*. En el país campea la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Derrotado electoralmente en 1952, se ha consolidado. Mr. Foster Dulles lo ha condecorado con la Orden al Mérito del Departamento de Estado, señalándolo ante el mundo como un modelo de régimen amigo de Estados Unidos. Fabricio Ojeda conoce de cerca a Pérez Jiménez pues ha sido destacado por *El Nacional*, donde se ha distinguido en su trabajo, para cubrir la fuente de Miraflores.

Conspirador desconocido. Las concesiones petroleras concedidas por Pérez Jiménez a los monopolios independientes, sin que nadie lo advirtiera, abren brechas en las bases de sustentación de la dictadura. El no favorecer al gran cartel que viene monopolizando todas las concesiones otorgadas a ese momento, lesiona la alianza sobre la cual se sustenta el Poder de Pérez Jiménez, la oligarquía económica y los monopolios petroleros del cartel, fundamentalmente la Creole. Y la oligarquía del dinero asociado a los monopolios americanos, comienza a separarse del dictador. Fabricio, al contacto en la propia madriguera de Miraflores, con los movimientos del régimen va percibiendo

una nueva situación. Y se hace conspirador y miembro de la Junta Patriótica que comienza a formarse en 1957. El frente universitario, órgano unitario de la oposición antidictadura, había cuajado y circula su primer manifiesto en mayo. Un nuevo aliento comienza a percibirse cuando el Partido Comunista llama a que se aplique la Constitución y se convoque a elecciones libres.

La lucha se hace febril y la conspiración peligrosa. Fabricio alterna el oficio de periodista adscrito a la fuente de Miraflores, con las tareas de miembro de la Junta Patriótica, que aglutina las luchas populares contra la dictadura. Desde allí presencia la descomposición del régimen y sus choques en la huelga general del 21 de enero de 1958.

«Les habla Fabricio Ojeda, presidente de la Junta Patriótica» A las 3 horas del 23 de enero de 1958, la imagen del insigne boconés apareció en las pantallas de televisión, personificando la Junta Patriótica que encabezó la rebelión cívico militar que derrocó la dictadura de Pérez Jiménez: «Les habla Fabricio Ojeda» fueron sus primeras palabras. Se abría una nueva etapa en la historia de Venezuela. La expectativa era de que una suma de bondades y bienestar para la patria y para el pueblo acaba de comenzar. Sin arrogancia y con sencillez, Fabricio Ojeda se proyecta como el indiscutible jefe del pueblo, símbolo de coraje, la rebeldía, el honor y la dignidad venezolana.

Abandona el Parlamento. Electo en las planchas de URD por el Distrito Federal, Fabricio Ojeda es el diputado que con más votos ha pisado el Congreso Nacional en toda la historia constitucional de Venezuela. Así, el pueblo de Caracas lo confirmará en la jefatura mediante el sufragio. Pero el choque de intereses acelera las contradicciones y pondrá al desnudo la esencia represiva y antipopular del gobierno de Rómulo Betancourt. Ha habido un cambio de hombres, pero el sistema de dependencia permanece, ahora legitimado por unas elecciones. El Parlamento demuestra su impotencia y Fabricio Ojeda dispuesto a ir hasta las últimas consecuencias en su compromiso con el pueblo, abandona la Cámara

de Diputados y se va a las montañas y continúa la lucha. En carta memorable expresa:

Es por ello, colegas diputados que vengo ante ustedes a expresar la decisión de dejar el Parlamento, este recinto que pisé por la voluntad del glorioso pueblo caraqueño, hoy oprimido y humillado, para subir a las montañas e incorporarme a los compañeros que ya han iniciado el combate y con ellos continuar la lucha revolucionaria para la liberación de Venezuela, para el bienestar futuro del pueblo, para la redención de los humildes. Yo sé que muchos de ustedes, colegas diputados creen de buena fe que lo que está ocurriendo hoy con nuestro Parlamento —el Poder más importante de la democracia representativa— es producto de la poca experiencia democrática que tenemos los venezolanos o simplemente resultado de contradicciones circunstanciales que pueden ser superadas por un cambio sencillo en el tren gubernamental y que aquí podría resolverse el ingente problema nacional de conquistar la independencia del país y crear las bases perdurables para el bienestar colectivo a través de la lucha cívica, o lo que es lo mismo, en el tránsito pacífico de las propias instituciones. A mi juicio quienes así piensan o están equivocados honestamente, o lo que es más grave, ocultan su propia cobardía o temen que la revolución los arrase o jueguen a la demagogia para satisfacer ambiciones egoístas. O no han logrado comprender la naturaleza y el carácter de las fuerzas reaccionarias que tradicionalmente han impuesto la opresión, el escarnio y humillación al pueblo venezolano, o quienes disfrazan sus verdaderas intenciones. Ya se ha evidenciado, señores diputados, que ello es imposible mientras no haya un cambio a fondo en el sistema político venezolano. Un análisis detenido de esta situación, de la impotencia en que estamos para hallar una solución pacífica al problema nacional, un estudio de cómo el gobierno ha tomado el atajo de la ilegalidad, irrespetando la Constitución y atropellando las instituciones democráticas, de cómo la democracia en nuestro país es sólo una farsa, una mentira, para encubrir la opresión, el crimen y la arbitrariedad, de ver cómo la libertad no existe para el pueblo, al ver cómo los periodistas son encarcelados a pesar de la vigencia de la

libertad de expresión— una consideración general de este panorama de corrupción, de este ambiente de persecución, de esta vida de angustia. Un examen de la situación que nos deja el Parlamento burlado, la soberanía mediatizada, el pueblo humillado, la dignidad perdida y las riquezas hipotecadas me han llevado a la conclusión, como a muchos otros venezolanos, de que aquí se necesita un cambio radical, una transformación verdadera que convierta a nuestro país en nación libre, próspera y digna. Más temprano que tarde, civiles y militares nos encontramos juntos en un mismo propósito fraternal y patriótico. Evidencias de esta afirmación es la reciente sublevación de Carúpano y la heroica acción de Puerto Cabello, donde oficiales de limpia trayectoria como Jesús Molina Villegas, Pedro Medina Silva y Manuel Ponte Rodríguez, supieron dar un paso al frente de la historia, antes de vivir en la ignominia. Allí se demostró cómo en el seno de las Fuerzas Armadas hay hombres que sienten la patria en su exacta dimensión y que inspirados en las lecciones de Bolívar siguen su ejemplo de valor, de nobleza y patriotismo, y cómo este gobierno llega hasta el bombardeo de ciudades abiertas, al genocidio, para tratar de conservar una situación ya insostenible. El camino trillado por ellos habremos de continuarlo para que al salir de la prisión gloriosa, los oficiales, clases, soldados y civiles de la heroica acción de Carúpano y Puerto Cabello puedan vivir dentro de una patria nueva como la que hemos soñado todos y por la cual ellos combatieron.

Juicio militar y fuga de la cárcel de Trujillo. Detenido en las montañas de Portuguesa, Fabricio es condenado a 18 años de cárcel en juicio que tiene como escenario la Escuela Militar, y confinado a la cárcel de Trujillo a pagar la condena. En esa cárcel se encontrará con los oficiales superiores, sub-oficiales y clases que se rebelaron en Carúpano. Juntos se fugan de la cárcel de Trujillo un grupo de ellos, entre los cuales se encuentran Fabricio Ojeda, Teodoro Molina Villegas, Gregorio Lunar Márquez, Lubén Petkoff, Vegas Castejón, Héctor Fiemong. Una evasión espectacular que contó con amplia colaboración de las fuerzas patrióticas de Trujillo y se internan en las montañas de Boconó.

Ahora podemos decirlo: el día de la evasión, a las 10:30 de la noche, Fabricio Ojeda fue atendido en el hospital de Boconó de la lujación de un pie al saltar el muro de la cárcel.

Muere ahorcado por los esbirros del SIFA. El 16 de junio de 1966 es detenido Fabricio Ojeda en la urbanización Tanaguarena, en el litoral central. Acaba de dar término a un ensayo sociopolítico que intitula *La guerra del pueblo*, donde vierte su ideario político y sus experiencias de la redención posible del pueblo y del país. El 21 de junio, en extra *Notirumbos* del mediodía, se anuncia el suicidio de Fabricio Ojeda.

Los cuerpos del servicio de inteligencia de las Fuerzas Armadas habían liquidado a Fabricio mediante una inyección que le produjo un paro respiratorio. Y simularon un suicidio. La comisión nombrada por la Cámara de Diputados para investigar, impedía acceder a los calabozos del SIFA.

Fabricio en Boconó. Boconó, sus amigos y camaradas, lo han invitado a posarse de nuevo en estas tierras y a la entrada del pueblo, majestuosamente, como héroe del pueblo, verá pasar a todos los que crucen el puente y entren a Boconó. En un acto simbólico, su busto quedará presidiendo las esperanzas inéditas de los boconenses y todos los venezolanos humildes, hasta el día de la victoria.

Fuente: Diario *Quinto Día*. 1° de noviembre de 2001.
Cuerpo 1, página 11.

Fabricio no se suicidó

*Fabricio Ojeda fue asesinado en el
Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA)*
Entrevista a Anayansy Jiménez por Víctor Manuel Reinoso
(Revista *Élite*, julio 1967)

Anayansy Jiménez Febres, ex-estudiante de medicina, 30 años de edad, bonita, de familia distinguida, casada con el ex-diputado ante las “autoridades revolucionarias” y actualmente detenida en el Cuartel San Carlos, cree que a Ojeda le dieron un golpe bajo y que murió cuando trataron de reanimarlo con barbitúricos. Dice también que desde el mismo momento en que ocurrió la detención temió por la vida del jefe guerrillero.

Desde el mismo martes 21 de junio, cuando se supo que Fabricio Ojeda había aparecido ahorcado en una habitación del SIFA, traté de hablar con Anayansy Jiménez Febres. No era ni es fácil hablar con una prisionera militar. Pero los reporteros, en nombre del oficio, siempre hallan la manera de realizar lo que consideran su deber. Un día pude hablar brevemente con ella. Fue una conversación nerviosa y desconfiada. Ella no sabía si el que la estaba tratando era realmente el reportero que decía ser o un funcionario policial que trataba de sacarle cosas con un truco. Como no había tiempo que perder, me dediqué a hacerle muchas preguntas, todo lo que a una persona se le pueda ocurrir. Anayansy quedó de contestar después. Yo prometí volver a verla, tal vez con un permiso, donde le pudiéramos hacer fotos y ella pudiera contestar todo lo que le había preguntado. Pero eso no pudo ser. Y Anayansy ha contestado muchas de las interrogantes y otras las olvidó o no le parecieron importantes.

Anayansy Jiménez Febres está detenida en el segundo piso del Cuartel San Carlos, junto a otras muchachas indicadas en el caso del secuestro del coronel Smolen. Cuando la vi vestía de luto. Es una mujer, alta, de rostro suavemente moreno y voluntarioso. Tiene el pelo muy largo, negro y liso y cuando la vi, al principio creí que no era ella. El rostro preocupado no era el de una mujer de 25 años, como me habían informado. Tiene 30 y no 25 años y nunca ha estudiado sociología, como se ha dicho, sino medicina. La noté desconfiada, le mostré unos carnets de periodista. Ella se echó hacia atrás el pelo que se le venía por una mejilla y dijo:

—Si es usted policía, no me importa. Yo quiero hablar y decir varias cosas, pero nadie me quiere oír. Mientras estuve detenida en las dependencias del SIFA, no me interrogaron, aparte de preguntarme cómo me llamo. Desde que me trajeron al San Carlos no me han interrogado. Se ve que no les interesa lo que yo pueda decir.

—*Sería conveniente que habláramos ordenadamente de usted y Fabricio. Podríamos empezar por la forma en que usted lo conoció.*

—No creo que tenga tiempo —dijo ella—. Puede hacerme todas las preguntas que se le ocurra, y si puede volver, le tendré las respuestas.

Las preguntas le fueron hechas. A veces contestó algo. La conversación terminó un rato más tarde.

Anayansy es un nombre indígena de Panamá. No explicó porqué sus padres la habían bautizado así.

—*¿Cómo era Fabricio, el dirigente, en la intimidad?*

—Fabricio sopesaba las cosas con gran claridad y objetividad. Era un hombre ecuaníme, tranquilo y locuaz. No le temía al diálogo ni a la lucha; al contrario, se interesaba por conocer la opinión de todos, fuese ésta favorable o no. Consideraba que toda opinión era útil y creativa. Las respetaba a todas por igual aunque las rebatiera. Al combatir opiniones contrarias lo hacía honestamente, sin subterfugios, sin politiquería. Defendía su posición con apasionamiento, pero sin soberbia.

Un casamiento revolucionario

—*Se ha especulado mucho en el sentido de que ustedes se casaron, dígame si eso sucedió o no.* —Anayansy, ¿cuándo conoció a Fabricio?

—Trabé conocimiento con la personalidad de Fabricio en la época inmediata al derrocamiento de la dictadura, cuando él, como Presidente de la Junta Patriótica, se empeñaba en mancomunar esfuerzos para lograr el mantenimiento de la extraordinaria unidad popular que había dado al traste con el régimen de Pérez Jiménez. Entonces yo tenía 22 años y estudiaba tercer año de medicina y todas mis energías estaban dedicadas a contribuir en lo posible a tan magna labor.

—Fui siguiendo la trayectoria de Fabricio —ha dicho Anayansy—. Su figura se destacaba en un grupo de hombres jóvenes de edad y espíritu, entregados a la tarea de rehacer el país. Ya se perfilaba el hombre honesto, dedicado y audaz, el revolucionario integral que adoptaba posiciones valientes, conscientes de los peligros y problemas que entrañaban, pero decidido siempre a ser sincero consigo mismo, a mantenerse fiel a su juramento de luchar por las reivindicaciones de su pueblo.

Anayansy sigue recordando:

—Vino el año 62. La violencia y la represión gubernamentales se habían desatado con toda saña. Yo admiré en él el gesto de renunciar a una vida cómoda y apacible, que cambió por la del guerrillero, llena de peligros y penurias. Fue capturado. Luego, su espectacular fuga de la cárcel de Trujillo, junto a ocho compañeros de prisión y, nuevamente delimitó al dirigente audaz, al hombre capaz de burlar la vigilancia extrema de una cárcel militar, impulsado por su afán de entregarse de lleno a la lucha del pueblo. Regresó a la guerrilla, continuó el camino emprendido en 1962, cada vez con mayor ahínco.

—Un día determinado, y en un lugar de Venezuela nos unimos en matrimonio ante las autoridades revolucionarias.

Comencé a participar de sus inquietudes y sus esperanzas; me uní a su fervor revolucionario. Compartí su entusiasmo y su fe. Naturalmente el tipo de vida de un guerrillero no permite la estabilización de un hogar, según se entiende generalmente. No hay residencia fija, no se pueden levantar a los hijos al calor del amor de ambos. No, la vida es distinta, más plena. Cada segundo es un siglo. Se vive y se ama con intensidad. Se establecen vínculos de unión sólidos y firmes. Los seres se compenetran con una pureza extraordinaria. La esperanza se convierte en faro. La fe en el pueblo se intensifica. El entusiasmo y la seguridad de triunfo son los compañeros inseparables del guerrillero. La discreción y el silencio se hacen norma. Indudablemente es una vida distinta, más intensa, más pura.

—*Anayansy: Mucho se ha dicho de las gestiones para entregarse que hizo Fabricio. ¿Usted puede clarificar esto?*

—¿Gestiones de entrega por parte de Fabricio? Eso es falso. Si en algún momento hubiera pensado hacerlo, oportunidades no le faltaron. Personalidades y sectores de la vida política nacional le ofrecieron varias veces —por distintas vías— esa posibilidad. Él se negó terminantemente, convencido como estaba de que su camino era el justo. Consideraba innecesario dejarlo. Se mantuvo fiel a él hasta el final. Fabricio no era hombre de decisiones en brinco a zig-zag. Cuando asumía una posición se mantenía dentro de ella. Previamente había analizado a fondo los por qué y al tomar su decisión no había fuerza humana que lo apartara del camino emprendido. De esto que le digo pueden dar fe todas aquellas personas que recibieron una respuesta negativa a sus gestiones ante Fabricio.

En las declaraciones oficiales resalta lo absurdo de la tesis del suicidio

La noche de la detención

—*Ustedes fueron detenidos en una quinta de Tanaguarena en las últimas horas del viernes 17 de junio. ¿Podría contar cómo ocurrió la detención en todos sus detalles?*

— Bueno, nos detuvo una comisión presidida por el teniente coronel Graterol. Eran unos 20 o 25 hombres armados hasta los dientes. Llegaron sorpresivamente y conminaron a Fabricio a entregarse. Naturalmente no opuso resistencia. Habría sido de loco el hacerlo. Cuando lo sacaron de la casa yo temí lo peor. A mí me encañonaron por la espalda y a Mario Matute Bravo y a su primo Tulio Dugarte Bravo los pusieron contra la pared, habiéndoles previamente obligado, a punta de ametralladora a quitarse los cinturones. Estando contra la pared, el teniente coronel Graterol disparó hacia ellos. El estampido fue seco y sordo, como cuando dan la partida en una competencia deportiva, Matute se derrumbó y comenzó a llorar. El teniente coronel Graterol se dirigió hacia mí, que estaba boca abajo en el suelo, con el pie de un funcionario contra mis riñones; me pidió que me levantara y se dedicó a cachearme todo el cuerpo. Cuando me levantó la blusa le pregunté si esperaba encontrar allí una ametralladora. Después de eso me llevaron al piso de arriba, donde un loco agitaba la ametralladora como si fuera una maraquita de niño y me conminó a entregarle los archivos. Como no le comprendía creyó necesario infundirme miedo y dirigiéndose a la ventana, insultándome a boca llena, hizo un disparo. Para mí aquello fue como oír llover. Siempre me ha provocado risa el machismo aprovechado. Graterol subió y reprendió al funcionario, no por el trato que me daba sino por haber disparado: “No quiero más disparos”, dijo. Me pidió que le acompañara y llevara ropa mía y de Fabricio, respiré. Eso significaba que seguía con vida.

Anayansy sigue su relato:

— Fuimos trasladados al Sifa en tres carros: en un Ford azul metieron a Fabricio; en una ranchera trasladaron a los otros dos detenidos y a mí me hicieron subir a un Chevrolet gris. Al llegar al Sifa nos sentaron separados de Fabricio por una mampara de vidrio y madera. No nos permitían hablar el uno con el otro. A la media hora, aproximadamente, se llevaron a Fabricio hacia la izquierda de los ascensores. Luego llamaron a Matute e inmediatamente a Dugarte. Los interrogaron. Yo oía las voces, pero no lo

que decían. Después se los llevaron hacia la derecha de los ascensores. A mí me dejaron allí hasta las doce y media. Ya hacían tres horas que nos habían detenido. Por fin se acercó un tipo que me hizo descalzarme, quitarme el reloj y los ganchos del pelo. Cada una de estas prendas las examinó con gran interés como si buscara la clave de su secreto. A continuación me llevaron a una habitación situada a la derecha de los ascensores y me encerraron allí. En la habitación había un camastro sin sábanas, una mesa y un taburete. En todo el frente de la puerta había una ventana de esas que giran sobre un eje fijo, hacia los dos lados. Era una ventana de dos hojas, de unos cuarenta o cincuenta centímetros cada una. El pretil de la ventana está, aproximadamente a 1,50 metros del suelo. Yo mido 1,65 y este pretil me daba en la barbilla, un funcionario me dijo, categóricamente: “No se asome. Hay orden de disparar”.

La dama sin nombre

—*Las primeras informaciones hablaron de usted como una dama que no había sido identificada. ¿Por qué no la identificaron?*

—Ellos estaban interesados en saber mi nombre. Yo, indefectiblemente contestaba: “No lo sé. Tengo amnesia”. Después volvía a empezar. Mi única preocupación era lo que le harían a Fabricio. Cuando me sorprendía pensando cosas horribles, recordaba sus frases: “Jamás hay que desesperar”. Siempre hay que mantenerse firme y tranquilo: Y entonces me dediqué a pensar en cosas lindas. Aplicando sus normas, traté de abstraerme del lugar donde me encontraba y pensaba en los dos. Los funcionarios hicieron todo lo posible por impedirlo. Cada dos por tres entraban en la habitación, prendían la luz, y sin decir una palabra, se iban. Continuaron comportándose así hasta la mañana del domingo. Era chocante, desagradable. Al principio me llevaban al baño de la tropa: un baño sucio y deprimente con una cantidad de tipos en la antesala de él, sentados, viendo televisión. Cada vez que salía

hacia el baño se quedaban mirándome como si fuera un bicho raro. Siempre, en estas salidas me encontraba con un mínimo de cuatro individuos. Todos me miraban. El domingo se presentó Graterol. Me traía la ropa y mi cartera. Me preguntó si me quería bañar. Vi que no tenía la blusa. Graterol le dijo entonces a un funcionario: “Ve a buscar la blusa donde tenemos a Fabricio”. Oír eso me contentó. Quería decir que Fabricio estaba vivo. Ese día después de ver a mis padres, suspendí la huelga de hambre. En la tarde cuando me trajeron los periódicos, traían también una revista. Me preguntaron si yo la había pedido. Ante mi respuesta negativa, la entregaron a la celda del lado. Comprendí que allí estaba Matute y Dugarte. Les llevaban dos toallas.

—*Háblame del lunes 21 de junio. De todo lo que recuerde.*

—El lunes me llevaron a un baño privado, en el extremo noreste del edificio. Cuando iba entrando, vi salir de la habitación contigua a Fabricio. Venía esposado, pero su gesto y su mirada me indicaron que él también había aplicado sus normas de “jamás desesperarse”. Me tranquilicé pensando que, por lo menos, le había visto. ¿Hacia dónde le llevaban? ¿Por qué las esposas? ¿Fue entonces cuando lo golpearon? En ese momento no me hice esas preguntas. La alegría de verle vivo me obnubiló. Esas preguntas que no han sido respondidas, me las hago ahora. En la tarde, sin haber sido interrogada, sin haber firmado declaración alguna y de una forma violenta e inexplicable, me trajeron para el San Carlos. Los que me trasladaron no me dijeron para dónde me llevaban. Lo supe cuando llegué. A mi madre, cuando fue a visitarme, le dijeron que me habían trasladado, pero no le dijeron hacia dónde, causándole la natural angustia al no saber la suerte de su hija. Ahora me pregunto: ¿Por qué ese traslado 4 horas después de yo ver a Fabricio? ¿Por qué ese traslado sin razón alguna y sin tener conocimiento el Sifa de nada referente a mi matrimonio con Fabricio? ¿Por qué? Al día siguiente lo supe, a las 10 y media de la mañana y monté en cólera. No fue una crisis nerviosa la que tuve. La que tenía era la justa cólera ante su muerte. Razonaba serenamente el

por qué no era un suicidio. Conservaba el perfecto dominio sobre mis nervios, pese al dolor tan grande que sentía.

Fabricio no se suicidó

—Matute y Dugarte han declarado a la comisión parlamentaria que les interrogó, que Fabricio había manifestado su intención de hacer algo más espectacular que Alirio. En sus momentos de depresión ¿él mencionó el suicidio como una salida?

—Jamás. Fabricio era un revolucionario. Sentía hondamente los problemas de su pueblo y comprendía la necesidad en un cambio. Luchó por lograrlo. Nunca cejó en su empeño. Nunca decayó su ánimo, ni aún ante las situaciones más azarosas. Nunca le conocí un momento de decaimiento. Nunca le oí una frase de pesimismo. Siempre tenía la risa pronta, el chiste a tiempo, la frase optimista en los labios. Ese es uno de los motivos por los cuales en ningún momento he aceptado la tesis del suicidio. Además, he recopilado datos en la prensa, la única fuente de información que tengo, ya que ni siquiera pude ver su cadáver. Allí, en las palabras de los ministros de la Defensa y de Relaciones Interiores, del Fiscal General, del anatomopatólogo y de aquellas personas que intervinieron en el examen de su cadáver y opinan sobre su muerte allí, retratado en blanco y negro, sé lo absurdo de tal tesis y resalta con fuerza la voz del pueblo cuando acusa al Sifa de su muerte.

—*Anayansy, usted ha adelantado la opinión que Fabricio no se suicidó. Después de las 11 de la mañana del lunes, que fue la última vez que vio a Fabricio ¿qué cree que sucedió?*

—Yo pienso lo siguiente: a Fabricio lo llevaron a interrogar. Eso, ahora es indudable, como también es indudable que su actitud fue siempre de burla hacia el aparato represivo. Y lo golpearon. Él no cedió. Quiero aclararle que con él no pensaban tener contemplaciones, pero, naturalmente, la forma de proceder iba a ser más fina. Lo que sucedió fue que al golpearlo, tratando de conseguir que cesara en su actitud digna ante el aparato represivo,

uno de los golpes fue en el plexo solar; fue un golpe bajo, según el léxico boxístico. Eso le produjo un paro. Trataron de reanimarlo administrándole estimulantes cardíacos. Un periodista que probablemente oyó la palabra droga habló en su reseña de barbitúricos. Esos estimulantes fueron los que se le encontraron a Fabricio en las vísceras, cuando le practicaron la autopsia. Lo de los estimulantes no les dio resultado. Pensaron entonces en la salida del suicidio. Estando tan cercano el de Alirio, creyeron poder presentarlo como un caso parecido. Pero el asesoramiento fue malo. Nadie les dijo que un (*ilegible*) do, la cual es características. Falta la circulación, ya no hay riesgo. Esto impide la cianosis, que es la coloración azulada de la piel. La cara no puede presentar rictus de angustias por la falta de aire. Los ojos no pueden brotarse. Un cadáver no puede modificar sus rasgos.

Informes contradictorios

Anayansy Jiménez Febres dice que hay muchas contradicciones en los distintos informes y declaraciones sobre la muerte de Fabricio.

—¿Por qué se contradice el Fiscal y el anatomopatólogo en lo que se refiere a los signos de violencia? —pregunta Anayansy — ¿En qué se basan el anatomopatólogo y el médico forense para diagnosticar que la muerte ha sido por asfixia mecánica cuando la simple inspección extrema descarta tal posibilidad? El cadáver no presenta las fases características del ahorcado: “Abotagada, tensa, no forma arrugas deformadas y con color azulado intenso (cianosis), profusión de globos oculares (exoftalmia) ¿Por qué y para qué le fueron administrados los barbitúricos, huellas de las cuales se encontraron en el estómago, lo cual es indicio del corto tiempo que transcurrió entre su administración y el deceso? ¿Por qué se contradicen los Ministros de Relaciones Interiores y de la Defensa, el Fiscal General y el Sifa, en lo que respecta a la posición que tenía el cadáver? ¿Por qué no se le permitió a la prensa penetrar al sitio donde fue hallado el

cadáver? ¿Por qué, pese a considerarse el caso como correspondiente a la jurisdicción penal ordinaria, la actividad de las autoridades judiciales estaba supeditada a las autoridades militares?

—Todas estas contradicciones no las he inventado yo— agrega Anayansy—. Aparecieron en la prensa, sobre todo en la del 22 y 23 de junio. El ministro encargado de Relaciones Interiores, Luis Vera Gómez declaró: “Los últimos que lo vieron dicen que tenía buen semblante y buen tono”. El médico que vio a Fabricio el lunes, según la subcomisión parlamentaria que fue al Sifa, dijo que “Ojeda no estaba enfermo, que gozaba de perfecta salud, aunque, por falta de apetito, se le habían recetado unas pastillas estimulantes”. Esto lo dijo *Ultimas Noticias* y *El Mundo*. *El Universal* trajo esta otra noticia: “En el estómago del ex parlamentario se hallaron signos de que había ingerido barbitúricos, por lo que las vísceras fueron enviadas al laboratorio de la PTJ, a fin de efectuar la experticia conveniente para determinar si esas drogas pudieran haberle provocado el deceso antes de que se produjera éste por asfixia en el ahorcamiento. Se estima que Ojeda pudiera haber ingerido los barbitúricos al presentársele el estado crítico de los nervios que lo llevaron a quitarse la vida”. Yo me pregunto: ¿Por qué y para qué le fueron administrados barbitúricos? ¿A qué hora le fueron administrados para que se encuentren huellas en el estómago a la hora de su muerte?

“Venezuela tendrá más Fabricios; yo no”

Anayansy Jiménez Febres, que estudió medicina, habla de otras contradicciones:

—El informe del Fiscal General dice: “Finalmente debo señalar que en el cuerpo del fallecido, según el examen médico-forense, no se apreciaron signos de violencia”. El mismo Fiscal declararía al día siguiente que “el cadáver en realidad presentó algunas marcas peculiares, mejor conocidas en la medicina legal como livideces características de los casos de ahorcadura.

Eso apareció en *El Nacional*. En *La República* apareció el 22 esta opinión del doctor Rubén Darío Calderón, con respecto a la autopsia: “¿Notó usted las marcas en el cuerpo de Fabricio?” “Efectivamente. Parece que fue golpeado. Pero es bueno aclarar que esos golpes datan de, por lo menos, 15 días atrás”. Aquí hay contradicciones entre “las livideces en los casos de ahorcadura” y los hematomas en un cadáver. ¿A quién se le debe dar crédito?

Anayansy discute también la forma en que fue hallado el cadáver de Fabricio. Ella recuerda que siempre que permaneció en el Sifa la visitaron a cada rato y regularmente le abrían la puerta a las 6 de la mañana.

—¿Por qué le llevaron el desayuno a las 8 y cuarto? ¿Acaso yo era más peligrosa que Fabricio y a mí me cuidaban más que a él? El ministro Vera Gómez ha declarado: «Ojeda no se encontraba en ningún calabozo, sino en una habitación. Él no tenía ningún tipo de vigilancia y estaba solo en su habitación».

Anayansy Jiménez Febres ha adjuntado varios otros recortes de prensa en sus respuestas a *Élite*.

—Yo tengo que decir todo esto. Es lo menos que puedo hacer por la memoria de Fabricio. Porque es algo que muchos piensan, pero que no quieren decir.

Y bajando el tono de voz, agregó:

—Esto no revivirá a Fabricio, desde luego, Venezuela tendrá más Fabricios, yo no.

Índice

Prólogo	7
La guerra del pueblo	17
Fabricio Ojeda fue el arma de la Junta Patriótica	21
I. Introducción	25
II. La revolución permitida o el reformismo pro-imperialista	31
III. La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geopolítico	37
IV. El camino de la liberación y la mentalidad de Poder	61
V. La guerra del pueblo y la debilidad de las clases explotadoras	81
VI. La constitucionalidad democrática, la quiebra del Poder formal y la paz	99
Biografía de Fabricio Ojeda	121
Fabricio no se suicidó	129

Se terminó de imprimir en junio de 2011
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Venezuela.
La edición consta de 3.000 ejemplares

La guerra del pueblo Fabricio Ojeda

Afirma Rafael Loret de este libro: “La guerra del pueblo, por una parte, no sólo es la denuncia de una concepción moral dominante que ha avasallado a nuestro pueblo, aprovechándose de su gran nobleza, desde tiempos que parecen ya inmemoriales sino que, por otra parte, es el develamiento a tiempo de las mutaciones que esa misma concepción dominante va adquiriendo al amparo del olvido, y aún más grave, a la sombra del descuido ideológico y la fragilidad que esto provoca en cualquier intento de insurrección popular”.

Fabricio Ojeda (1929-1966) nació en Boconó, Venezuela. Maestro, periodista, diputado y guerrillero, fue un acérrimo opositor a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Su interés por la vida política de Venezuela lo llevó a estar en momentos muy importantes para la historia de nuestro país: 1) Presidente de la Junta Patriótica que derrocó a Pérez Jiménez; 2) realizó la primera alocución al país luego de dicho derrocamiento; 3) una vez electo diputado por el antiguo Distrito Federal (1959-1964) publicó su famosa carta del 30 de junio de 1962 donde renuncia al cargo “para subir a las montañas... y luchar por el pueblo, doblegado bajo el peso de la miseria, la ignorancia y el hambre”.



Este libro pertenece a la
COLECCIÓN
alfredo maneiro

